



ENSEÑANZAS PARA LAS ASAMBLEAS DE ORACIÓN

CUADERNO I

RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA DE BIZKAIA

AÑO 2003

INDICE

1. La reunión del grupo de oración.....	5
2. Un animador que dirija la oración.....	11
3. Turismo carismático	13
4. Un modelo de seminario de las Siete Semanas.....	15
5. Líneas de fuerza de la Renovación Carismática	19
6. El grupo de la Renovación Carismática.....	21
7. Origen y primeros pasos de un grupo de Renovación Carismática	23
8. ¿Puede haber dificultades en un grupo de Renovación Carismática?.....	25
9. Nuestra acogida al hermano en el grupo.....	27
10. El grupo de Renovación Carismática y los carismas.....	29
11. El discernimiento	33
12. Discernimiento comunitario	39
13. Discernimiento personal.....	43
14. Documentación sobre la Renovación Carismática en España.....	47
15. Amaos los unos a los otros	53
16. La mujer en la comunidad	57
17. Entre el asedio de la tentación y el fuego de la prueba.....	63
18. Enfermedad y curación en el misterio de la salvación	69
19. Entendamos rectamente el ministerio de curación	73
20. Distintas formas de curación	79
21. Fallos posibles en el ministerio de la curación interior	85
22. La intercesión, una forma de oración	91
23. Los grupos de intercesión.....	95
24. El poder de la intercesión en la “Casa de Betania”.....	99

25. Dimensión profética del pueblo de Dios.....	103
26. Función de la profecía en la construcción de la Iglesia.....	107
27. Criterios para discernir la profecía.....	113
28. Elementos para una renovación auténtica.....	117
29. Cualidades personales y comunitarias del dirigente de la RC.....	131
30. ¿Cómo es un auténtico líder?.....	135
31. El grupo de dirigentes.....	137
32. Funciones pastorales del equipo de dirigentes.....	141
33. Cómo elegir a los dirigentes.....	145

LA REUNION DE ORACIÓN¹

LUIS MARTÍN

QUE LA REUNIÓN DE ORACIÓN SEA EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

La reunión de oración es como el corazón de la vida del grupo.

La vida del grupo, el que éste crezca y se desarrolle, depende de cómo resulta la reunión de oración, de si verdaderamente nos centra en el Señor y nos ayuda a amar al Señor y a los hermanos.

En la reunión de la oración hay siempre tres objetivos muy concretos a que atender:

a) La oración, con toda la variedad de formas de expresión que pueda tener la alabanza, como el canto, silencios, aplausos, brazos levantados y otros gestos.

b) Escuchar al Señor, a través de los hermanos, de los textos abundantes de la Biblia que se leen, de la enseñanza que se da, de la profecía, de la exhortación, etc.

c) Crecer en el amor entre unos y otros, un amor exigente, y por esto, antes y después de la oración los que participan han de tratar y comunicarse unos con otros.

No se puede omitir ninguno de estos tres objetivos- Si falla alguno de ellos, no crecerá mucho el grupo ni madurarán sus miembros en la vida cristiana de la manera que podrían hacerlo.

La vida de cada grupo ha de estar en continuo crecimiento, lo mismo que la vida de cada miembro del grupo. Las metas a las que el Espíritu invita a cada grupo son siempre elevadas. Pero puede haber grupos que se estanquen, porque sus miembros no caminan lo suficiente al ritmo del Espíritu, y principalmente porque la reunión de oración queda entorpecida o bloqueada de alguna manera.

Siempre hemos de estar discerniendo la marcha de nuestras reuniones de oración, unas veces a nivel de grupo, en general, y otras veces en el equipo de responsables.

Piensan algunos que la reunión de oración la lleva el Señor a través de su Espíritu, y que por tanto no tenemos que preocuparnos mucho nosotros, que ya saldrá como el Señor quiera. Este enfoque no está de acuerdo con las indicaciones y enseñanzas que el Señor ha ido dando a los grupos de más larga experiencia y crecimiento en la vida del Espíritu. Esto es algo parecido a lo que hace aquél de la parábola de los talentos, que cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor.

¹ Todas estas enseñanzas están recogidas de distintas revistas de la Renovación Carismática, especialmente de Koinonía, aunque no se cite en ocasiones expresamente.

El señor no quiere que le dejemos a El construir solo, quiere más bien que nosotros construyamos con El, que trabajemos con El y sigamos siempre sus directrices. El Señor no quiere espectadores en su obra, sino colaboradores.

VAYAMOS PREPARADOS A LA ORACIÓN

Cada uno de nosotros tiene una gran responsabilidad en la reunión de oración. Por esto hemos de ir preparados.

Ir preparado a la oración significa haber orado antes, habernos purificado de cuanto nos aparta del Señor, habernos llenado de su paz y gozo y haber pedido al Señor que derrame abundantemente esta noche su Espíritu en todos los hermanos que van a venir.

Ya en nuestro saludo y encuentro con los hermanos se ha de notar que venimos llenos de paz y de amor, que hemos estado tratando con el Señor.

Si todos vamos al grupo de cualquier manera, sin receptividad ni apertura al Espíritu y un poco algo así como «a ver qué pasa esta noche», si no vamos ya un poco llenos del Señor en un contacto previo con él, la oración discurrirá bastante pobre y la alabanza será más difícil.

En mi propia experiencia he visto que las veces que he ido a dirigir la oración sin estar preparado, es decir, sin haber orado antes y estar por tanto actuado en la presencia y en la unión con el Señor, en este caso la oración ha resultado más deficiente que otras veces. He podido apreciar que algo no marchaba bien esa noche: había fallado yo.

Una asamblea de personas cuyos corazones no están abiertos al Señor no experimentará mucho la acción del Señor, menos todavía aquellos que vienen a sentarse pasivamente.

Cada uno debemos cultivar previamente unas determinadas actitudes. Asistir regularmente a un grupo es algo muy exigente, pero también algo que nos ayuda a crecer y caminar en el Espíritu, por lo cual hemos de estar dispuestos a responder gustosos a tales exigencias.

UNAS EXIGENCIAS CONCRETAS

Debemos evitar una actitud de centrarnos en nosotros mismos. Hay personas que vienen a la oración pensando solamente en sí mismas, en sus propios problemas. Si cada uno de nosotros fuéramos tan sólo para atender a nuestras propias necesidades, la oración no funcionaría bien, porque nadie iría a dar y cada uno no estaríamos más que tomando para nosotros mismos. En el fondo de esta concepción egoísta del grupo hay un falso concepto de la vida cristiana.

Si nos pasa esto, lo que necesitamos es centrarnos en la persona de Cristo Jesús, abandonarnos a El con un sentido de servicio a los demás.

Otra exigencia muy importante es fidelidad a nuestra oración diaria y a la lectura de la Biblia.

A veces estamos convencidos en teoría, pero no somos eficaces en resolver el problema de forma que esta oración diaria y esta lectura de la Biblia estén aseguradas cada día.

Sin oración diaria es muy poco lo que podemos dar y recibir del grupo, y esto forma parte de nuestra participación activa y de nuestra contribución a la vida del grupo. En ese contacto individual con el Señor es donde hemos de sincerarnos, purificarnos y crecer en el amor.

Objeto de nuestra oración individual ha de ser también orar por el grupo y por todos los que participan en la reunión de oración, especialmente por los que vendrán por primera vez. Hemos de pedir también que nos manifieste el Señor lo que El quiera decir en la oración y qué podemos hacer nosotros para transmitir su mensaje.

Reflexionar también sobre lo que el Señor hizo y dijo en la reunión de la semana anterior, sobre todo si hubo profecía. Saber escuchar al Señor en la oración privada es el mejor entrenamiento para saberle escuchar en la oración del grupo.

PARTICIPACIÓN ACTIVA

El estar como elemento pasivo en la reunión es estar restándole vida. Desde el primer momento de la oración debemos centrar la mente y el corazón en Jesús, deponiendo en El toda preocupación y problemas. El Espíritu Santo nos ayudará a mantener la atención despierta a la presencia del Señor. Basta tomar parte en todos los elementos de la oración para poner nuestra atención en el Señor. Por tanto siempre hay que seguir las indicaciones del que dirige la oración. Cuando el grupo canta en el Espíritu, todos deben unirse, incluso aquellos que no oran en lenguas, cantando simplemente «Aleluya o lo que el Espíritu nos sugiera.

Estar atentos a responder cuando el Señor quiera valerse de nosotros ya sea a través de la profecía, de un simple mensaje, de un texto de la Biblia o para compartir con los hermanos en el momento indicado alguna experiencia.

No tengamos miedo de hablar o de manifestarnos tal como somos, pues esto supone falta de humildad o de liberación.

En nuestras intervenciones tengamos siempre el sentido de la oportunidad. Para ello hay que estar atentos al curso que sigue la oración. Por tanto el texto que leemos, El pensamiento que expresamos o la alabanza o la canción estén de acuerdo con lo que en ese momento se está expresando á través de los hermanos. Para esto hay que saber escuchar. Si la plegaria gira en torno al agradecimiento, no introduzcamos el tema de la curación, por ejemplo, si estamos en la alabanza no introduzcamos peticiones que rompen el ritmo de la oración.

Cuando alguien habla mostrémosle nuestra comprensión y aceptación: una mirada o una sonrisa de apoyo serán suficientes para darle aliento y confianza.

La participación activa supone también apertura a los carismas, como oración en lenguas, profecía, interpretación. Si en ello ponemos reparos o minimizamos su importancia, estamos bloqueando la acción del Espíritu.

San Pablo nos dice: «buscad la caridad, pero aspirad también a los dones espirituales, especialmente la profecía (1 Co 14,1). Si percibo que el Señor quiere hablar a través de mí debo volverme entonces al Señor y manifestarle que quiero obedecer, que me ayude, y esperar el momento oportuno para hablar.

ORDEN AL SERVICIO DEL ESPÍRITU

Sin estructurar demasiado la reunión de oración, sí ayudará más seguir un orden para que no se disperse ni la oración ni la atención de los que participan.

Quizá lo más importante es que haya una persona que dirija la oración.

Los grupos en los que falta un animador de la oración encuentran más dificultades para mantener la unidad y son más vulnerables al decaimiento o al desorden.

Supuesto este elemento, es importante distribuir bien el tiempo disponible y que la oración no se prolongue demasiado. Grupos ha habido que han tenido reuniones de oración, en sus comienzos, de hasta tres, cuatro o cinco horas de duración. Esto, como ley ordinaria, está desaconsejado. Dos horas con tiempo para la alabanza, la enseñanza y los testimonios es un tiempo aceptable. Haya mucha espontaneidad y mucha participación, pero cierto orden, pues, nos diría S. Pablo, «Dios no es un Dios de confusión, sino de paz.. «Cuando os reunís, cada cual puede tener un salmo, una instrucción, una revelación; pero que todo sea para edificación (1 Co 14,26).

DESCUBRAMOS LA ALABANZA Y MEDIOS DE EXPRESARLA

La alabanza es algo que caracteriza la Renovación Carismática. No se concibe un grupo de la Renovación en el que sus miembros no hayan descubierto la alabanza y ésta se exprese en la gran variedad de formas que conocemos.

Los responsables de los grupos tienen en esto una gran misión que cumplir. Es necesario que den instrucción frecuente sobre las diversas formas de oración y que alienten a todos los miembros a aceptarlas. A veces grupos que empiezan tienen reparo a cantar en lenguas. Creen que van a espantar a los nuevos que visitan el grupo.

No seamos tan aferrados a nuestros juicios humanos. «Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales (1 Co 2,12-13).

Por esto hemos comprobado cómo el Espíritu nos hace ver que es muy conveniente instruir a los hermanos en estas actividades y que si nos abstenemos de hacerlo no obramos de acuerdo con sus insinuaciones.

Todos hemos de mantener vivo un gran deseo de expresar nuestra alabanza al Señor y este anhelo ha de compartirse con todos los miembros. Hay quien piensa que no tiene importancia levantar los brazos, pero el Señor nos hace ver que orar con los brazos levantados es un modo muy apropiado de alabar y que esta actitud crea en principio en nosotros un sentimiento de filiación y de sumisión total a Dios. Por tanto dejemos a un lado nuestras inhibiciones y respetos, porque el Espíritu no los necesita.

La exhortación nos ayudará a alentar al grupo, sobre todo al empezar la reunión, momento en el que más necesitamos centrar nuestros corazones en el Señor. Si sabemos dar todos una respuesta unánime a tal invitación, veremos cómo la alabanza brota espontánea como vibraciones de toda la asamblea.

Otras veces nos valdremos de la palabra de alabanza. Esto será en el momento en que cada uno ora en voz alta y de forma espontánea con sus propias palabras, unos en lenguas, otros en su propio idioma, otros con un sencillo murmullo: el Espíritu guía muchas voces. Las «palabras de alabanza surgen entonces como el resonar de muchas aguas, lo cual crea una unidad de corazones con la que el Señor quiere profundizar nuestra experiencia de oración en la asamblea.

El canto en el Espíritu es el canto de la palabra de alabanza. Es un canto espontáneo: unos cantan en lenguas, otros en su propia lengua y otros cantan con un leve susurro. El Espíritu une melodías en armonía, contrapunto y disonancia que a veces envidian los entendidos en música. A veces es una sola persona la que canta en canto inspirado, canción inspirada que excita a la asamblea hacia la alabanza y contagia de gozo a todos los que participan. El canto en el espíritu sumerge al grupo en adoración profunda y le dispone para escuchar una profecía.

El testimonio o el compartir con los demás las grandes misericordias del Señor en nuestras vidas dispone también para la alabanza proclamando la gloria del Señor. Al mismo tiempo el testimonio del hermano que habla por propia experiencia edifica la fe y la confianza de todos los demás.

UN ANIMADOR QUE DIRIJA LA ORACIÓN

Es necesario que haya un responsable que coordine la marcha de la reunión. Este servicio no es dominio, ni imposición, no es para encajonar la oración, sino para que discurra siempre de acuerdo con las líneas fuerza de la oración, en definitiva, para que el grupo se centre en el Señor.

Este responsable deberá «discernir, con la ayuda del grupo en oración, cual sea la voluntad de Dios, cuando se presentan casos difíciles, discusiones, disensiones, etc. A él toca corregir a quien estorbe la marcha normal de la reunión. El responsable debe ser un testigo de Cristo ante su grupo, por su oración, su lectura apasionada de la Biblia, su actitud de amor, acogida y servicio a los hermanos. Deberá además caracterizarse por su «visión» sobre la acción del grupo y de sus miembros de modo que pueda urgirlos colectiva e individualmente a comprometerse con el Señor. Para ello deberá trazarse metas muy altas, y señalarlos pasos concretos para acercarse a ellas; recordará que hay siempre mucho que aprender, mucho que profundizar, una experiencia progresiva que vivir; deberá estar animado por un divino descontento que le impida a él y al grupo instalarse. Sus responsabilidades se acrecentarán a medida que el grupo se convierta en comunidad, pero se compartirán con otros participantes, para que no se caiga en el paternalismo, sino que en todos se logre crecimiento y madurez» (DIEGO JARAMILLO, Los Grupos de oración, El Minuto de Dios, pp. 6 y 7).

Si el grupo no lo tiene, debe orar constantemente para que pueda descubrir a aquél a quien el Señor haya dado este don. No es necesario que sea siempre el mismo.

Debe estar especialmente atento al comienzo de la reunión para saludar y acoger a todos los hermanos y también a los nuevos que vienen por primera vez, cuando haya que compartir el silencio o se espera un mensaje del Señor, invitando a mantener el silencio, cuando algún hermano pueda dar un mensaje o profecía, cuando haya alguna intervención fuera de tono; atento a las canciones de forma que estén de acuerdo con la circunstancia en que se mantiene la oración y sean apropiadas al movimiento del Espíritu en cada momento.

Su función se cifra en estar muy atento al Espíritu en cada momento de la oración, en alentar y levantar el tono de la oración, ser muy discreto e inspirar amor en todos los hermanos.

TURISMO CARISMÁTICO

El Padre Jacques Custeau es uno de los líderes de la Renovación Carismática en Canadá. Por su interés reproducimos aquí algunas de sus reflexiones sobre lo que él llama «turismo carismático»:

«Es importante pertenecer a un grupo de oración, y yo creo que una persona puede pertenecer realmente sólo a un grupo. Ocasionalmente y para variar un poco puede ser bueno ir y orar con otro grupo o aprender cómo otros efectúan sus reuniones. Pero esto ocurriría sólo en contadas ocasiones y el resto del tiempo deberá ir a su propio grupo para orar.

El crecimiento espiritual está conectado íntimamente con el pertenecer a un grupo de oración. Es allí donde llegamos a conocer a nuestros hermanos y hermanas. Con ellos podremos sobrellevar las cosas buenas y malas que nos ocurran. El pertenecer a un mismo grupo también nos capacita para recibir enseñanzas constantes que nos fortalecerán entre nosotros para poder progresar espiritualmente. Añadiremos también que conociéndonos unos a otros podremos ejercitar la corrección fraterna cuando sea necesario, lo que nos ayudará a avanzar más.

Echar raíces en un solo grupo es también señal de que la persona ha pasado ,ya su época de simple consumidor. Con mucha frecuencia las personas que circulan de un grupo a otro sin echar raíces en ninguno son las que sólo desean recibir sin dar. El decidir pertenecer a un grupo particular significa aceptar que tenemos nuestra parte de responsabilidad en ese grupo y por la gente en el grupo, y aun fuera de las reuniones de oración.

El turismo carismático también puede ser indicio de dos tentaciones muy sutiles. La primera es sensacionalismo que aun sin darse cuenta, la persona busca grupos con el deseo de ver milagros. Es- importante recordar lo que el P. O'Connor escribió en su libro: "La Renovación Carismática: su origen y perspectiva": "Un momento de oración profunda tiene un valor infinitamente mayor que el espectacular milagro o la más sorprendente profecía. La verdadera oración, en efecto, es la unión vital con Dios. Esto es lo que los carismas nos ayudan a lograr".

La segunda tentación es la de escapar. La participación en los grupos de oración puede volverse una excusa para escapar de situaciones familiares o de la comunidad que preferimos evadir. Sería muy apropiado preguntar a las personas que van de una reunión a otra: "¿De qué están escapando ustedes?" "¿Qué es lo que anda mal en sus casas o en sus comunidades? Si su oración es un escape o pretexto para descuidar sus obligaciones ¿creen que las oraciones van a ser agradables a Dios? El P. O'Connor también dice: "Puede suceder, desde luego, que la oración se convierta en una excusa para descuidar otras responsabilidades. Pero entonces deja de ser oración auténtica: no es más que apariencia externa que se convierte en hipocresía"». (De ICO Newsletter, vol. 2, n., 1).

UN ESQUEMA PARA EL SEMINARIO DE PREPARACIÓN PARA EL BAUTISMO EN EL ESPÍRITU PLAN DE SIETE SEMANAS

El Grupo AGAPE de Barcelona empezará el 19 de octubre con el Seminario de las siete semanas como preparación para todos aquellos que desean recibir el Bautismo en el Espíritu Santo.

Previamente, durante un mes, los catequistas que van a exponer los temas cada semana y todos los que intervienen en el Seminario tendrán su preparación en reuniones de trabajo y oración para estudiar cada uno de los temas.

Esta experiencia la ponemos a disposición de todos los grupos a los que les pueda beneficiar.

El plan a seguir será de acuerdo con el Manual que se sigue en Bélgica, adaptado del de Ann Arbor por el P. Philippe, O.S.B. («A fin que vous portiez beaucoup de fruits», Maison de Priere «La Vigne», Bruselas).

He aquí el esquema que seguiremos.

Antes de empezar la primera semana habrá una información general sobre la Renovación Carismática en el Espíritu Santo, con resumen histórico, qué es la Renovación, qué es un grupo de oración, malentendidos y peligros, la Iglesia y la Renovación Carismática.

Como en los Hechos de los Apóstoles, la acción del Espíritu Santo, tal como se va a exponer, se despliega en tres etapas:

PRIMERA ETAPA: Ante todo el Espíritu Santo nos revela a Jesús.

1. Primera semana: Yo creo en Jesús Salvador:

- a) Primeras predicaciones;
- b) b) ¿qué significa esta expresión : «JESUS SALVADOR»?;
- c) c) cómo vivir esta primera semana.

2. Segunda semana: Creo en Jesús Señor y Camino hacia el Padre:

- a) Jesús Señor: testimonio de los Hechos, de Pablo, de Juan, toma de conciencia del poder del nombre de Jesús;

- b) b) Jesús Camino hacia el Padre, Jesús anunció este misterio, el Espíritu hace descubrir a los cristianos esta nueva vía, la Renovación en el Espíritu nos conduce a la plegaria filial de hijos adoptivos.

SEGUNDA ETAPA: Pero no basta la fe: provoca una conversión, un cambio radical que supone una curación interior y el perdón de los pecados:

3. Tercera semana: La conversión:

- a) Introducción, resumen de la primera etapa, entrada en la segunda etapa, es etapa de curación interior;
- b) b) Jesús y la curación;
- c) c) la Renovación y la curación;
- d) d) la curación interior; e) cómo vivir esta semana.

4. Cuarta semana: Plegaria de curación interior y arrepentimiento:

- a) Oración de alabanza: Ez. 34, 11-16;
- b) b) oración de curación interior: sacramento de la penitencia;
- c) c) grupos pequeños para orar unos y otros;
- d) d) Eucaristía;
- e) e) cómo vivir esta semana.

TERCERA ETAPA: Toma de conciencia de la realidad del Espíritu que recibimos en el Bautismo y la Confirmación.

5. Quinta semana: El Bautismo en el Espíritu

- a) Introducción;
- b) relación entre la Renovación Carismática y la iniciación cristiana;
- c) qué es liberar en el Espíritu;
- d) efectos de la liberación en el Espíritu;
- e) condiciones para el Bautismo en el espíritu;
- f) cómo se recibe;
- g) cómo vivir esta semana.

6. Sexta semana: la comunidad cristiana, don del Espíritu.

- a) Introducción;
- b) b) en qué consiste la comunidad;
- c) papel de los carismas en la comunidad;
- d) los frutos del Espíritu en la comunidad;
- e) la reunión de la comunidad;
- f) crecimiento de la comunidad: testimonio de los miembros de la comunidad;
- g) cómo vivir esta semana.

7 Séptima semana: Caminar en el Espíritu:

- a) Introducción;
- b) Enseñanza del Señor: la vid: dejarse "podar"; enseñanza de los Apóstoles;
- c) la sabia: oración, Palabra de Dios, Eucaristía, la comunidad o grupo;
- d) los frutos: Jesús en cada uno, el Amor, la Alegría, crecimiento.

LÍNEAS DE FUERZA DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA

Las reuniones de oración de los grupos de la Renovación Carismática son una vuelta a la espontaneidad de las primeras comunidades cristianas. Por los datos que nos suministra el Nuevo Testamento vemos que en aquellas comunidades destacaban los siguientes elementos:

- Se alababa y se celebraba al Señor con salmos y cantos inspirados (Ef 5,19)
- Se proclamaba la Palabra del Señor y los testigos que estaban presentes contaban en la reunión lo que Jesús había dicho y hecho (Col 3,16-17)
- Se tenía la fracción del pan o cena del Señor
- Tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón.

La reunión de oración de un grupo de la Renovación se caracteriza por cinco líneas de fuerza que la definen y la distinguen:

1. Presencia de Jesús: Hay una toma de conciencia de la presencia del Señor en medio del grupo, cumpliendo El su promesa "donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos (Mt 18,20). Presencia, además, con su poder y con su amor para curar, iluminar, fortalecer, hablar y reconfortar. Esta es la clave de la oración del grupo.

2. Apertura al Espíritu Santo: Se empieza siempre invocando al Espíritu, y cada miembro así como el grupo entero se abre a la acción del Espíritu que nos lleva a experimentar y sentirnos como hijos de Dios, que nos introduce en el misterio y conocimiento de Jesús Hijo de Dios y derrama su amor en nuestros corazones (Rm 5,5).

3. Oración de alabanza: Es la expresión de todo lo que el Señor está haciendo en cada uno y también en el grupo o en la comunidad. Hay verdadera necesidad de cantar las maravillas del Señor, de alabarle, alegrarnos y regocijarnos con El. Predomina la alabanza sobre las otras clases' de oración (petición, perdón, etc.). La alabanza tiene una gran fuerza para elevar enseguida el tono del grupo y hacerlo receptivo de la acción del Espíritu.

4. Comuni3n en el Esp3ritu y con Jes3s: Al experimentar que tambi3n nos sentimos compenetrados con el Se3or y con los hermanos que participan en la reuni3n, y que nos penetran las palabras y sentimientos del Se3or. Es cuando el Se3or empieza a construir el grupo y la comunidad y percibimos c3mo empezamos a formar un solo cuerpo con el Se3or y nos sentimos miembros unos de otros. Empezamos tambi3n a escuchar a los dem3s, a compadecernos de ellos, a amarlos: es un amor con el que el Se3or empapa todo el grupo.

5. Palabra de Dios: S3, que «la palabra de Dios habite en vosotros con toda su riqueza (Col 3,16) se siente como palabra vida, como mensaje de Dios acogido con gozo y hambre, que da alimento a toda la oraci3n.

El que dirige la oraci3n ha de estar siempre muy atento para que se mantengan siempre estas l3neas de fuerza durante toda la reuni3n. Si alguna de ellas falta, es que se est3 desvirtuando la reuni3n de oraci3n.

El Grupo de Renovación Carismática

INTRODUCCION

La Renovación Carismática aspira a que llegue el día en que su aire renovador haya penetrado en todas las comunidades cristianas e instituciones de la Iglesia. Hasta llegar ese momento ha de concretarse en grupos y comunidades.

Sin embargo la R.C. no consiste puramente en grupos de oración, como a veces se da a entender, ni es tampoco un movimiento de devoción al Espíritu Santo. Por otra parte vivir una relación profunda con el Espíritu Santo no es una «devoción». Es de la esencia de la vida cristiana.

La R.C. es algo más amplio y profundo que sus grupos, cada uno de los cuales puede ser una realización más o menos auténtica de la misma, pero difícilmente habrá uno que encarne totalmente todo lo que es la R.C.

Estos grupos son para nosotros el instrumento y el medio vital en el que nos movemos para caminar y crecer en el Espíritu. En los grupos se experimenta la presencia del Espíritu y la vida cristiana.

Los artículos que siguen a continuación nos ofrecen algunos aspectos importantes de un grupo de la R. C. Por su lectura podemos deducir cómo un grupo ha de ser auténtica expresión de la vida cristiana.

ORIGEN Y PRIMEROS PASOS DE UN GRUPO DE RENOVACIÓN CARISMÁTICA

LUIS MARTIN

Los orígenes de todo grupo de la R.C. son siempre humildes. Las cosas del Señor siempre tienen un comienzo pobre y humilde, como Nazaret, Belén. Es el grano de mostaza.

No hay técnicas prefabricadas para poner un grupo en marcha.

Para empezar basta que haya algunas personas, más bien pocas, aunque nada más sean dos o tres, que se reúnan a orar con determinada frecuencia con ansias de abrirse al Espíritu. No importa si saben mucho o poco de la Renovación Carismática. Esta oración que empieza sea espontánea, sincera, con espíritu de pobres, aceptándose y amándose unos a otros y a partir de la palabra de Dios. Evitar desde el principio todo formalismo o rutina. Basta que se atengan a lo que dice San Pablo: «cuando os reunís, cada cual puede tener un salmo, una instrucción, una revelación, un discurso en lenguas, una interpretación; pero que todo sea para edificación». (1 Co. 14,26).

Para que el grupo cuaje y siga adelante es necesario que este mínimo de personas sigan orando así durante un tiempo razonable, tres o cuatro meses, sin tener prisa para que crezca el grupo. Este tiempo, hasta que el grupo empieza a crecer, es muy importante: en él se va formando como el núcleo del futuro grupo, núcleo del que han de salir después los servidores y catequistas. En este tiempo necesitan abrirse mucho unos a otros y compartir la palabra de Dios y las vivencias por las que vayan pasando. Así se inicia ya el proceso de crecimiento y maduración espiritual y empezarán a despuntar los carismas.

Muy importante en el comienzo de un grupo es la forma como resuelve las primeras dificultades por las que necesariamente ha de pasar, pues, aunque todos vienen con los mejores deseos, surgen enseguida dificultades, por la diversidad de caracteres, sentimientos, situaciones espirituales, modo de entender la oración, etc. La tentación de marcharse está siempre amenazando y hay quien cede: lo que más cuesta será siempre aprender a amar y aceptar a los demás tales como son. Esta es la gran dificultad de todo grupo y de ello depende en gran parte su apertura al Espíritu y a sus dones, dificultad que no sólo se da en los comienzos sino a lo largo de toda la vida de un grupo.

Por otra parte, a los grupos siempre viene alguna persona difícil o problemática que resulta incómoda para los demás. Entonces solemos pensar: «si tal persona dejara de venir al grupo, todo sería más fácil, avanzaríamos más, haríamos mejor la oración...». Pero esto es un engaño. Esa persona difícil que se nos ha metido en el grupo es la piedra de toque de nuestro grado de amor y aceptación a los demás. Si no la puedo amar, es la que me está denunciando, como si hubiera sido enviada por el Señor, hasta qué punto el pecado sigue en mí, hasta qué punto necesito un corazón nuevo para amar como el Señor ama. Por la fuerza del amor del Señor en mí llegaré a amarla como amo a los demás.

También empezarán a venir al grupo cojos y ciegos y tullidos: aquellos débiles y enfermos y pobres que en todas partes son rechazados, incluso en muchas comunidades que se dicen cristianas. Estos han de ser los mimados del grupo.

Vendrán también personas inestables, que no durarán mucho; vendrán otros a observar, vendrán muchos sedientos del Señor.

Es de gran importancia el sentido de acogida que se tiene para todos, pero principalmente para aquellos que vienen por primera vez. No basta saludarlos e invitarlos a participar en la oración. Hace falta más: interesarse por ellos, mostrarles afecto, confianza y familiaridad desde el primer momento, y que nunca se sientan solos en el grupo sin saber a quién dirigirse.

La acogida tiene una gran importancia para que permanezcan los que vienen por primera vez y ha de ser uno de los signos que constantemente está ofreciendo el grupo.

Otro punto importante es la iniciación que hay que ir dando a los nuevos. Si hay ya un grupo considerable habrá que programar un seminario de iniciación; si son pocos, se puede hacer de forma más sencilla, pero siempre en clima de oración. Los seminarios de iniciación no son simple transmisión de conocimientos, sino que además y principalmente han de ir creando una atmósfera espiritual de apertura y entrega al Señor.

Terminada esta etapa de iniciación será bueno celebrar un retiro para el bautismo en el Espíritu y en este momento ha de sentirse la presencia orante de todo el grupo.

El grupo terminará de completarse cuando llegue a formar un equipo de servidores, según cualquiera de los distintos procedimientos que hay para ello. Si el grupo lleva ya varios meses funcionando no se dilate más la formación del equipo de servidores. Si es uno solo el que lleva la responsabilidad del grupo, recuerde que si esto vale para los comienzos, llega enseguida un momento en que hay que compartir esta responsabilidad con algunos más que tengan plena aceptación de todo el grupo.

Cada grupo está llamado a recorrer un camino de crecimiento en la vida del Espíritu, de amor mutuo entre todos los miembros, de entrega al Señor y a los demás. Debe ser testimonio del amor, de la liberación del Señor y de su presencia. Y seguir caminando hasta las metas que le vaya marcando el Señor: quizá la comunidad, quizás otro tipo de compromiso.

¿PUEDE HABER DIFICULTADES EN UN GRUPO DE RENOVACIÓN CARISMÁTICA?

MARIA PALMIRA DE OROVIO, RSCJ

Un grupo de R.C. no es un grupo de dinámica, ni de revisión de vida, ni de meditación en común, ni de estudio de la Biblia. Un grupo de R. C. nace del encuentro con ALGUIEN que vincula fuertemente a personas distintas, como hermanos.

Los comienzos suelen ser «eufóricos». Se percibe la presencia del Señor a través del Espíritu que libera ese fondo de alegría y gozo profundos que todos llevamos dentro -zona de inocencia- con frecuencia reprimido. Pensar que este nivel perdura, es utópico. No hay que olvidar el elemento humano.

Tres palabras griegas caracterizaban a los primeros grupos cristianos: «KOINONIA»=comunidad; «MARTYRIA»=testimonio; «DIACONIA»=servicio. Cuanto se oponga a ello, repercute negativamente en el grupo. Conviene, por tanto, recordar el consejo de San Pablo: «Examinadlo todo y quedaos con lo bueno». (1 Ts. 5,1).

COMUNION.- Un grupo empieza como colectividad anónima que no se reúne por ideología común, ni por un código detallado de vida. Nace de una búsqueda y de un encuentro. Porque el Señor, a quien buscamos, nunca falta a la cita. Como cantaba el himno: «Salimos hacia tu encuentro sabiendo que vendrás».

La comunión supone una comunicación. Esta es difícil. En un grupo se siente uno, con frecuencia, bloqueado. El miedo impide la libertad de expresión. Miedo ante la mirada y el juicio ajeno. Miedo a proyectar el propio yo. Miedo a la soledad que se crea en torno al que aparece como distinto. Miedo a remitirnos a la escucha. Falta capacidad de aceptar y vivir el propio miedo. Falta también en los grupos, capacidad de silencio. A veces parece que está uno pendiente de lo que va a decir, en vez de escuchar, aceptar, integrar lo que dicen los otros. Porque la palabra de Dios es creadora. Y el Espíritu es siempre nuevo, imprevisible, desconcertante. Pero exige en nosotros una zona de silencio para que la palabra germine.

TESTIMONIO.-Con frecuencia los grupos se limitan a exponer cosas banales. Falta la expresión de vivencias de fe. Falta sencillez para ser auténtico. Tal vez, al hablar, se oculta el 20 % por temor a la censura. Los testimonios que se dan no son siempre existenciales y se confunden con la información. La información es indispensable, pero es algo distinto. Un testimonio debe rodearse de una atmósfera de silencio que permita agradecer, compartir, admirar la acción de Dios. En los grupos falta con frecuencia esa dimensión, ese espacio, ese respeto a lo que el Señor ha hecho en el hermano o por el hermano. Falta tiempo para reconocer que, en torno nuestro pasan cosas que nos interpelan. Falta entender que, lo que aprovecha no es «saber» sino «saborear internamente» las cosas de Dios, como dice San Ignacio. Y, como transmitir una experiencia es imposible, el silencio que sigue a su exposi-

ción hace que se comunique por contacto, como la luz que se transmite de una vela a otra, como se disuelven en el agua las partículas de una materia colorante.

SERVICIO.-San Pablo en 1 Co. 11,1819 dice: «Oigo que al reuniros en las asambleas, surgen entre vosotros divisiones y lo creo en parte. Desde luego, tiene que haber entre vosotros también disensiones para que se ponga de manifiesto quiénes son de probada virtud entre vosotros ».

Pueden darse tensiones -como sucedía entre los corintios- que son problemas de poder. Eso podría hacer olvidar que lo que importa es que Cristo sea proclamado, evangelizado. (Cfr.: 1 Co. 1,1013 y 3,4-15).

Puede suceder que Cristo otorgue a algunos la gracia de vivir de un modo nuevo, gracia que se desea compartir con los demás. Y, que al querer comunicar ese mensaje se produzcan tensiones por falta de preparación para recibirlo.

Pudiera suceder -y es un peligro considerar las inspiraciones del Espíritu como una confirmación de nuestras propias ideas y decisiones y llegar hasta negar la autoridad de aquellos a quienes Dios ha designado para una dirección y ayuda (Crf.; SMET, Yo hago un mundo nuevo, p. 215 y ss.).

Cuando ha existido en el grupo algún conflicto, no hay que levantar polvo. Hay que dejar pasar porque pueden darse comentarios destructivos. Es preciso que nos reconozcamos distintos y reconozcamos que nos necesitamos como solidarios.

En un grupo de renovación carismática no se trata de encontrar líderes, sino SERVIDORES. Hay que darles confianza. Porque, a través de ellos, el Espíritu proyectará sobre cada uno el poder de encontrarse y liberarse.

NUESTRA ACOGIDA AL HERMANO EN EL GRUPO

RODOLFO PUIGDOLLERS

La comunidad es un don de Dios. El Cristo glorificado, en medio de la comunidad cristiana, nos da su Espíritu. Dándonos gratuitamente su Espíritu nos reúne en comunidad.

En el otro, en el hermano, es Cristo quien me sale al encuentro. Es el Cristo que me habla, que me ayuda, que me corrige; es el Cristo pobre, necesitado, hambriento.

Para poder acoger auténticamente al hermano necesito sentirme comunidad cristiana; necesito sentirme cuerpo de Cristo, donde cada uno tiene su función y su lugar; necesito aceptar y estar en comunión con los dirigentes. Sintiéndome así comunidad podré discernir cuál es el rostro de Cristo que viene a mi encuentro: ¿el Cristo que me habla o el Cristo que me pide una palabra?, ¿el Cristo que me consuela o el Cristo que pide consuelo?, ¿el Cristo que me reprende o el Cristo que pide ayuda?

El hermano, la comunidad, es siempre el gran don que me hace Cristo. Rechazando al hermano, rechazo a Cristo; aislándome de la comunidad, me aísla de Cristo.

Para que la presencia de Cristo resplandezca en nuestra comunidad es preciso vivir en la fe. La presencia de Cristo es un misterio de fe, sólo en la fe seremos conscientes de esta presencia. Y la fe alimenta con la esperanza, la gran esperanza del don de Cristo, la esperanza de su venida; se alimenta con el amor, el amor que nos lo hace anhelar, que nos lo hace ver en sus huellas, que nos hace suspirar en su ausencia. La oración, la contemplación, la súplica continua purifica nuestro corazón para poder ver el Cristo en medio de nosotros. Sabemos que está, y, a veces, no lo vemos. Pero El está. ¡Purifica, Señor, nuestro corazón!

Cuando pido perdón al hermano, dejo que el Espíritu Santo entre en mi interior y purifique mi rostro. Si mi rostro, mis palabras, mi silencio, mis acciones, mi espera, resplandecen con la luz de Cristo, mi hermano verá al Señor. Si la luz de Cristo resplandece en mi hermano, yo, en mis tinieblas, veré al Señor. Así viviremos en la fe y en la palabra del que nos ha hecho hermanos. Las tinieblas de la comunidad son siempre un problema de purificación. Y «puro» significa que está sólo el Señor. No es culpa del hermano. Si tu ojo es puro, verás todo el Cuerpo. Los ojos purificados, los ojos de la Paloma, ven siempre el Cuerpo de Cristo.

Esta es la profecía: ver al Cristo en medio de su Cuerpo. Este es el discernimiento: contemplar con los ojos de Cristo. Este es el don de lenguas: unirse al canto del Espíritu.

Acoger al hermano es acoger a Cristo. Acoger al hermano es pedir que Cristo nos acoja.

EL GRUPO DE RENOVACIÓN CARISMÁTICA Y LOS CARISMAS

M. CASANOVA, S. J.

FE EXPECTANTE

Al hablar de grupos de renovación podríamos hacer una gran lista: grupos de revisión de vida, grupos de oración según las más variadas orientaciones y formas. En un grupo se insiste en la oración litúrgica, en otro en la preparación de un tema o de un texto bíblico, en otro en el silencio o la contemplación; en otros se busca una acción concreta o un compromiso determinado.

El grupo de oración en la Renovación Carismática se caracteriza por la fe expectante, es decir, una fe que espera firmemente que Dios realizará lo que ha prometido. Con frecuencia muchos «creyentes» no esperan ver realizadas las cosas que dicen creer. Así sus vidas y asambleas cristianas se mueven en un nivel de fe bastante deficiente.

Jesús prometió a sus discípulos, y en ellos a toda Iglesia que el Espíritu Santo les guiaría a la verdad, les iluminaría sobre todo lo que El les había dicho (Jn 14,26), que el Espíritu vendría sobre ellos como una fuerza y poder para dar testimonio de El con valentía (Hch 1,8). Si el Espíritu está, pues, en cada cristiano y desea transformarnos como individuos y como cuerpo, debemos reunirnos juntos para dar al Padre el culto que El espera de nosotros en espíritu y verdad» (Jn 4,24), y para abrirnos cada vez más a la acción del Espíritu en nosotros.

EL ESPÍRITU SANTO Y LOS CARISMAS

Creemos que es el Espíritu el que nos congrega en la Iglesia, y que esta Iglesia universal se manifiesta aquí y ahora en este grupo de creyentes reunidos en nombre de Jesús (Mt 18,20). Es el Espíritu de Jesús el que nos va formando más y más en el Cuerpo de Cristo, y lo realiza a través de los dones espirituales o carismas. Si, pues, nos reunimos con esta convicción profunda, «en el Espíritu», no podremos menos de experimentar lo que es la acción del Espíritu formando, transformando y unificando la comunidad cristiana.

EN LA ASAMBLEA SE MANIFIESTAN LOS CARISMAS

Es precisamente a través de sus dones o carismas que el Espíritu actúa en el grupo de oración. La reunión de oración es el marco adecuado para que se manifiesten estos dones. San Pablo insiste en el valor de los dones de la palabra, como la palabra de sabiduría, palabra de conocimiento, la profecía en la asamblea cristiana (cf.: 1 Co 12-14).

Todos los dones, tanto los de la palabra como los de fe, y los de servicio a la comunidad proceden del mismo y único Espíritu. «Según nuestra manera de ver y entender», dice K. Ranaghan, «los dones del Espíritu que se manifiestan en el Cuerpo de Cristo son acciones de Jesús, el Señor resucitado entre nosotros, que actúa a través de unos miembros de su cuerpo, abiertos y dóciles a las inspiraciones del Espíritu. Son pues, extensiones de la actuación de la Palabra viva de Dios en medio de nosotros, de Jesús. En su operación son análogas a la proclamación de la Escritura, aunque por supuesto no tienen el mismo valor».

(
Nota: K. RANAGHAN, -As the Spirit Leads Us., p. 52, Paulist Press, N. Y. 1971).

DOCILIDAD Y DISPONIBILIDAD

Por lo tanto en la reunión de oración es muy importante que todos y cada uno participen buscando al Señor y estando atentos al Espíritu Santo. En la asamblea donde se dé esta fe expectante en la actuación del Señor, por su Espíritu, a través de sus dones espirituales o carismas; donde haya gran docilidad y disponibilidad al Espíritu, se dará la manifestación de tales dones, en su gran diversidad, según las necesidades de la comunidad. «Cuando os reunís, cada cual puede tener un salmo, una instrucción, una revelación, un discurso en lenguas, una interpretación; pero que todo sea para edificación» (1 Co. 14,26).

VARIEDAD DE DONES

Los dones se manifiestan según las necesidades orgánicas de la Iglesia, de la comunidad. Don de dirigir la reunión, don de profecía, según 1 Co 14,3., don de enseñar, don de discernir. Cuando un grupo crece y se va formando en comunidad más amplia con un mayor radio de influencia, el número de dones va aumentando, o mejor dicho, los dones ya existentes en los miembros de la comunidad se van manifestando: dones de la palabra, dones de fe, dones de servicio a todos niveles.

En el Nuevo Testamento hay cuatro listas de carismas con mención explícita de este término: 1 Co 12, 4-10; 28-31; Rom 12,6-8; 1 P 4,10. Hay otras cuatro sin usar dicho término: 1 Co 14,6.13; 14,28; Ef 4,11; y Mc 16,17-18. No vamos a detenernos ahora en su enumeración y estudio. Recordemos solamente que todos estos carismas son dones gratuitos del Espíritu Santo para la edificación. Todos deben recibirse con gratitud, podemos aspirar a ellos y pedirlos, sobre todo los más útiles al servicio de los hermanos.

REGLA DE ORO EN EL USO DE LOS CARISMAS

Todos los carismas están al servicio del amor, nos dice S. Pablo (1 Co 13). Ya podría tener uno los carismas más extraordinarios, si ese cristiano no tiene caridad, si no usa su don según la ley del amor, de nada sirve. Porque el Espíritu Santo es el mismo amor del Padre y del Hijo, y todas sus actuaciones en los miembros del Cuerpo de Cristo han de manifestar su naturaleza. El amor construye, une, da vida y vence al mal.

Los grupos de oración que saben apreciar y pedir con humildad, pero al mismo tiempo con fe expectante, los dones espirituales, y los ponen al servicio del amor fraterno, verán crecer la comunidad y darán testimonio, con valentía, de Jesús resucitado.

EL DISCERNIMIENTO

DISCERNIMIENTO ECLESIAL EN EL ESPIRITU SANTO Y EN LA IGLESIA

MANUEL CASANOVA

INTRODUCCIÓN

Estudiamos aquí el problema del discernimiento.

Es uno de los dones que menciona S. Pablo cuando afirma que «a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro carisma de curaciones, en el único Espíritu; a otro poder de milagros; a otro profecía; a otro, discernimiento de espíritus...». (1 Co 12,7-10).

Es uno de los dones más necesarios en la R.C. La vida de cualquier grupo por pequeño que sea exige un constante discernimiento. Personas, acontecimientos, fenómenos, la marcha del grupo, la reunión de oración de cada semana, los problemas de cualquier hermano o del grupo entero: todo esto exige discernimiento para evitar desviaciones o enfoques torcidos.

Siempre habrá que determinar cuál es el origen de los fenómenos que juzgamos: ¿es Dios?, ¿es nuestra naturaleza?, ¿es el espíritu del mal? El hombre puede estar abierto a influencias que proceden de uno de estos tres orígenes. Las inspiraciones o impulsos que llegan a nuestra alma proceden: o de Dios, o de nosotros mismos, o del espíritu del mal.

Este discernimiento lo podemos ejercer sobre cosas que se refieren o a nosotros mismos o a otro hermano: es un **DISCERNIMIENTO PERSONAL**.

Puede ser sobre fenómenos o acontecimientos que afectan a todo un grupo o comunidad y entre todos tratamos de discernir: es el **DISCERNIMIENTO COMUNITARIO**.

Puede ser algo que afecte a una gran parte de la Iglesia o a toda la Iglesia: es el **DISCERNIMIENTO ECLESIAL**.

De acuerdo con esta distinción, sigue la exposición del tema en tres artículos distintos.

DISCERNIMIENTO ECLESIAL EN EL ESPIRITU SANTO Y EN LA IGLESIA

El 18 de junio de 1974, último día del Congreso Internacional de la R.C., Ralph Martin anunció en el estadio de la Universidad de Notre Dame, USA, que el Congreso Internacional de 1975 se celebraría en Roma. Razones: el Año Santo, y siguiendo las consignas marcadas por Pablo VI había que hacer una peregrinación a la Sede de Pedro buscando un gran objetivo: reconciliación y renovación personal, comunitaria, eclesial y universal.

Ya con anterioridad, en octubre de 1973, se había celebrado en Roma un encuentro de dirigentes nacionales de la R.C. Cuantos concurrieron a aquella celebración de Grottaferrata pudieron escuchar en la audiencia general del miércoles día 10 cómo el Papa mencionaba a los congresistas de Grottaferrata. Trece representantes de varios países serían después recibidos en audiencia privada y escucharían del sucesor de Pedro unas palabras de reconocimiento y exhortación. La R.C. no tenía aun carta de ciudadanía dentro de la Iglesia Jerárquica y era vista con cierto recelo por parte de muchos obispos y cristianos en general no sólo en Roma sino en el mundo entero.

Existía por tanto un profundo deseo en representantes de centenares de grupos de oración de todos los países de demostrar a la Iglesia, en la persona del Obispo de Roma, todo su espíritu de amor, fidelidad y obediencia y ser, a su vez, reconocidos como verdaderos hijos no sólo individualmente sino también como grupo para poder así colaborar a la renovación de la Iglesia universal.

Este deseo se vino a cumplir con motivo de Pentecostés de 1975. Unos 10.000 miembros de la R.C. y muchos de nosotros entre ellos, nos reunimos en la esplanada de las Catacumbas de San Calixto. Hoy recordamos con emoción aquella celebración eucarística presidida por el Papa en el día de Pentecostés en la Basílica de San Pedro, así como la del día siguiente, lunes, presidida por el Cardenal Suenens y concelebrada por doce Obispos y 700 presbíteros y la audiencia especial que en la misma Basílica nos dispensó el Papa. Como Pastor Universal nos aceptó y recibió y nos dirigió la palabra como un padre habla a sus hijos dejando vislumbrar un gran amor y alegría al hallarse entre nosotros.

Allí el Papa reconoció en la R.C. una fuerza viva de renovación dentro de la Iglesia. Y dio unas palabras de exhortación y orientación para que «esta renovación espiritual siga siendo una "suerte" para la Iglesia y para el mundo». (Alocución del Papa al Congreso Internacional Católico de la R.C., el 19 de mayo, Lunes de Pentecostés, de 1975).

LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU EN LA IGLESIA

El árbol exuberante debe ser cuidado y podado para dar un fruto sazonado. En un campo de buen trigo es fácil que nazcan también malas hierbas como declara el Señor en sus palabras (Mt 13,24 s).

Pablo VI nos da unos principios de discernimiento sobre la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. Y la R.C. que busca la acción y el poder del Espíritu en la vida cristiana debe recordarlos y tenerlos presentes como criterio de rectitud y normas de vida.

«Es el mismo Espíritu quien os lo indicará», dice el Papa, «de acuerdo con la prudencia de aquellos a quienes Él mismo ha constituido Obispos para apacentar la Iglesia de Dios (Hch 20,28) ». Con ellos, pues, hay que «probarlo todo y quedarse con lo bueno» (1 Ts 5,21).

La R.C. recibe su nombre de los carismas, de los dones espirituales que el Espíritu Santo derrama sobre los miembros del Cuerpo de Cristo para la edificación y el buen ser de todo el Cuerpo (1 Co 12,7). Los dones del Espíritu son muchos y variados, y Pablo no pretende ser exhaustivo. en las listas que nos da (1 Co 12,4-10,28-30; Rm 12,6-8; Ef 6,11).

Tres son los criterios que da el Papa, siguiendo a San Pablo, para un discernimiento dentro de la comunidad cristiana:

1ª Fidelidad a la doctrina auténtica de la fe.

2ª Todos los dones han de ser recibidos con gratitud y, concedidos para el bien común, no contribuyen todos en la misma medida.

3ª Todos los dones del Espíritu Santo se ordenan al amor.

No basta decir: «yo tengo tales dones, el Espíritu Santo me ha dicho, tal hermano tiene aquel carisma, en este grupo hay muchas profecías, allí se dieron tales curaciones, etc., etc.... » Estas cosas por sí mismas no son garantía de la presencia del Espíritu Santo.

Las lenguas, los milagros, las profecías son precisamente las cosas que hay que discernir y juzgar. (Declaración del Comité de investigación y práctica pastoral de la Conferencia Episcopal de EE.UU., Nov. 1974, núm. 3).

SIEMPRE EN EL AMOR

El fruto del Espíritu es «caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza o control de sí mismo» (Ga 5,22).

Los dones auténticos del Espíritu tienden siempre a la construcción de la Iglesia en la unidad y en la caridad. «Poned empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4,3).

Es necesario recordar que entre los capítulos 12 y 14 de la 1.ª a los Corintios, Pablo ha colocado el capítulo 13 en el que nos habla de la primacía de la caridad: Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha». Y la caridad y el amor auténtico de que habla San Pablo es así: «La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de

la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (13,1-7).

Fundado en estos criterios, en conformidad con la enseñanza del Evangelio en su totalidad de reconocer el fruto del Espíritu en la vida y actuación de los cristianos, en la caridad como garantía suprema de la presencia del Espíritu, todos los dones llevarán a dar testimonio de Jesús y a construir el Cuerpo de Cristo en el vínculo de la paz.

FRUTOS DE LA RENOVACION

Tanto el Papa como los Obispos reconocen los frutos que ha producido y está produciendo la R.C. «interés renovado por la oración, tanto individual como en grupo. Muchos de los que pertenecen al movimiento han experimentado un sentido nuevo de los valores espirituales, una conciencia más viva de la acción del Espíritu Santo, de la alabanza a Dios y un compromiso personal más profundo con Cristo. Igualmente, numerosos son los que han visto crecer en ellos la piedad eucarística y participan con más fruto de la vida sacramental de la Iglesia. La devoción a la Madre de Dios reviste una significación nueva y muchos reconocen que han adquirido un sentido más profundo de la Iglesia y están más unidos a ella».

Así se descubre la conformidad con los criterios arriba mencionados.

ELEMENTOS NEGATIVOS

Es preciso tener en cuenta algunos elementos que podrían impedir el sano crecimiento de la renovación.

El «**elitismo**» y el «**fundamentalismo bíblico**», dicen los Obispos, son dos manifestaciones que se han dado y pueden darse en la R.C. El elitismo es creerse cristianos superiores a los demás, lo cual crea un medio cerrado y hace nacer divisiones en vez de la unidad y caridad. El fundamentalismo bíblico que toma tan literalmente la palabra de la Biblia que no es fiel a la misión del Espíritu de dar testimonio de «todo lo que Jesús ha enseñado». Hay que evitar también el menospreciar el contenido intelectual y doctrinal de la fe y de reducirla a una experiencia religiosa subjetiva.

No es con deseo de coartar, pero sí de encaminar toda la fuerza de la renovación del movimiento que los Obispos añaden: «Otros aspectos de la R.C., como la curación, la profecía, la oración en lenguas, y la interpretación de lenguas exigen prudencia. No quisiéramos negar que tales fenómenos puedan ser auténticas manifestaciones del Espíritu. Pero deben ser cuidadosamente examinadas, y su importancia, aun si son auténticas, no debería ser exagerada».

COMPROMISO CON LOS MAS NECESITADOS

Quiero concluir con las palabras del Papa que, hablando a los peregrinos de habla inglesa, lanzaba un reto y en ellos también a nosotros: «Abrid vuestros ojos a los hermanos necesitados. No hay límites para el reto del amor: los pobres, los necesitados, los afligidos y los que sufren en el mundo y a vuestro lado, todos os dirigen su clamor como hermanos y hermanas en Cristo, pidiéndoos la prueba de vuestro amor, pidiendo la palabra de Dios, pidiendo pan, pidiendo vida. Quieren ver un reflejo del amor inmolado y generoso del propio Cristo al Padre y a los hermanos».

Por eso, continúa el Papa, no cesamos de exhortaros vehementemente a «aspirar a los mejores dones» (1 Co 12,31). Este fue ayer nuestro pensamiento cuando dijimos en la solemnidad de Pentecostés: «Sí, ésta es una jornada de alegría, pero también de resoluciones y propósitos: abrirnos al Espíritu Santo, eliminar todo lo que se opone a su acción, y proclamar, en la autenticidad cristiana de nuestra vida diaria que JESUS ES EL SEÑOR».

DISCERNIMIENTO COMUNITARIO

PALMYRA DE OROVIO

La R.C. es, según el Cardenal Suenens, «una corriente de gracias que hace brotar en todas partes, de modo espontáneo, reuniones de oración de un tipo nuevo».

Estos grupos de oración, sin estructuras preconcebidas, necesitan para existir y sobrevivir una razón de ser. Esta razón es Cristo. Nada puede reemplazarlo. Él dijo: «Donde estén dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20). Y, como dice San Pedro, «la Palabra de Dios es viva y permanente» (1 P 1,23). Esta Palabra se nos comunica a través de su Espíritu. No puede fallar porque el Señor no promete sino lo que quiere cumplir.

Antes del Concilio Vaticano II en las relaciones comunitarias se sometía la inspiración personal a un discernimiento de tipo ignaciano, contrastado exclusivamente con el dirigente de la comunidad.

Hoy las cosas han cambiado. Los miembros de una comunidad se sienten interdependientes unos de otros y así mismo corresponsables. El Señor no está únicamente en el centro para actuar y dirigir, sino que también se halla actuando y dirigiendo en cada hermano. Cada uno recibe, en virtud del Espíritu, un caudal de gracia, capaz de convertirse en vida abundante por la fuerza latente que llevan en sí los dones de Dios.

QUÉ NOS PIDE EL SEÑOR

El primer discernimiento comunitario lo encontramos en los Hechos de los Apóstoles (1,15-26) donde se narra la elección de Matías. Estaban reunidos con los Apóstoles los «hermanos», es decir, los fieles convertidos el día de Pentecostés.

Nosotros también nos reunimos para orar y buscamos al mismo Señor. «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5,5). Es palabra de Dios y creemos en ella. A nivel de razón estamos convencidos que el Espíritu está en nosotros. Pero esto no basta. Es preciso vivirlo y experimentarlo. San Pablo nos dice: «Transformaos mediante la renovación de vuestra mente de modo que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios» (Rm 12,2).

Puede suceder que un grupo de oración siga durante un tiempo indefinido actuando de un modo más o menos rutinario. Pero de pronto EL SEÑOR HABLA. Ha sido en forma de profecía, de moción interna, o por un acontecimiento o a través de una crisis en el mismo grupo. «De muchos modos y maneras nos habló el Señor» (Hb 1,1). ¿A DONDE QUIERE

CONDUCIRNOS?

Es el momento de un discernimiento comunitario. Es el momento en que todo el esfuerzo del grupo ha de concentrarse para descubrir lo que quiere el Señor AHORA. Él seguirá hablando. Hay que traspasar la barrera del razonamiento para «penetrar más allá del velo asiéndonos e lo esperanza propuesta» (Hb 6,19).

REQUISITOS PARA ESTE DISCERNIMIENTO

Pero, ¿qué exige este discernimiento?

He aquí lo más urgente:

a) PREPARACION: Instrucciones en el grupo, tiempos largos de oración privada y reunión en grupos pequeños donde nos resultará más fácil escuchar la voz del Señor para discernir ante todo su presencia en nosotros.

b) LIBERTAD INTERIOR: «Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 Co 3,17). Esta libertad interior es condición previa, sin la cual es imposible el discernimiento comunitario. Hay que desvincularse de personas, situaciones, ideas propias preconcebidas. Hay que llegar a la limpidez necesaria para ser transparencia de Dios, porque «todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen» (2 Co 3,18). Si estamos dispuestos a pagar el precio de esta libertad, el Espíritu obrará en nosotros.

c) ORACION: El Espíritu nos impulsará a orar. «Mi casa es casa de oración» OS 56,7; Mt 21,13). Y «esta casa somos nosotros, si es que mantenemos la entereza y la gozosa satisfacción de la esperanza» (Hb 3,6). Al entrar cada uno en lo más profundo de su intimidad, percibirá la presencia del «dulce huésped del alma», como dice la Secuencia de Pentecostés. Al realizarlo se actualizará aquella corriente inicial de gracia que tuvo eficacia para reunirnos en nuestro primer encuentro. Y entonces se moverá cada uno a nivel de Espíritu, «no hablando con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales» (1 Co 2,13).

d) INTERDEPENDENCIA FRATERNA: Es la actitud a la que se llega, porque el Señor se nos da como miembros que forman parte de una comunidad. «A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Co 12,7). «Y todos hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Co 12,13). El Espíritu siempre nos guiará de acuerdo con el contexto de la comunidad. Debemos tener conciencia clara de que el Espíritu no puede contradecirse.

¿COMO CONFIRMARLO?

Lo que se ha discernido en el grupo ha de aceptarse con carácter provisional. EL SEÑOR HA DE CONFIRMARLO. Si es Él quien ha tomado la iniciativa, han de manifestarse el gozo y la paz. No como algo emocional, sino como algo trascendente, algo

que nosotros no podríamos conseguir con el esfuerzo humano. Es el Espíritu quien actúa dentro de nosotros mismos convirtiendo en llama el rescoldo que llevábamos dentro.

Se requiere luego el CONSENSUS de toda la comunidad reunida con su equipo de servidores en los que se presume una mayor capacidad de discernimiento. Los servidores solos por sí mismos no pueden garantizar que el discernimiento comunitario sea un éxito. En ocasiones tendrán que estar dispuestos a sacrificar puntos de vista personales y dar luz verde de forma que el Señor nos despeje el camino que Él ha escogido. No todo el mundo es capaz de discernir de la forma como nos dice San Pablo: «A nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu. Y el Espíritu todo lo sondea hasta las profundidades de Dios. Sólo el Espíritu puede juzgarlas... ¿Quién conoció al Señor para instruirle? Pero nosotros poseemos el Espíritu de Cristo (1 Co 2,10).

La CONSECUENCIA inmediata es llegar a una PAZ PROFUNDA entre todos los miembros de la comunidad y a un incremento de la armonía en ese concierto unánime, de lo que surgirá un canto de ALABANZA porque «el Señor ha obrado maravillas».

DISCERNIMIENTO PERSONAL

LUIS MARTIN

El cristiano que se abre a la vida del Espíritu empieza muy pronto a encontrarse con fenómenos nuevos, intervenciones y acciones de la gracia en su vida, a las que no puede juzgar puramente con la luz de su inteligencia o de su propia formación y experiencia humana.

«No hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado... El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede entender, pues sólo el Espíritu puede juzgarlas». (1 Co 2,12-14).

Por otra parte, siempre que tratamos de acercarnos más al Señor, siempre que se intensifica en nosotros la vida espiritual, se produce como una reacción infalible: nos enfrentamos con un nuevo combate espiritual. Una forma de este combate son la serie de inspiraciones, mociones, deseos, tentaciones, e incluso fenómenos extraordinarios que nos pueden ocurrir de una forma u otra y que tienen su origen o en nuestra propia naturaleza o en el espíritu del mal, pero que no podemos caer en la trampa de atribuirselos al Señor, a pesar de que muchas veces imitan las inspiraciones de Dios y se presentan bajo capa de bien. «Y nada tiene de extraño; que el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz». (2 Co 11,14).

Lo que primeramente necesitamos es saber que esto es así y no asustarnos porque es algo completamente normal. Pablo en Rm 7,14-25 nos habla de la lucha interior que todos tenemos; y en Ef 6,10-20 nos presenta este combate espiritual. No es necesario dar más textos de la abundante literatura que nos ofrece el Nuevo Testamento.

EXAMINAD LOS ESPÍRITUS

«No os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios... (1 Jn 4,1).

Todo lo que procede del espíritu del mal viene envuelto en oscuridad y falsedad y con algún matiz de tinieblas, angustia o inquietud. Nunca nos puede dejar en paz, pues del espíritu del mal no puede derivar ninguno de los frutos del Espíritu.

De nuestra propia naturaleza, es decir, de nuestra psicología, pueden surgir estados anímicos que fácilmente atribuimos a Dios, cuando en realidad es obra más de nuestras emociones o sentimientos que se exaltan o se abaten. Cuando es cosa del Señor es algo bastante más permanente que cuando es emocionalismo que muy pronto puede cambiar. Hay personas muy impresionables o muy sugestionables y otras con apetito desordenado de estar buscando siempre lo preternatural o experiencias nuevas.

Aquí el discernimiento nos hará ver cómo todo esto, por más revestido que se nos presente de piedad o de santidad, no hay que atribuirlo a Dios y más bien hay que tratar de

superar la tensión de los sentimientos y emociones. Esto nos explica cómo puede haber personas que de la oración salen fatigadas, o con dolores de cabeza o molestias en otras partes del cuerpo. Aun siendo auténtica su oración y habiendo llegado a verdadera unión con el Señor, puede haber estado lastrada por una carga de emocionalismo o sentimiento que sin duda tiene su repercusión somática en forma de dolor. La oración íntima, la acción de la gracia, la fe profunda y la verdadera experiencia del Señor operan a niveles más profundos y estables de nuestra persona, en la mayoría de los casos más allá del alcance de nuestra conciencia y de nuestra sensibilidad.

INSPIRACION ORDINARIA Y EXTRAORDINARIA

El Señor nos puede hablar a través de dos tipos diferentes de inspiración: ordinaria y extraordinaria. Cada una de ellas es de gran importancia para nuestra vida espiritual.

La **inspiración ordinaria**, aunque surge en nuestro corazón en forma de inclinaciones naturales, es muy distinta de las inclinaciones naturales. Siempre procede de Dios y apreciaremos la diferencia de los impulsos naturales de nuestra mente o de nuestra voluntad por el amor que siempre infunde en nuestra alma, amor muy distinto de cualquier tipo de afección humana y que es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

El problema puede estar a veces en confundir el impulso de nuestras afecciones naturales con la inspiración del Espíritu Santo.

Las inspiraciones ordinarias están llegando constantemente a nuestra alma si estamos viviendo en clima de oración y fidelidad a Dios. No suponen algo milagroso o preternatural, y en este sentido son menos peligrosas que las inspiraciones extraordinarias, pero también más divinas y preciosas, porque son el modo preferido que el Señor tiene de actuar en aquellos que le son dóciles. El Espíritu del Amor prefiere guiarnos y actuar en nosotros por el camino del amor más que por el camino de las inspiraciones extraordinarias.

Esta clase de inspiración surge constantemente de la Palabra viva de Dios, verdadera fuente de inspiración, y también de la oración personal y comunitaria, de la celebración de la Eucaristía, del compartir con los hermanos en el Señor, y de cualquier tipo de ministerio y servicio que tanto podamos dar como recibir.

Respecto a la Sagrada Escritura, como fuente de inspiración ordinaria para nuestra vida, pensemos que no es un libro de adivinación con el que descubrir la voluntad de Dios por el texto que nos sale al azar. Nunca Dios se puede someter a nuestros antojos o a nuestras manipulaciones; Él hablará cuando quiera y como quiera y Él será quien escoja el procedimiento de hablarnos y no nosotros.

LA INSPIRACION EXTRAORDINARIA

La inspiración extraordinaria, y que otros llaman carismática, se puede presentar bajo las siguientes formas:

Visión, palabra hablada (no importa si la palabra es percibida con el oído o tan sólo interiormente, ni si la visión es percibida con los ojos del cuerpo o tan sólo interiormente).

Idea o intención que de pronto se forma en la mente sin intervención de causa natural.

Estas tres formas de inspiración extraordinaria nos llegan como si fueran mensajes de alguien, como un impulso para hacer una cosa determinada sin que se den palabras o imágenes.

Este tipo de inspiración es el que decimos que es más peligroso que el ordinario por la facilidad con que nos podemos engañar, sobre todo si somos inclinados a formarnos ilusiones o porque nosotros mismos las buscamos y hasta nos las inventamos.

Por consiguiente el discernimiento se hace aquí más necesario, y nadie debe ser juez de su propia causa, por lo que siempre será muy precavido y circunspecto en decir: «Es que el Señor me ha dicho a mí...» ¡...!

Si la inspiración viene de Dios vendrá siempre envuelta en verdad, luz, docilidad, paz, desconfianza de nosotros mismos y confianza en el Señor, paciencia, sinceridad, libertad de espíritu, y por supuesto un gran amor a Dios y a todos los demás.

EN CONSTANTE SINTONÍA CON EL ESPÍRITU

El Señor usa la inspiración extraordinaria para comunicar mensajes especiales que no se pueden dar de un modo ordinario, bien sea porque no somos suficientemente dóciles a Él o porque el mismo mensaje representa ya en sí algo extraordinario.

Pero la perfección de la vida cristiana, la de los que son «guiados por el Espíritu del Señor», consiste en estar de tal modo sintonizados con el Espíritu y tan sensibles a sus mociones, que sin necesidad de medios fuertes y forzosos, por así decirlo, podamos ser guiados por el más suave toque del Espíritu. A medida que crecemos en la unión con el Señor, las inspiraciones ordinarias que vamos recibiendo se van convirtiendo en una atmósfera que envuelve toda nuestra vida y dejan ya de ser mociones separadas o esporádicas. Podríamos decir que se llega a un estado en que ya no se tiene que consultar al Espíritu para cada caso concreto que se presenta, porque se vive en constante atención a Él, en total sintonía con Él. Y por consiguiente en constante apertura y en identificación con el Señor.

Este estado maravilloso es más bien una meta a la que apenas llegamos, un ideal por el que constantemente tenemos que trabajar.

Sea cual sea el punto en el que nosotros nos encontremos, creo que nadie llega a un estado en el que no tenga que preguntarse muchas veces qué quiere el Señor de él, teniendo que ejercer el discernimiento sobre las inspiraciones que parece recibir.

DOCUMENTACIÓN SOBRE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN ESPAÑA

Las conclusiones del III Encuentro Nacional de Servidores de la R.C. celebrado en Salamanca, en noviembre de 1976, quedaron plasmadas en tres importantes Documentos.

Estos Documentos son como pistas de orientación para todos los grupos de España y pueden servir de base para futuras reflexiones.

El Grupo Coordinador Nacional, respondiendo a una sugerencia del señor Cardenal de Madrid, ha entregado a éste, como Presidente de la Conferencia Episcopal Española, dichos Documentos con una carta de presentación, en visita realizada el día 14 de diciembre. Igualmente ha enviado una carta de presentación y saludo a la Oficina Internacional de la Renovación Carismática de Bruselas.

El tema de los Documentos es el siguiente:

Doc. I: Grupo de oración de la R.C.

Doc. II: El equipo de servidores en la Comunidad carismática.

Doc. III: Coordinación Nacional para la R.C. en España.

Dada la extensión de los mismos, en este número de la Revista sólo publicamos el Doc. II, muy relacionado con el tema doctrinal del discernimiento, y los demás irán apareciendo ulteriormente.

DOCUMENTO II: EL EQUIPO DE SERVIDORES

EN LA COMUNIDAD CARISMÁTICA

1. Necesidad de este equipo

1.1. Son muchos los argumentos que fundamentan la necesidad de que en nuestras comunidades de oración exista un equipo de servidores que pueda animar las reuniones y ayudar a discernir el camino a seguir para el crecimiento en el Espíritu de la comunidad.

1.2. Nos mueve a ello primeramente el ejemplo de Jesús, que quiso dotar a su Iglesia de un equipo de discípulos a quienes preparó cuidadosamente durante los tres años de su vida pública, y, sobre todo, con la transformación realizada en ellos por el Espíritu en el día de Pentecostés.

1.3. Por otra parte la diversidad de servicios y de carismas que el Señor suscita en nuestras comunidades hace deseable la existencia de un equipo, ya que será difícil que una sola persona pueda reunir todos los dones y carismas necesarios para el crecimiento de la comunidad.

1.4. El mismo hecho de trabajar los servidores en equipo les llevará a compartir sus dones los unos con los otros, y a ser más capaces de reconocer estos dones en otros miembros de la comunidad.

1.5. Cada día vemos como más deseable un íntimo conocimiento de todas y cada una de las personas de la comunidad por parte de los servidores; esto no sería posible si existiera un solo servidor, mientras que se facilita mucho con un equipo bien compenetrado.

1.6. El equipo nos liberará del peligro de todo autoritarismo tan opuesto al carisma del servicio evangélico. Al actuar el equipo de una manera colegial podrá conseguirse que desaparezcan los personalismos, para dar lugar a la comunión en un mismo Espíritu.

1.7. La misma experiencia nos habla también de la conveniencia de este equipo. En los países, como Estados Unidos, en que existe alguna experiencia de comunidades de oración, se ha comprobado que aquellos grupos que tienen un equipo de servidores bien compenetrados, son los que funcionan y crecen; mientras que los grupos donde no hay tal equipo de servidores acaban por desaparecer.

1.8. Pero habrá que tener en cuenta que en los grupos hogareños de oración, con un número pequeño de miembros no se ve tan necesario el equipo de servidores. Toda la comunidad puede funcionar como equipo de servicio. En las comunidades más numerosas se ve más clara la necesidad de un equipo.

1.9. La función más importante que compete a este equipo de servidores es la del discernimiento de los caminos por los que el Señor quiere ir haciendo crecer la comunidad. Para ello debe estar constituido por personas muy liberadas interiormente y muy dóciles al Espíritu Santo. Las personas que no lo son, pueden, si no impedir, sí obstaculizar el crecimiento de una comunidad.

1.10. Aparte de este equipo de discernimiento, pero compenetrado íntimamente con él, existen otros ministerios y servicios a los que el Señor puede llamar a diferentes miembros de la comunidad. Entre ellos recordamos especialmente el ministerio sacramental ejercido por los sacerdotes, el ministerio de la enseñanza ejercido por personas dotadas por el Señor del carisma necesario y al mismo tiempo bien formadas bíblica y teológicamente; el servicio de los enfermos; el servicio de intercesión; el servicio de acogida; el servicio de la atención a los necesitados; y los oficios necesarios de carácter material. En particular, todos los miembros deben vivir en actitud de servicio.

2. El Ministerio sacerdotal.

2.1. Se debe tener en gran estima el ministerio sacerdotal y la celebración de los sacramentos; para ello se ve muy deseable que cada comunidad cuente con la presencia de algunos sacerdotes. En lo posible sería de desear que estos sacerdotes estuvieran profundamente imbuidos del espíritu de la Renovación.

2.2. La alabanza y la acción de gracias de nuestras comunidades culminan en la Eucaristía en la que Cristo alaba al Padre como Él es digno de ser alabado. Toda alabanza al Padre tiene una referencia eucarística. Por eso es deseable que se celebre alguna vez la Eucaristía en la reunión de oración.

2.3. Sin embargo, no se ve necesario que algún sacerdote deba formar parte siempre del equipo de servidores que realizan el servicio de discernimiento. Con todo, todo sacerdote esté donde esté, tiene un ministerio en la comunidad que ha recibido previamente en la Iglesia.

3. Autoridad del Equipo: Extensión, límites y ejercicio.

3.1. La palabra «autoridad» tiene muchas resonancias que pueden inquietar a las comunidades carismáticas. Por eso, antes de usar este término, queremos hacer una precisión advirtiendo que nunca lo usamos en el sentido profano de las autoridades del mundo, ni si quiera en el sentido eclesiástico de la jurisdicción de los Obispos de la Iglesia. En ninguna manera pretendemos formar una jerarquía paralela a la que ya nos dio Jesucristo nuestro Señor, y tenemos en la Iglesia.

3.2. Más bien entendemos la autoridad de los servicios en el sentido de un carisma de discernimiento y obediencia al Espíritu, de aquellas personas que por su gran libertad interior, su docilidad a la gracia, su don de discernimiento y su comunión con la Jerarquía, son reconocidos por el grupo como guías y orientadores en el crecimiento de la comunidad.

3.3. Se trata por tanto de una autoridad moral reconocida por todos, basada en los carismas y en el testimonio de vida, y nunca de una autoridad jurídica, coactiva y jerárquica.

3.4. La autoridad carismática es ante todo un ejercicio de amor. Por lo tanto cualquier ejercicio de autoridad que lleve una falta de amor, está fuera de los objetivos de la misma.

3.5. Supone un ejercicio de profunda humildad, estando a los pies de todos, como Jesús, no buscando el ser servido sino el servir, considerándose el último de todos, en la imitación radical del Siervo de Yahvé, en el espíritu del Magnificat y en la actitud de San Juan Bautista: «Conviene que Él crezca y que yo disminuya» (Jn 3, 30)

3.6. El ejercicio de la autoridad supone discernimiento de la voluntad de Dios para el grupo, por lo cual siempre habrá de hacerse en un clima de oración y apertura al Espíritu.

3.7. Igualmente todo ejercicio de autoridad presupone un conocimiento íntimo de las personas, de sus circunstancias, de sus posibles reacciones positivas y negativas, y también gran familiaridad y confianza entre todos los integrantes del grupo.

3.8. Las principales funciones que hay que ejercer son las más positivas: orientar, estimular, abrir cauces, apoyar las iniciativas venidas de la acción dei Espíritu en la base etc... Pero también en alguna ocasión habrá que corregir al hermano con verdadero espíritu fraterno y evangélico.

3.9. En el caso más delicado de la corrección fraterna, habrá que extremar más el cumplimiento de todas las condiciones para que esta corrección sea positiva: un mayor discernimiento, la oración por las personas, el conocimiento profundo, la fraternidad, la prudencia, el don de consejo y sobre todo el amor, buscando siempre salvar a la persona del hermano. Si no se dan todas estas cautelas, la corrección fraterna puede ser contraproducente y perjudicar al hermano en vez de salvarlo.

3.10. En la corrección fraterna se han de guardar también los tres pasos que nos manda Jesús en el Evangelio, tal como nos lo relata Mateo en su capítulo sobre la vida de comunidad (Mt 18, 15-17).

3.11. El ejercicio de la autoridad dentro de los grupos debe limitarse exclusivamente a lo que afecte a la comunidad, y nunca a lo estrictamente personal o privado, perteneciente al fuero interno de las personas.

4. El Servidor en el grupo de oración

4.1. La tarea del servidor en el grupo de oración ha de ser la de animador, tratando de no ahogar, ni contristar al Espíritu que se manifiesta en los miembros del grupo. Su quehacer es principalmente el discernimiento en orden a la defensa y al crecimiento de la comunidad.

4.2. Para ello conviene que los servidores se preparen para la reunión de oración. En orden a esto puede resultar útil un encuentro previo del equipo en el que oran, evalúan en el Señor la oración anterior del grupo, y preparan la próxima reunión, designando el responsable de la oración y de la instrucción.

4.3. También deberán preocuparse del servicio de acogida de los nuevos miembros, para que se encuentren en familia, y reciban una iniciación a la oración carismática, siempre de una manera testimonial y vivencial.

4.4. Esta introducción se podrá dar en los grupos grandes como ambientación general a la reunión. En los grupos pequeños podrá hacerse de una manera más personal.

5. Responsabilidad de los servidores en el crecimiento del amor común.

5.1. La relación interpersonal sólo es posible a partir de Dios que nos comunica su propio amor. Por eso la relación de cada uno con Dios es el fundamento de las relaciones interpersonales. Del Señor vendrá el fundamento de la unidad en el reconocimiento de que Él es el único Señor de nuestras vidas.

5.2. Los servidores se preocuparán de que la comunidad crezca en el Señor, procurando que las relaciones interpersonales estén siempre animadas por el amor mutuo, considerando a los demás como superiores, tratando de identificarse profundamente con el hermano. Se ha de evitar el juzgar la conducta ajena, antes bien cada uno debe juzgarse a sí mismo, o mejor, dejarse juzgar por la Palabra del Señor.

5.3. Se ha de buscar el aceptar a los demás más que el ser aceptado. Amar a los hermanos como son, en una atenta escucha a la voz del Espíritu en ellos, es nuestro deber. También hay que estar dispuestos a ser interpelados por los otros y aceptar las críticas con ánimo constructivo.

5.4. Para lograr este crecimiento en el amor, los servidores procurarán la profunda relación entre los miembros del grupo por medio de encuentros, convivencias, excursiones, ratos de conversación antes o después de la oración semanal, etc....

5.5. Estas relaciones comunitarias no son auténticas si con el tiempo no dan fruto en ayuda mutua y servicios concretos en las necesidades espirituales o materiales de nuestros hermanos.

6. Relaciones interpersonales entre servidores.

6.1. Sólo podrán hacer crecer al grupo en el amor mutuo si entre ellos mismos, los servidores viven unas relaciones de verdadera intimidad, dando a todos un testimonio de unidad y de amor.

6.2. Pero el grupo de servidores no es una nueva comunidad, sino un equipo nacido de la comunidad e integrado en ella para su servicio.

6.3. Para un servicio más eficaz de la comunidad es necesario que a las reuniones de servidores asistan solamente ellos. Aunque se debe informar a la comunidad del resultado del discernimiento y orientaciones del equipo.

7. Elección de servidores.

7.1. Descripción de experiencias La manera como de hecho se hace la elección de servidores varía mucho de una comunidad a otra y no parece que haya que coartar siempre esta legítima pluralidad nacida de las diferentes circunstancias.

7.2. En algunos grupos permanecen durante cierto tiempo los iniciadores del grupo por la aceptación implícita que todos hacen de su actuación.

7.3. En otros, y también en los grupos anteriores, después de cierto tiempo, los servidores se nombran por votación secreta entre todos los miembros permanentes de la comunidad, una vez que ésta se plantea la conveniencia o necesidad del nombramiento o renovación del grupo de servidores.

7.4. A pesar de la variedad de sistemas en la elección de los servidores, hay una serie de orientaciones comunes que corresponden profundamente a la vocación carismática.

7.4.1. Oración: la elección es un ejercicio de discernimiento que va acompañado y presidido y terminado por una intensa oración de todo el grupo.

7.4.2. Se ha de atender a los signos que el Señor nos da por medio de los carismas, de las aptitudes, y de las inclinaciones que distribuye entre sus hijos.

7.4.3. No hay que tener prisa en designar a nadie para servicios que el Señor todavía no ha suscitado en la comunidad. Cuando el Señor quiera un ministerio para esa comunidad, Él mismo concederá los carismas necesarios a alguno de sus miembros para ese ministerio.

7.4.4. Se debe usar siempre la prudencia en el Espíritu y el don de consejo, que fundamentan la confianza en Dios. Prescindir, por otra parte, de nuestra acción, sería tentar a Dios.

7.5. Ninguna elección es vitalicia, y cualquier servidor debe estar dispuesto a renunciar en el momento en que la comunidad deje de estimar necesarios sus servicios, o prefiera escoger a otro servidor para desempeñarlos.

Sin embargo, tampoco hay necesidad de que los servidores tengan que ser renovados obligatoriamente en plazos fijos. En cada caso el tiempo de duración de un servicio se dejará al discernimiento particular del equipo o de toda la comunidad, según las circunstancias.

7.6. El mismo Espíritu que suscita los carismas de servicio suscitará también en la comunidad el carisma de reconocimiento de los mismos.

AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS

STEVE KLARK

(Tomado de «New Covenant», noviembre de 1976; continuación del número anterior)

FORMAS DE LENGUAJE

Cuando iniciamos la vida cristiana descubrimos que necesitamos eliminar de nuestro lenguaje un conjunto de paganismo, cinismo, insultos y otros malos hábitos. Una vez eliminadas las faltas más salientes e importantes, solemos pensar que nuestro lenguaje está en orden. Sin embargo, en su carta a los Efesios escribe Pablo: «No salga de vuestra boca palabra dañosa, sino la que sea conveniente para edificar según la necesidad y hacer el bien a los que os escuchen» (Ef 4,29). Pablo no dice simplemente: «eliminad los malos hábitos», sino que exhorta a los cristianos a decir solamente aquello que pueda edificar a los demás en la fe y fortalecerlos en el Señor. Pablo presenta el ideal de cómo los cristianos debieran hablar, ideal muy superior al que la mayoría de nosotros hemos escogido.

Por ejemplo, muchas personas son propensas, o a ser demasiado habladoras y dicen todo lo que les viene a la mente, o a ser demasiado reservadas y apenas si dicen algo. Ambas formas de lenguaje son un problema porque ninguna edifica al oyente. La persona que sea o demasiado habladora o demasiado reservada debería seguir los consejos de Pablo y aprender a decir solamente lo que edifica y es oportuno.

Hace varios años, una vez que algunos nos reuníamos para dialogar, empezamos a hablar de los momentos en que el Señor nos había demostrado su amor a cada uno de una manera especial. Algunas personas dieron testimonio de acontecimientos en los que se sintieron singularmente cerca de Dios, otros hablaron de cómo habían experimentado el amor de Dios en la oración. Enseguida pude darme cuenta cómo todos nos sentíamos más cerca del Señor y más cerca unos de otros. Hablar del Señor y de nuestros deseos de amarle y servirle es algo que «comunica gracia» a nuestros oyentes y que nos ayudará a controlar nuestro lenguaje.

El ideal de lenguaje de San Pablo incluye el animarse unos a otros. No se requiere hacer elogios siempre que alguien hace algo bien. Pero deberíamos aprender a decir a las personas con franqueza que las apreciamos y que han hecho algo bien. Un marido debe hacer saber a su mujer cómo aprecia el trabajo que realiza en la casa. Un empresario debe alabar a sus empleados por su trabajo. Si una persona muy tímida saca suficiente coraje para dar un testimonio en la reunión de oración, alguien debería buscarla después de la reunión y hacerle saber lo acertada que estuvo su intervención. Unas palabras de aliento pueden contribuir a fortalecer y aumentar el deseo de servir.

Alentar a los demás es uno de los mayores actos de amor que podemos hacer. Y hemos de hacerlo de forma que fortalezca a los demás incitándolos a amar al Señor.

HUMOR NEGATIVO Y QUEJAS

El hablar con afecto de forma que comunique gracia y edifique al oyente exige evitar todo lenguaje destructivo y negativo. Una de las formas más corrientes, pero menos reconocidas de semejante lenguaje es lo que se llama «humor negativo», humor que contiene alguna pulla o comentario zahiriente. Por ejemplo, alguien en la conversación deja deslizar un comentario intempestivo y uno de los amigos le dice: «oye, cada vez que abres la boca metes el pie». El comentario del compañero trata de ser humorístico, pero es negativo. Cuando se hacen comentarios como éste, cuando en la conversación se ironiza o bromea a propósito de las debilidades de alguien, la intención es buena: tratamos de ser afectuosos y abiertos.

En nuestra sociedad el humor negativo es de los pocos medios socialmente aceptados para expresar afecto. No se nos estimula a abrazar a los demás para manifestarles que los queremos, pero sí podemos hacer comentarios en tono humorístico, aunque negativo, para demostrarles nuestro afecto. Con todo, por muy buenas que puedan ser las intenciones del que así habla y lo ingenioso de su comentario, el humor negativo es inamistoso. Se centra en las faltas y debilidades de alguien, por lo que no es la forma apropiada por la que un cristiano debe demostrar afecto. Si alguien nos dice «afectuosamente» que constantemente estamos desbarrando, quizá nos riarnos y lo tomemos a bien, pero lo más seguro es que no nos sintamos adecuadamente amados y aceptados.

Por otra parte, el expresar afecto de una forma sincera comunica seguridad, paz y un sentido de dignidad ante el Señor. Aunque en nuestra cultura es difícil y también embarazoso ser abiertamente afectuoso en la conversación, los cristianos debemos abandonar toda forma de humor negativo y aprender a ser afectuosos con espontaneidad.

El murmurar y el quejarse son otras formas de lenguaje negativo que no caben en la vida cristiana. Lo mismo que el humor negativo son habituales en nuestra sociedad. Uno se queja cuando tiene que esperar a que el semáforo rojo cambie a verde, otros se quejan del trabajo y de los salarios, se murmura de la mujer, del marido, de los hijos. Murmurar y quejarse puede ser algo socialmente aceptable, pero nos indispone para amar y servir. Cuando nos tenemos que levantar a media noche para alimentar al bebé, cuando tenemos que pasar el día entero de reuniones, si murmuramos y nos quejamos lo ponemos todo aun más difícil para nosotros mismos y también para los que nos oyen. Cuando nos encontramos en una situación difícil debiéramos exclamar: «Alabado sea Dios, otra oportunidad para servir, otra oportunidad para levantarnos a media noche, otra oportunidad para andar una milla extra. Esto es lo que Dios me pide ahora y por tanto es lo que yo quiero hacer». Cuanto más expresemos nuestra voluntad de servir y alabar a Dios en medio de las pruebas, tanto adoptaremos la actitud que tuvo el Señor de servir.

El lenguaje positivo significa también mantener una actitud de fe cuando hablamos. Nunca debiéramos decir: «jamás aprenderé a controlar mi temperamento». Hablad con fe y esperad a que el Señor actúe. Así mismo hemos de evitar los chismes y el criticar a los demás. Es decir, hemos de quitar todos los elementos negativos de nuestro lenguaje y sustituirlos por palabras positivas de amor y de fe. Esto no quiere decir que ignoremos las dificultades. Significa que si surge un problema, tenemos que evitar el quejarnos y tratar más bien de encajar la situación de un modo correcto de forma que todo quede subsanado.

Los cristianos hemos de ayudarnos de manera activa unos a otros en nuestra vida cristiana y estimularnos hacia -in amor más profundo al Señor y a los demás. Aunque las formas como nos manifestamos afecto y respeto y los modos como servimos y hablamos unos con otros puedan parecer relativamente insignificantes, se hallan sin embargo en el corazón de nuestra vida común.

LA MUJER EN LA COMUNIDAD CRISTIANA

RODOLGO PUIGDOLLERS

«Ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumpla en plenitud».

(Mensaje del Concilio Vaticano II)

No hay ni hombre ni mujer

El Concilio Vaticano II, el día de su clausura (8-XII-1965), afirmó claramente que la Iglesia está orgullosa de haber elevado y liberado a la mujer, de haber hecho resplandecer, en el curso de los siglos, dentro de la diversidad de los caracteres, su innata igualdad con el hombre. (Mensaje a las mujeres).

Ya en su primera página la Palabra de Dios contiene la siguiente frase: Dios creó a la humanidad a imagen suya, a imagen de Dios la creó, y la creó hombre y mujer (Gn 1,27). La humanidad, en el designio de Dios, está constituida por el hombre y la mujer, como algo inseparable y en igualdad de derechos. Hombre y mujer son semejantes (Gn 2,18), son los mismos huesos y la misma carne (cf. Gn. 2,23). Sólo por el pecado del hombre ha surgido el dominio de la mujer por parte del marido (cf. Gn 3.16) y la desigualdad de derechos (cf. Gn 4,19).

Si queremos situar en su cuadro histórico la enseñanza y la actuación de Jesús hemos de recordar el pensamiento común entre los judíos de su tiempo. Recordemos algunas frases: ¡Desdichado de aquel cuyos hijos son niñas! (b. Quid. 82); La mujer es en todo inferior al hombre (Josefo, C. Ap. II 24, 201) ; Mejor quemar la Biblia que explicársela a las mujeres (Rabí Eliezer). Dentro de este ambiente y esta mentalidad, Jesús predicó y actuó según la visión de Dios. Cuando los fariseos le expusieron la doctrina de la inferioridad de la mujer y los privilegios del hombre en el matrimonio, Jesús rechazó enérgicamente esta idea y dijo que al principio de la creación Dios los hizo hombre y mujer (Mc 10,6). La defensa de la mujer por parte de Jesús fue tan fuerte que los discípulos se escandalizaron (cf. Mt 19,10).

San Lucas, en su evangelio, nos presenta a Jesús predicando y evangelizando por aldeas y ciudades. Nos indica que no iba solo, ni siquiera con los Doce exclusivamente. Dice: le acompañaban los Doce y algunas mujeres (Lc 8,1-2). Entre ellas, María Magdalena, Juana (que era la mujer de uno de los administradores de Herodes), Susana y otras. Serán precisamente estas mujeres las únicas que le permanecerán fieles en el momento del Calvario y las primeras que anunciarán su resurrección.

Esta doctrina y esta costumbre con respecto a la mujer es la misma que encontramos en la primitiva comunidad cristiana. Con una afirmación clara y rotunda, San Pablo rechaza todo tipo de discriminación, sea por motivos culturales, sociales o sexuales: todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús (Ga 3,27-28).

La mujer y los carismas

Para comprender que no hay ningún límite sexual para la vida carismática, hemos de recordar que María es la primera carismática. No sólo cronológicamente, sino en intensidad. Ella es, como dice el ángel, la llena de gracia (Le 1,28).

Pero repasemos algunos de los carismas comunitarios, para ver cuál era la práctica en la Iglesia primitiva:

a) Oración en lenguas: Tradicionalmente se considera que el día de Pentecostés estaban reunidos los Doce con algunas mujeres. María madre de Jesús y los hermanos de Jesús (Act 1,14): todos se pusieron a hablar en lenguas (Act 2,4). Igualmente, en casa de Cornelio estaban todos sus parientes y sus amigos íntimos (Act 10,24) : al oír a Pedro, todos se pusieron a hablar en lenguas y a celebrar la grandeza de Dios (Act 10,46).

b) Profecía: En la comunidad de Corinto las mujeres profetizaban y Pablo está de acuerdo con ello (cf. I Co 11,5). Por otra parte, Felipe, uno de los Siete, tenía cuatro hijas vírgenes que profetizaban (Act 21,9).

Hacia finales del siglo II, S. Ireneo, obispo de Lyon, escribe que S. Pablo ha hablado mucho de los profetas carismáticos y conoce la costumbre de que hombres y mujeres profeticen en la Iglesia (Ad Haer. III. 11,9).

c) Enseñanza: En la Iglesia primitiva no había la costumbre de que mujeres diesen la enseñanza o presidiesen. Eran en este punto deudores de las costumbres judías que decían: No se permite a una mujer salir a leer (la Torá) en público (Tos. Meg. IV, 11).

Cuando a finales del siglo II, Maximila y Priscila (montanistas) empezaron a introducir la costumbre de Mujeres dando la enseñanza, gran parte de la Iglesia reaccionó en contra considerándolo contrario a la tradición. En la secta montanista se llegó hasta admitir a las mujeres al sacerdocio.

Es seguramente de esta época (finales siglo II), y como expresión de la costumbre común, la introducción de dos añadidos en las cartas de S. Pablo. Una simple lectura atenta nos hace ver que no se tratan de textos del Apóstol, sino de añadidos posteriores. El primero se encuentra en I Co 14,34-35. Lo que colocamos entre paréntesis es el texto añadido:

«Podéis profetizar todos por turno para que todos aprendan y sean exhortados ya que los espíritus de los profetas están sometidos a los profetas, pues Dios no es un Dios de confusión, sino de paz, como en todas las Iglesias de los santos.

..... (las mujeres cállense en las asambleas; que no les está permitido tomar la palabra antes bien, estén sumisas como también la ley lo dice. Si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus propios maridos en casa: pues es indecoroso que la mujer hable en la asamblea)...

¿Acaso ha salido de vosotros la palabra de Dios? O ¿solamente a vosotros ha llegado? Si alguien se cree profeta o inspirado por el Espíritu... •.

Las palabras que están entre paréntesis no sólo modifican el sentido del texto primitivo, sino que caen fuera de contexto. Por otra parte hay varios manuscritos griegos que tienen estos versículos en otro lugar, lo que indica que es un añadido.

La segunda interpolación está en I Tm 2, 11-15. Veamos también el texto:

«Quiero que oréis así: los hombres...; igualmente, las mujeres, correctamente arregladas, compuestas con decencia y sencillez, nada de grandes peinados ni joyas, nada de collares de perlas ni grandes vestidos; sino, como corresponde a mujeres que se profesan piadosas, con buenas obras...

(La mujer oiga la instrucción en silencio, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe ni que domine al hombre. Que se mantenga en silencio. Porque Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer, que, seducida, incurrió en la trasgresión. Con todo, se salvará por su maternidad)...

si perseveran con sencillez en la fe, el amor y la vida santa».

Las palabras entre paréntesis cortan la última frase del texto primitivo e introducen de forma extraña el singular («la mujer»). El añadido se ve muy claro en la última frase, que tiene el sujeto en singular y el verbo en plural (Cf. J. ALONSO DIAZ, Restricción en algunos textos paulinos de las reivindicaciones de la mujer en la Iglesia, en Estudios Eclesiásticos 50, 1975, núm. 192, pp. 77-94).

Por consiguiente, estos dos textos pueden servir para ver la costumbre de la Iglesia del siglo II, pero ni son del tiempo de S. Pablo, ni expresan su enseñanza, ya que éste permitía que las mujeres profetizasen en la asamblea (cf. I Co 11,5).

La experiencia carismática actual nos muestra que todos los carismas se encuentran indistintamente en hombres o en mujeres, porque el Espíritu lo da a cada uno según su voluntad (I Co 12,11). Sobre el discernimiento de espíritus y la palabra de sabiduría y de ciencia nos ilustran perfectamente las vidas de Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Jesús. Estos carismas se encontraban en ellas con tanta fuerza, que hace unos años Pablo VI las proclamó doctoras de la Iglesia.

La mujer y los ministerios

Es difícil hacernos una idea exacta de los ministerios en la Iglesia más primitiva. Sin embargo, en las cartas de San Pablo tenemos algunos indicios que nos permiten afirmar la gran importancia de la mujer en las comunidades más primitivas. Varias veces S. Pablo saluda a matrimonios o a mujeres alrededor de los cuales se había constituido una comunidad. Así en la epístola a los Romanos saluda a «Filólogo y Julia (¿un matrimonio?), a Nereo y a su hermana, y a Olimpas y a todos los hermanos que viven con ellos» (Rm 16,15). Cuando escribe a los Corintios les habla de «la casa de Estéfana, que es la primicia de Acaya y se ha consagrado al servicio de los santos» (I Co 16,15). Y, cuando escribe a los Colosenses, saluda a «Ninfa y a la iglesia de su casa» (Col 4,15).

Entre los colaboradores de San Pablo encontramos en primer lugar al matrimonio Prisca y Aquila, «mis compañeros en Cristo Jesús» (Rm 16,3), que fueron quienes

catequizaron a Apolo, un gran apóstol y colaborador de Dios (Act 18,26). En la epístola a los Romanos saluda también a «Andrónico y Junia (¿un matrimonio?), mis parientes y compañeros de cautiverio, apóstoles muy apreciados» (Rm 16,7) ; en este texto la palabra apóstol significa que «participaban activamente en el apostolado misionero de la Iglesia» (TOB). En la epístola a los Filipenses hace una exhortación a Evodia y a Síntique, que eran colaboradoras suyas (Flp 4,2-3).

Por último debemos citar a Febe, que viene presentada a los Romanos como diaconisa de la iglesia de Cencres (Rm 16,1). Para algunos autores, de las diaconisas se habla también en el texto de I Tm 3,11.

Todo este panorama nos hace comprender que en la Iglesia primitiva los ministerios de la mujer eran algo muy importante y abundante. El ministerio de las diaconisas se conservó sobre todo en la Iglesia Oriental.

La experiencia y la costumbre de la Renovación Carismática en España nos ha mostrado cómo las mujeres pueden desempeñar cualquiera de los ministerios laicales. Y tenemos así la experiencia del ministerio de dirección, tanto a nivel de grupos de oración, como a nivel de Coordinación Nacional.

El ministerio sacerdotal

Un punto importante lo constituye el ministerio sacerdotal. En todas las Iglesias, hasta hace muy poco tiempo, este ministerio estaba reservado a los hombres. Recientemente algunas comunidades anglicanas y protestantes han admitido a las mujeres a este ministerio. La Congregación para la Doctrina de la Fe, por parte católica, ha manifestado que «la Iglesia, por fidelidad al ejemplo de su Señor, no se considera autorizada a admitir a las mujeres a la ordenación sacerdotal» (15 octubre 1976).

Sobre este punto E. Schillebeeckx, uno de los teólogos católicos más importantes, ha dicho: «desde el punto de vista teológico no hay dificultad alguna en conferir el sacerdocio a las mujeres. No se trata de un dogma. Si Cristo no eligió mujeres es porque se encontraba en una situación cultural muy concreta».

La Iglesia católica, por el momento, continúa esta costumbre tan antigua; pero nada impide pensar que con el cambio de la situación cultural y pastoral no se haga conveniente un día el confiar también este ministerio a mujeres. Lo que sí que es cierto es que el discernimiento definitivo sobre esta conveniencia no reside en la opinión personal de cada uno. sino, en última instancia, en el discernimiento de los Obispos.

¿Sumisión en el matrimonio?

San Pablo emplea a veces la expresión «el hombre es la cabeza de la mujer» (Ef 5,23; I Co 11,3). ¿Significa esto una inferioridad de la mujer con respecto al marido? Hay que tener en cuenta que esta ,rase no es propia de San Pablo, sino que corresponde al pensamiento judío del siglo I. Si San Pablo la cita es sólo para

introducirle importantes correcciones, para indicar que los esposos cristianos deben actuar como Cristo y la Iglesia: en una donación total. Tampoco podemos quedarnos unilateralmente con la frase «las mujeres estén sometidas a sus maridos» (v. 22), sin leer todo el texto, que afirma muchas más cosas. He aquí el texto completo:

«Estad sometidos los unos a los otros con reverencia cristiana:

- las mujeres estén sometidas a sus maridos como al Señor; porque «si el marido es cabeza de la mujer» debe ser como Cristo es cabeza de la Iglesia: como su salvador. Por eso la sumisión de las mujeres a sus maridos debe ser como la de la Iglesia a Cristo.
- Y, vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia: dando su vida por ella.

No se habla aquí de una sumisión de la mujer, sino de una mutua sumisión, de una mutua sujeción, de un mutuo amor. Tenemos así el mismo pensamiento que San Pablo presenta en I Co 7,4: la mujer no es dueña de sí misma: el dueño es el marido; e igualmente el marido no es dueño de sí mismo; la dueña es la mujer.

Para la doctrina de la Iglesia no hay ninguna inferioridad de la mujer, ni ninguna sumisión unilateral, ni ninguna dirección espiritual de la mujer por parte del marido.

Fundamentalismo

En noviembre de 1974 la Conferencia Episcopal de Estados Unidos advertía ya sobre los peligros de un fundamentalismo bíblico «que se opone al mismo tiempo a las normas auténticas de la Sagrada Escritura y a la enseñanza de la Iglesia».

¿Qué es el fundamentalismo bíblico? Es la lectura al pie de la letra de la Biblia, sin tener en cuenta para su interpretación ni la exégesis científica ni la doctrina de la Iglesia. Se comprende que una lectura de este tipo puede llevar a muchas equivocaciones.

Un versículo de la Biblia puede ser explicado por otro, y debe leerse siempre a la luz de toda la Sagrada Escritura; algunas afirmaciones, aparentemente muy claras, pueden ser simplemente normas para una época o pueden estar condicionadas por una situación cultural concreta. Para poner un ejemplo: es claro que la norma de San Pablo que las mujeres oren con la cabeza cubierta es una norma pastoral para unas comunidades concretas y de un tiempo concreto: las comunidades griegas del siglo I.

Algunos cristianos de otras denominaciones realizan una lectura de algunos textos bíblicos que, a nuestro modo de ver, es excesivamente fundamentalista. Entre estos textos están los referentes a la autoridad de la mujer en las asambleas y al papel de la mujer en el matrimonio. Dentro de la renovación carismática católica se ha introducido en algunos lugares esta visión sobre la mujer, que debe rechazarse enérgicamente: a) porque se basa en una lectura fundamentalista de la Biblia, que no llega a captar en plenitud el mensaje de Jesús; b) porque está en contradicción con la doctrina de la Iglesia sobre la mujer.

Como dijo el Concilio: ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumpla en plenitud. Y la Renovación Carismática debe ayudar a todas las personas y a todas las

comunidades a romper los esquemas culturales que impiden el pleno desarrollo de esta vocación de la mujer y ayudar a las mujeres -y con esto a toda la comunidad- a adquirir la verdadera libertad de Cristo.

ENTRE EL ASEDIO DE LAS TENTACIONES Y EL FUEGO DE LAS PRUEBAS

LUIS MARTIN

La vida del cristiano se encuentra siempre polarizada por dos fuerzas antagónicas de atracción, que podríamos llamar, según el lenguaje de San Pablo (Rm 7,21-25), «la ley de Dios» y «la ley del pecado».

La ley de Dios es la fuerza del bien, la presencia del Espíritu en nosotros, con todos sus dones y frutos y cuanto la vida sobrenatural lleva consigo de gozo, consuelo y vida abundante, al mismo tiempo que situaciones de desierto y la interminable gama de pruebas por las que podemos pasar. La ley del pecado es la fuerza del mal, el pecado en sí, sus heridas y efectos, la acción del maligno, la tentación.

«Me complazco en la ley de Dios, según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros» (Rm 7,22-23) : de la misma manera cualquiera de nosotros se puede sentir escindido y desgarrado interiormente, hasta el punto de parecernos a veces como si experimentáramos en nosotros una doble personalidad.

Es importante que conozcamos algunos detalles de cómo actúan siempre estas dos fuerzas, para atraernos hacia el bien o atraernos hacia el mal.

La fuerza del bien actúa en forma de llamadas, invitaciones, arrepentimiento, anhelo y hambre de Dios.

La fuerza del mal tiene su peculiaridad engañosa. Cuando la vida del espíritu está débil o muerta, entonces hay un continuo ceder a la tentación y solicitudes del mal. Apenas si se experimenta el combate espiritual y entonces no hay problemas de desgarramiento interior.

Pero cuando la vida del espíritu empieza a hacerse firme e intensa enseguida se moviliza el reino y las fuerzas del mal presentando el combate por donde haya menor resistencia. Se tiene entonces la sensación de que surgen problemas que antes ni siquiera se daban, pareciendo que ahora todo se vuelve más complicado.

La neutralidad o el armisticio nunca se dan y si fueran posibles serían una rendición pues «el que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama» (Lc 11,23).

Empezar una vida nueva del Espíritu implica tener que enfrentarse con innumerables pruebas y tentaciones que antes no imaginábamos. Para esquematizar y formarnos una idea

más clara vamos a fijarnos en dos formas típicas: primero en la tentación y después en las pruebas.

DIOS NO PUEDE SER TENTADO POR EL MAL NI ÉL TIENTA A NADIE (St 1,13)

Tanto si vivimos una vida floja como si vivimos una vida intensa del espíritu, la tentación es inevitable, y dado el medio ambiente en el que hoy tenemos que vivir es espontánea y nos llega de todas partes.

Unas veces procederá del mundo y de lo que hay en el mundo, «la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de la riquezas» (1 Jn 2,16), es decir, la vanidad, la mentira, el lujo, el frenesí del consumo, el imperio del dinero, la injusticia y la opresión, pues «el mundo entero yace en poder del maligno» (1 Jn 5,19) y «por eso os odia» Un 15,19), dice Jesús, porque «a mí me ha odiado antes que a vosotros» (Jn 15,18).

Otras veces procede de la carne, entendiéndose por tal cuanto en el hombre hay de contrapuesto a Dios. «Carne de pecado» (Rm 8,3) puede ser tanto nuestro cuerpo, como nuestra mente o nuestra voluntad siempre que se hallen bajo el dominio de una tendencia contraria a Dios que pueda arrastrar al pecado, como, por ejemplo, el orgullo, la soberbia, la ira y toda forma de concupiscencia.

La tentación puede provenir también, y en este caso amañada con una gran dosis de malicia y engaño, de Satán al que la Escritura llama «el tentador» (Mt 4,3; 1 Ts 3,5), «mentiroso y padre de la mentira» Un 8,4), «el seductor del mundo entero (Ap 12,9) y «el acusador de nuestros hermanos» (Ap 12-10), y por tanto, homicida desde el principio Un 8,44).

Jesús sufrió la tentación, no sólo en el desierto, sino prácticamente toda su vida, tentación cuya estrategia iba o en contra de la forma humilde de encarnación que Dios había escogido por haberse despojado de sí mismo tomando condición de siervo» (Flp 2,7), o en contra del plan de salvación que había de ser «un Cristo crucificado... fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Co 1,23-24). Enérgicamente tuvo que rechazar la tentación que el mismo Pedro le presentó con toda su buena voluntad: «¡Quítate de mi vista, Satanás!...» (Mt 16,23).

El sentido de la tentación siempre es tratar de apartarnos de Dios y por tanto engendra muerte.

Pero «fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito» (1 Co 10,13).

Por esto la tentación vencida humilla a Satanás y pone de manifiesto el poder y la gloria de Dios en nosotros, dejando el alma más purificada, en humildad, arrepentimiento y confianza en Dios y desconfianza de sí misma, y en anhelo de orar más intensamente.

Si vivimos una vida intensa del Espíritu, es muy normal que experimentemos la tentación de una manera mucho más fuerte. Esto lo hemos de tener muy en cuenta para no sentirnos desconcertados.

En la Renovación Carismática podemos sufrir, entre otras muchas, cierta clase de tentaciones que podríamos reducir a las siguientes categorías:

- Soberbia espiritual, bien por creermos parte de una élite de supercristianos, o por considerarme conocedor de todos los secretos y experiencias de la vida espiritual en forma superior a otros. o por pretender estar capacitado para guiar a otros, o que a mí me lo dice todo directamente el Espíritu (iluminismo).

Cuanto desempeñamos funciones de dirigentes podemos incurrir en una variante de soberbia espiritual por creer que somos nosotros los únicos que poseemos el discernimiento y no conceder demasiada importancia a la opinión del resto de los hermanos (1 Co 14,36), ni tener en cuenta que el beneplácito de Dios ha sido siempre el escoger «lo necio y débil del mundo (1 Co 1,27) y ocultar estas cosas a sabios e inteligentes para revelárselas a los pequeños (Mt 11,25-26; Lc 10,21).

- Super-espiritualismo: cuando, en espera de que el Señor lo resuelva todo, minusvaloramos los talentos naturales o la iniciativa propia, o la ciencia, la teología, la reflexión bíblica y los métodos científicos de interpretación (fundamentalismo), o cuando vivimos en constante repliegue de nosotros mismos sobre la propia experiencia del Espíritu, evadiéndonos de la realidad y necesidades del medio en que vivimos o buscando una compensación de las decepciones y frustraciones que nos prodiga la vida.

- Desplazamiento del centro esencial de la vida cristiana: cuando amamos la organización, el ministerio, la comunidad más que a Dios y a los hermanos, o las tareas a realizar (charlas, retiros ,etc.) absorben toda la atención y tiempo que tendríamos que dedicar al Señor (Lc 10,41-42), o ponemos todo el interés en los carismas instrumental izándolos (Mt 7,15-23) en detrimento del amor.

Estas formas de tentación suelen suceder a nivel subconsciente más que en forma refleja o con plena advertencia, incluso obrando nosotros con buena voluntad. Sólo la sabiduría y la misericordia de Dios podrán hacernos tomar conciencia de tales peligros.

¡FELIZ EL HOMBRE QUE SOPORTA LA PRUEBA! (St 1,12)

La prueba se puede llamar tribulación, persecución, incompreensión, sufrimiento, enfermedad, fracaso. situación de desierto, noche oscura.

Es necesario que sepamos distinguir bien entre lo que es una tentación y lo que es una prueba.

Ya hemos visto qué sentido tiene la tentación.

La prueba en cambio es don de gracia, que debemos saber aprovechar, y está ordenada a la vida, al contrario de la tentación que está ordenada a la muerte. La prueba es condición indispensable de crecimiento, robustez y humildad: el camino de la pascua interior y del amor que espera. Dios prueba a los suyos, «pues a quien ama el Señor, le corrige... como a hijos os trata Dios, y ¿qué hijo hay a quien su padre no corrige?» (Hb 12,6-7). Jesús fue «probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado (Hb 4,15).

A nosotros la prueba nos prepara para llegar a un mayor don del Espíritu, realizando no sólo una obra de liberación, sino también de fortalecimiento, pues «en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman» (Rm 8,28).

Esto hace posible lo que San Pedro deseaba que «la calidad probada de vuestra fe, más preciosa que el oro perecedero que es probado por el fuego, se convierta en motivo de alabanza, de gloria y de honor, en la Revelación de Jesucristo» (1 P 1,7).

Las pruebas pueden ser muy variadas. Para adquirir una visión más clara las agrupamos de la siguiente manera:

- El sufrimiento en general: es escándalo y misterio incomprensible para el que no cree, pero para el cristiano presenta un valor incalculable, pues sus sufrimientos son «los sufrimientos de Cristo» (2 Co 1,5) entrando así en «la comunión de sus padecimientos» (Fip 3,10).

Imposible llegar a la madurez sin sufrimiento. Aquellos que saben sufrir con aceptación y la paz de Jesús adquieren un gran enriquecimiento espiritual.

Las características del apóstol son: «paciencia perfecta en los sufrimientos y también señales, prodigios y milagros» (2 Co 12,12).

No cabe duda de que nos purifica. San Pablo decía: «llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Co 4,10).

Pero a partir de Jesús que «debía sufrir mucho» (Me 8,31) para «entrar así en su gloria» (Le 24,46), «y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia... » (Hb 5,8) tiene para nosotros un valor redentor y de intercesión. Por esto sufrir por Cristo es una verdadera gracia (Fip 1,29), lo cual siempre lleva consigo un gran consuelo y gozo (Hch 5,41; 2 Co 1,5). Comprendemos así cuando Pablo escribe: «Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2 Co 7,4).

- La tribulación, el fracaso, la enfermedad. Aquí entra también la humillación en la que nuestro orgullo y amor propio pueden ser purificados. La corrección fraterna que representa una humillación, pero si se sabe aceptar es prueba de gracia.

La Palabra de Dios nos dice que «es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios (Hch 14,22; cfr.: 1 Ts 3,3-4), pero «nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el Amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5,3-5).

Una forma gloriosa de tribulación es la persecución, «bautismo» con el que Jesús tuvo que ser bautizado (Me 10,39; Le 12,50). Sus palabras son terminantes: «el siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros» (Jn 15,20), «lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo» (Jn 16,20).

En la persecución se experimenta como en ninguna otra prueba todo el consuelo y Amor del Señor, porque la persecución va contra El (Hch 9,4; 5,41). Pablo exclama: «¡Qué persecuciones hube de sufrir! Y de todas me libró el Señor. Y todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones» (2 Tm 3,11-12).

Aun «si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo (2 Tm 2,13), mucho más experimentaremos si perseveramos en sus pruebas (Le 22,28). Tan sólo entonces es posible comprender sus palabras: «Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos...» (Mt 5,11-12).

LAS PRUEBAS QUE VIENEN DE DIOS

Se trata de las situaciones de desierto, de sequedad y aridez, que unas veces afecta al espíritu y otras sólo al corazón. La más tremenda es cuando Dios «parece» haberse retirado del alma.

Algunas de estas situaciones pueden proceder de nuestra infidelidad, fatiga, cansancio, método inadecuado de orar, tentaciones molestas, etc. Pero otras muchas veces son prueba de Dios que nos retira el consuelo sensible que estábamos experimentando en la oración, para realizar una obra de purificación.

Cuando estas situaciones se prolongan puede ser que se haya entrado en las noches del alma, según el lenguaje de los místicos, imprescindibles, sin duda, para lograr una completa purificación y llegar a la plena perfección cristiana.

Cuando se empieza a entrar en la contemplación, para poder seguir avanzando y creciendo en esta clase de oración, hay que pasar primero por la llamada noche del sentido, que consiste en una serie prolongada de arideces y oscuridades por las que el Señor trata de despegarnos de los consuelos sensibles de la oración. La gracia trabaja así en nosotros de forma que sea el Amor de Dios lo que busquemos más que nuestra propia complacencia y gusto espiritual en los resplandores de la contemplación.

Es tan difícil de soportar esta crisis que una gran mayoría de los que pasan por ella retroceden y no llegan a progresar en la oración. Generalmente alternan períodos de luz y de oscuridad para que no desfallezcamos. Hubo contemplativos en los que esta etapa duró años.

Todavía queda la noche del espíritu, purificación dolorosa pero necesaria para poder seguir avanzando. A mayor capacidad de amor corresponde siempre mayor capacidad de sufrimiento.

Las pruebas por las que hemos de pasar son múltiples e interminables. Cualquiera de nosotros podrá reconocerse en alguna de ellas o quizás en varias al mismo tiempo.

Siempre habremos de recordar la abundante enseñanza que nos suministra la Palabra de Dios sobre la importancia y el papel tan imprescindible que juegan las pruebas en nuestro crecimiento. Con ello nos será más fácil comprenderlas y superarlas tal como el Señor espera de nosotros. Su sabiduría nos dice: «Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor; ni te desanimes al ser reprendido por Él. Pues a quien ama el Señor, le corrige» (Hb 125; Pr 3,11-12).

Además de las pruebas personales que cualquiera de nosotros estemos viviendo en nuestra relación íntima con el Señor, la situación que vivimos en el grupo o en la comunidad y las relaciones con los más cercanos aportan abundantes pruebas de las que no podremos

escapar, hasta el punto que, quien más quien menos, sentiremos más de una vez la tentación de abandonar la R.C. y volver a nuestra cómoda vida de antes.

Cuántas veces han de surgir distintos puntos de vistas en determinados aspectos sobre los que nos resultará difícil ponernos de acuerdo, sobre todo en los servidores a quienes el servicio que prestamos en el grupo exige largas reuniones y discusión de problemas. ¿Sabremos entonces seguir siendo hermanos, aceptarnos y amarnos, a pesar de todas las discrepancias teóricas? He aquí una prueba de nuestra madurez espiritual.

Igualmente en cualquier tipo de roce o tensión que pueda surgir, o cuando nos sintamos incomprendidos o que no se reconocen plenamente nuestros dones. Todo esto sucede en cualquier grupo. La docilidad, la sinceridad, la sumisión, la facilidad para dar y recibir perdón, la rectitud, la serenidad y la fe cuando las cosas parece que no marchan bien, son exigencias constantes a las que hemos de responder en cualquier prueba.

Tomemos «como modelo de sufrimiento y de paciencia a los profetas, que hablaron en nombre del Señor» (St 5,10).

«El Dios de toda gracia, el que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo, después de breves sufrimientos, os restablecerá, afianzará, robustecerá y os consolidará. ¡A Él el poder por los siglos de los siglos! Amén» (1 Pe 5,10-11).

NOTA: Para profundizar en el tema se puede leer el artículo de Derek Prince, «Pruebas de fe», en ALABARE, núm. 28, págs. 21-26.

ENFERMEDAD Y CURACIÓN EN EL MISTERIO DE SALVACIÓN

LUIS MARTIN

La enfermedad, con el cortejo de sufrimientos y situaciones críticas que acarrea es una realidad ineludible para el hombre, al mismo tiempo que suscita toda una serie de interrogantes que siempre han intrigado a la humanidad entera.

La antropología moderna, definitivamente superado ya el concepto dicotómico del hombre en una visión dualista, profesa hoy como una de sus verdades más fundamentales la unidad psicosomática de la persona humana. Nunca obra o padece el cuerpo solo o el espíritu solo. Es el hombre total, espíritu encarnado, la persona entera la que se encuentra aherrojada en una crisis o situación patológica en la que con frecuencia fallan sus resortes humanos primarios y hasta se encuentra amenazado todo su sentido de la vida. En efecto, no hay enfermedades, sino enfermos.

La respuesta que se dé a este problema dependerá siempre de la visión que se tenga tanto del hombre como del mundo en que vive y de las fuerzas que lo dominan.

Si la enfermedad tiene un carácter tan personal, si es algo tan existencial, no podía quedar al margen del plan salvífico de Dios.

Cuando la Biblia aborda la realidad de la enfermedad, lo mismo que cualquier interrogante que pueda angustiar al hombre, no pretende ofrecernos un planteamiento científico ni hablarnos de la misma como fenómeno médico, sino que nos da su sentido como algo que afecta al hombre que Dios quiere salvar. Lo que cuenta es el significado de la enfermedad y de la curación en el misterio de la salvación.

RELACION ENTRE ENFERMEDAD Y PODERES DEL MAL

La teología actual está poniendo cada día más de manifiesto la relación tan estrecha que guarda la enfermedad con el poder del mal. En ella se manifiestan el poder de la muerte y las consecuencias nefastas del pecado.

Dios creó al hombre en su unidad de alma y cuerpo para la felicidad, la armonía, la perfección. La enfermedad es contraria a la intención divina, lo mismo que la fatiga del trabajo, el dolor del parto, la muerte.

Ya queramos considerarla como una ruptura de la unidad subjetiva de la armonía creada, o como terrible experiencia de la propia finitud, de la precariedad y fragilidad de la

existencia humana, o como crisis de la comunicación con los demás que reduce los horizontes del espacio vital para sumergirnos en una situación de soledad, aislamiento o desamparo, la enfermedad es siempre una intrusa, un elemento hostil que invade la conciencia del hombre y por tanto un mal que hay que vencer.

Está mucho más ligada al pecado que los otros efectos del mismo. Jesús sufrió el cansancio, el hambre y la sed, y hasta la tristeza, y pasó por la muerte. Pero no consta que estuviera alguna vez enfermo, a pesar de que Kieran nuestras dolencias las que Él llevaba y nuestros dolores los que soportaba!» (Is 53,4).

Es como un área donde se mantiene el dominio de los poderes del mal. «La enfermedad, la muerte y lo que la existencia humana concreta contiene de autodestrucción, pueden y deben explicarse en todo caso también como expresión del influjo de las fuerzas demoníacas, incluso cuando procedan de causas naturales próximas y cuando se les pueda y deba combatir con medios naturales (K. RAHNER - H. VORGRIMLER, Diccionario Teológico, Herder. Barcelona, 1966, 568).

La Palabra de Dios en el Antiguo Testamento trata de combatir la generalización vulgar que atribuía la enfermedad a las culpas del enfermo o que defendía que aquélla era siempre enviada por Dios. El caso de Job contradice esta creencia y esto mismo confirmaría más tarde la historia del ciego de nacimiento con el que se encontró Jesús: «Ni pecó él ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios» (Jo 9,3).

Dios no es ajeno a la enfermedad y a la curación. La enfermedad puede ser efecto en contadas ocasiones de una intervención especial de Yahvéh que castiga (1 S 16, 14; 2 Cro 26,16-21). Pero la intención manifiesta de Dios es siempre sanar: «Venid, volvamos a Yahvéh, pues Él ha desgarrado y Él nos curará, Él ha herido y Él nos vendará» (Os 6,1), «Él es quien castiga y tiene compasión» (Tb 13,2), «el que hiere y el que venda la herida, el que llaga y luego cura con su mano; seis veces ha de librarte de la angustia, y a la séptima el mal no te alcanzará» (Jb 5,18-19).

Son textos conmovedores y llenos de ternura que nos manifiestan cómo siente Dios respecto a nuestras enfermedades: «Yo doy la muerte y doy la vida, hiero yo, y sano yo mismo» (Dt 32,39), «Yo soy Yahvéh el que te sana» «Ex 15,26), «el que todas tus culpas perdona, que cura todas tus dolencias» (Sal 103,3).

Las promesas escatológicas describen cómo en el «mundo nuevo» mesiánico «se despegarán los ojos de los ciegos, las orejas de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como ciervo, y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo...» (Is 35,5-6; Cf.: 26,19; 29,18; 61,1).

Con la aparición de Jesús «se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres» (Tt 3,4). «¡El Reino de los Cielos ha llegado!» (Mt 4,17), esta es la gran noticia que Jesús proclama y que la gente no acaba de creer. Para esto Jesús tendrá que recorrer toda Palestina «proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mt 4,23).

Él es el Buen Samaritano que pasó «haciendo el bien» (Hch 10,38), «expulsó a los espíritus con una palabra, y curó a todos los enfermos, para que se cumpliera el oráculo del

profeta Isaías: "Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades"» (Mt 8,16-17).

Curar enfermos y arrojar demonios no constituyen más que un único misterio: ambas realidades son signos de la Buena Nueva y van siempre ligados con su proclamación. Porque la enfermedad es una consecuencia del pecado, un signo del poder de Satanás sobre los hombres (Mt 9, 32-34; Mc 9,14-29; Lc 13,10-17), la irrupción del Reino trae el final de todo mal y debilidad, como una dimensión de la victoria sobre Satán y el pecado (Lc 5,17-25; 13,11; Jo 5,14).

«Curar enfermos 'y expulsar demonios son dos formas de la misma victoria sobre el pecado» (J. LECLERCO, *Du sens chrétien de la maladie: La Vie Spirituelle*, 53 (1937) 136). «Las dos cosas van de la mano, manifiestan igualmente su poder (Cf.: Lc 6,19), y tienen finalmente el mismo sentido: significan el triunfo de Jesús sobre Satán y la instauración del reinado de Dios en la tierra conforme a las Escrituras (Cf.: Mt 11,5 s.). No ya que la enfermedad deba en adelante desaparecer del mundo; pero la fuerza divina que finalmente la vencerá está desde ahora en acción acá abajo» (X. LEON-DUFOUR, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder. Barcelona, 1973, 277-78).

LA CURACIÓN DE LOS ENFERMOS ES SIEMPRE SIGNO DE GRACIA

Jesús concede la salud del cuerpo siempre juntamente con la salud del alma, o hablando con más propiedad: la salud del hombre entero. Esta es la sorpresa del parálítico curado (Lc 5,18-20) y del enfermo junto a la piscina de Betesda (Jo 5,14).

La salud del cuerpo no es un bien por sí misma y no la concede el Señor por sí sola, por tanto no va aislada de los demás aspectos, sino siempre dentro del contexto de salvación y liberación del hombre total. El cuerpo es siempre expresión del espíritu y las curaciones somáticas son la manifestación de la salvación que se realiza en el enfermo, provocando la alabanza y la acción de gracias del hombre nuevo, perdonado, liberado y salvado por el Hijo de Dios.

Por tanto, para ser curado, lo mismo que para ser perdonado y liberado del pecado, Jesús exige la fe, que es aceptación plena de su persona, es decir, de su Palabra y del don que Dios ofrece con su Hijo. Esta fe tiene que esperar, desear y pedir, a veces insistentemente, hasta ser al menos «fe como un grano de mostaza» (Lc 17,6). Donde no hay fe, diríamos que Jesús «no puede» curar:

«Y no podía hacer allí ningún milagro, a excepción de unos pocos enfermos a quienes curó imponiéndoles las manos. Y se maravilló de su falta de fe» (Mc 6,1-6).

Predicación, curación y expulsión de demonios: son actos conjuntos de salvación y de poder o de la manifestación del Reino de Dios. El mensaje salvador de Jesús se hace presente tanto con las palabras como con los hechos de poder.

Unas veces bastará una sola palabra: «Quiero, queda limpio» (Mt 8,3; 8,13) y otras utilizará un signo: el gesto, el diálogo, el tacto, cosas materiales, y sobre todo, la imposición de manos (Mc 8,22-26; Lc 13,13).

Cuando Jesús transmite esta misma misión a los Apóstoles les da autoridad y poder sobre todos los demonios, y para curar enfermedades; y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar... saliendo, pues, recorrían los pueblos, anunciando la Buena Nueva y curando por todas partes» (Lc 9,1-6). San Mateo habla de «poder para curar toda enfermedad y toda dolencia» (Mt 10,1).

Al enviar a los setenta y dos discípulos les encarga: «Curad los enfermos que haya en ella (la ciudad), y decidles: el Reino de Dios está cerca de vosotros» (Lc 10,9).

Todos aquellos que crean verdaderamente en Jesús, que sean sus discípulos, habrán de realizar las mismas maravillas, y por tanto: «Impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien» (Mc 16,18).

En la Iglesia apostólica que surge de Pentecostés los Apóstoles seguirán vinculando predicación, curación y expulsión de los espíritus del mala Cuando son perseguidos piden predicar curando: ...concede a tus siervos que puedan predicar tu Palabra con toda valentía, extendiendo tu mano para realizar curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu Santo Siervo Jesús» (Hch 4,29-30).

Proclamación y realización del mismo mensaje con los mismos actos de poder seguirán ocurriendo «por la fe en su nombre», «la fe dada por su medio» (Hch 3,16), «por el nombre de Jesucristo... a quien Dios resucitó de entre los muertos» (Hch 4,10).

Concluyamos resumiendo que:

a) Jesús nunca queda pasivo o indiferente ante la enfermedad, lo mismo que ante el pecado o el dominio de Satán.

b) De ningún caso consta en que Jesús invitara a aceptar con resignación la enfermedad como si fuera algo querido por Dios, sino que siempre manifestó una voluntad positiva de curarla, y los Evangelistas no se cansan de repetirlo.

c) Es necesaria la fe, que es aceptación de su salvación y de su persona.

d) No concede la curación corporal por sí sola y ésta nada tiene de magia: lo mismo que el perdón del pecado y la liberación de Satán, es un acto salvador para la persona entera y una experiencia de la misericordia y el Amor de un Dios salvador.

ENTENDAMOS RECTAMENTE EL MINISTERIO DE LA CURACIÓN

REDACCIÓN DE KOINONIA

SABER DISCERNIR LA ACCIÓN DE DIOS

No en todos los casos en los que apreciemos una curación maravillosa o extra-ordinaria digamos que es obra de Dios.

Es importante recordar que existen fuerzas ocultas de la naturaleza y personas que tienen un poder extraordinario de curación, o por la utilización de estas fuerzas naturales, o por un poder maligno, o por una mezcla de ambos. Ejemplos tenemos en los descubrimientos de la sofrología, en las prácticas de las religiones orientales, en la meditación trascendental y en la concentración profunda del yoga.

La Palabra del Señor nos pone en guardia: «Entonces si alguno os dice: —Mirad, el Cristo está aquí o allí», no lo creáis. Porque surgirán falsos cristos y falsos profetas, que harán grandes señales y prodigios, capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos» (Mt 24,23-24).

Cuando se trata de fenómenos públicos o que afectan a una parte del Pueblo de Dios hay que aceptar el discernimiento de los Pastores. En el ejercicio de los carismas para edificación de la Iglesia corresponde a ellos «juzgar la genuina naturaleza de tales carismas y su ordenado ejercicio, no por cierto para que apaguen el Espíritu, sino con el fin de que todo lo prueben y retengan lo que es bueno. (VAT. II, Decret. Apostolado Seglar, núm. 3).

Un elemento claro de discernimiento es ver si tal curación contribuye a glorificar a Jesús, si manifiesta el poder y el Amor de Dios. Otro elemento es ver si la curación implica un cambio espiritual en la persona, una conversión.

Cuando hablamos de curación, no estamos hablando de milagro, sino de una curación que se puede dar o en forma extraordinaria, o en forma que los médicos aceptarían como cosa puramente normal, o es una curación que se realiza de manera progresiva.

De cualquier modo que sea, siempre ha habido una intervención del Señor, o en forma extraordinaria, o a través del proceso ordinario de la medicina y la cirugía, como respuesta a nuestra oración, y puede decirse que se ha manifestado el Poder y el Amor del Señor, y para el enfermo ha sido un acto de salvación.

No hace falta insistir en la realidad del milagro, sino en la acción salvadora del Señor.

Por otra parte, para Dios no existe la línea separatoria que nosotros hemos trazado entre lo que es puramente natural y lo que es sobrenatural. Dios siempre es salvador: «Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo (Jo 5,17), «por lo demás sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman (Rm 8,28).

VERDADERA FE: NI CREDULIDAD NI ESCEPTICISMO

Sólo con la mirada profunda de la fe evitaremos una desfiguración o una falsa interpretación de los hechos. Pero también nos veremos libres de los muchos prejuicios que hoy existen en la mayoría de los cristianos contra la curación.

Cuando uno entra en la R.C. le resulta difícil al principio comprender y aceptar el carisma de la curación.:

Los prejuicios más corrientes son los siguientes:

1) **«Esto es de santos y nosotros no somos santos»:** se piensa que sería una temeridad o presunción para el cristiano común esperar o pedir la curación. Pero Jesús tan sólo habló de la fe en Él: «Estas son las señales que acompañarán a los que crean...» (Mc 16, 17-18).

2) **«Yo no necesito esos milagros, me basta con la fe»:** se cree que esto era necesario en los comienzos de la Iglesia, pero no ahora, cuando ya ha pasado la época de los milagros y la Iglesia no debe poner el acento en ellos.

3) **«Los milagros no son más que una manera primitiva de expresar la realidad»:** los que así piensan hasta llegan a interpretar los milagros del Evangelio en términos puramente naturales, reduciéndolos a una experiencia humana, desmitologizando y cuestionando toda la posibilidad de un Dios que actuaría directamente en la historia. Se le considera algo propio de una época precientífica. Este prejuicio obedece principalmente a la idea que se tiene de un Dios impersonal y lejano, situado allá en las alturas lejos de nosotros, pero no el Dios del Evangelio presente en nuestras propias vidas.

4) **«Esto es algo peligroso que ocasiona ilusionismo y mucha gente vive sólo una religión milagrera y a veces mágica»:** cierto que se ha abusado mucho, que se ha fomentado todo un falso cristianismo de reliquias, objetos y lugares en torno a la curación. Cualquier realidad sagrada podemos malentenderla, desfigurarla y abusar de ella. Ejemplos, Simón Mago con el Don del Espíritu Santo (Hch 8,9-24), los abusos y disparates que a lo largo de la historia se han cometido con la oración, los sacramentos, la autoridad, la vida religiosa, etc.

4) **«Hemos de aceptar la enfermedad como voluntad de Dios o como la propia cruz».**

Toda la espiritualidad que se ha hecho de la enfermedad como algo enviado por Dios que nos purifica y nos quebranta para someternos dócilmente a Él parece no tener en cuenta que el sufrimiento propio del cristiano, el único que nos prometió el Señor, no fue la enfermedad, sino la persecución y el sufrimiento que deriva de la entrega a los demás con la inmolación del egoísmo y la comodidad (Cf.: 2 Co 11,23-29). La cruz que llevó Jesús fue la persecución y la entrega a los demás.

La gloria de Dios es el hombre viviente: Dios quiere la vida, la salud, la integridad del espíritu, de la mente y del cuerpo. La enfermedad es un mal en sí, aunque de ella pueda provenir un bien. No representa la voluntad de Dios, es una de tantas consecuencias del pecado. Dios quiere sanar como quiere reconciliar al hombre y la creación entera.

Hace falta luz del Señor para saber cuándo tenemos que pedir para este hermano que aleje esta enfermedad o más bien que le dé una muerte feliz.

Alguna enfermedad puede obedecer a un propósito superior: puede servir para hacernos recapacitar, o para reorientar nuestras vidas en otro sentido. Se trata del sufrimiento redentor, que suele ser la excepción, pues constituye en sí una llamada o una gracia especial del Señor

¿POR QUÉ ES TAN IMPORTANTE EL MINISTERIO DE LA CURACIÓN?

Si insistimos en el ministerio de la curación, o más bien, en la recuperación de este patrimonio del poder de sanación, cuya desaparición ha sido una de las mayores pérdidas que ha sufrido la Iglesia, no lo hacemos por afán de fomentar el fenómeno sobrenatural, ni por el milagro por el milagro, ni porque haya que probar nada, pues la fe nada tiene que probar. Se cree o no se cree en Jesús, y llegar a creer es un don de Dios más que nuestro.

El hombre ideal, totalmente sano de cuerpo y de alma no existe en realidad. El hombre es siempre un ser enfermo, en mayor o menor grado, ya se manifieste la enfermedad predominantemente en la parte somática o ya sea en la parte psíquica, mental o emocional, o bien sea en su espíritu.

Toda alteración en la armonía y equilibrio del ser humano se aleja del plan inicial de Dios, va en contra de la creación de la que el hombre salió perfecto y sano. En la medida en que se aleja de la idea inicial de Dios no contribuye a alabar a Dios por su creación.

Toda enfermedad, de cualquier tipo que sea, es «la creación entera sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios... la creación entera gime hasta el presente... y no sólo ella, también nosotros gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo» (Rm 8,20-23).

La enfermedad es estado de debilitamiento, moral y espiritual, más que físico, propicio para la tristeza, la depresión y el sentimiento de soledad y desamparo, difícil para la vida abundante del espíritu. La excepción son los enfermos en los que admiramos una gran paz y alegría.

Es una dimensión importante del hombre en la que necesita ser y sentirse salvado por Cristo Jesús. El sacramento de la unción de los enfermos tiene esta finalidad.

Ejercer nosotros el ministerio de la curación, tal como el Señor la quiere realizar ahora, no significa hacer competencia a la medicina, ni fomentar el milagro. Es responder a una ineludible necesidad en que se encuentra el hombre, para la que hay una respuesta muy concreta del Señor. Es además una necesidad apremiante y grave en muchas situaciones.

El Señor manifestó gran compasión por los enfermos y se dedicó intensamente a ejercer el ministerio de la curación.

Para aquel que ahora recibe la curación no significa ser simplemente curado, como el que ha superado una operación complicada y peligrosa. Es experimentar la salvación, la presencia y el amor del Señor. Cualquier curación de este tipo es una experiencia religiosa profunda, una conversión, una renovación de toda la vida. Es acto salvador de Jesús, del que brota la alabanza y la glorificación a Dios, como pasa en todos los casos del Evangelio.

Crear que Jesús sólo vino a “buscar las almas” o “la salvación del alma” es una falsa comprensión del mensaje del Evangelio.

Afirmar que lo importante es que el alma esté sana, aunque el cuerpo esté enfermo, es también otra equivocación, pues de ordinario no es posible lo uno sin lo otro por la mutua interdependencia que existe entre ambos.

La salvación total de Jesús no es solamente perdonar el pecado y darnos la gracia: es liberar al hombre completo de la forma que mejor se aproxime a lo que va a ser después por la resurrección en la consumación final.

MINISTERIO EXIGENTE PARA EL QUE LO PRACTICA

Cuando el Señor cura a través nuestro no es porque nos dé un poder especial o una fuerza secreta.

Lo que cura es el amor del Señor, su presencia por la fe ciega en Él y en su Palabra.

El que ora ha de tratar de comunicar el amor y la presencia de Jesús al enfermo. Para esto se requiere vivir en identidad y compenetración con el Señor, vivir en fidelidad constante, asimilar sus formas de ser, todo su Espíritu, pero sobre todo vivir de una gran fe.

Al mismo tiempo el que ora debe experimentar un gran amor por el enfermo: no emitir en su interior ningún juicio negativo, no admitir ningún sentimiento de superioridad, ninguna reserva o rechazo.

Tendrá que ejercer la paciencia y una gran comprensión. Es un ministerio de misericordia, de amor y abnegación. Hay que dedicar largo tiempo.

El que ora nunca debe pretender poseer él el don de la curación. En realidad y como cosa corriente, más que el que haya personas con el don de curación, podemos decir que lo que pasa es que el Señor cura a través de aquellas personas que ponen una fe profunda y sencilla en la oración, un gran amor al Señor y al enfermo, fiándose totalmente de la palabra de Dios, sin buscar lo más mínimo la propia gloria.

Y EXIGENTE TAMBIEN PARA EL ENFERMO

A veces a los grupos vienen enfermos que tienen una gran fe en el grupo o en determinada persona: creen que se curarán simplemente por la oración de aquellas personas o de aquel hermano. En muchos de estos casos puede ocurrir que el enfermo tenga más confianza en la oración de quienes oran por ellos, que en el Amor y el Poder de Jesús. Pero quien cura es Jesús y solamente Él, no tal orante o tal grupo.

Por esto es importante la fe y la actitud general del enfermo para que el Señor lo cure. El Evangelio dice: «Y no podía hacer allí ningún milagro... (Mc 6,5). Es fundamental la actitud de abandono en las manos del Padre, de confiar plenamente en Él, querer entregarle toda la vida y agradecerle en todo. Esta actitud comprende por supuesto la fe para ser curado. No hay que insistir solamente al enfermo en que confíe en que el Señor le curará, sino en que se abra totalmente al Señor.

Debe no solamente querer la curación física, que es lo único que quieren algunos enfermos, sino también todo lo que el Señor quiera de él. Pedir la curación física por sí sola no tiene mucho sentido, ni tampoco se da de ordinario.

A veces se curan también enfermos que no tienen fe o no lo esperan. El Señor es muy dueño para hacer lo que quiere. Pero por lo general hemos de usar discernimiento para ver por quiénes podemos orar y por quiénes no, sobre todo cuando oramos en grupo. Si el enfermo no lo pide, si no confía, si no manifiesta verdadero deseo, a no ser que esté inconsciente, no se dan unas condiciones favorables.

Orar indiscriminadamente por todos los enfermos que vinieran a nosotros sería decepcionarlos y hacer que confíen más en nosotros que en el Señor, cuando nosotros no somos nada.

DISTINTAS FORMAS DE CURACION

El P. Francis MacNutt distingue cuatro formas principales de curación, y por tanto cuatro métodos típicos de oración para ejercer este ministerio:

- a) Oración de arrepentimiento por pecados personales.
- b) Oración de curación interior: en la que se da sanación de recuerdos, o de cualquier enfermedad de tipo mental o psíquico.
- c) Oración de curación física.
- d) Oración de liberación para casos de opresión.

«No todos ejerceremos un ministerio a fondo en cada uno de estos campos, pero hemos de conocer nuestro propio límite y estar listos para referir al enfermo hacia otra persona más capacitada que nosotros. Espero que llegue el día en que los cristianos de cada localidad sean capaces de aunar sus dones para trabajar en equipo, como muchos doctores lo hacen en cualquier hospital o clínica. La mayoría de nosotros no tiene el tiempo ni los dones divinos para trabajar en todas estas áreas de curación. Pero todos necesitamos desarrollar el discernimiento sobre cuál es el mal, para aplicar el tipo de curación apropiada». (FRANCIS MacNUTT, O. P., Sanación carisma de hoy, Publicaciones Nueva Vida. Puerto Rico, 1976, 111).

ORACION DE ARREPENTIMIENTO

El arrepentimiento es algo que está en la raíz de la mayoría de las curaciones. Si hay arrepentimiento, hay perdón y liberación del pecado, y por tanto hay sanación y salvación.

Hay una relación profunda entre arrepentimiento o perdón de los pecados y la curación interior, y, así mismo, con respecto a la curación física. La psicología y la medicina modernas reconocen que gran parte de las enfermedades físicas tienen un componente psíquico.

En muchos casos resulta más útil y más importante dedicar tiempo a la oración de arrepentimiento o a la de sanación interior antes que orar por la curación física. La curación del parálítico descolgado ante Jesús es un ejemplo.

A veces lo difícil es llegar a un estado de arrepentimiento profundo. Para ello hace falta dedicar tiempo a la oración, recurrir al Espíritu Santo. Quizá sea en este aspecto donde más experimentamos nuestra pobreza e impotencia espiritual o la imposibilidad de liberarnos del pecado por nosotros mismos. Porque el pecado hunde sus raíces en lo más profundo del corazón del hombre.

La reconciliación sacramental tiene una dimensión y virtualidad de curación que estamos empezando a descubrir. Ha de ser una celebración sacramental en la que se dé gran importancia al diálogo entre penitente y confesor, y, sobre todo, a la oración conjunta de ambos, para llegar a una apertura total al Señor y a experimentar su curación. Para muchos

sacerdotes puede ser un descubrimiento leer la obra de MICHAEL SCANLAN. **El poder en la penitencia**, Publicaciones Nueva Vida, Puerto Rico, 1975.

Para llegar al arrepentimiento es de gran importancia perdonar a los demás. A veces es odio, pero frecuentemente son formas solapadas de pecado a las que no damos gran importancia, como amargura, resentimiento, rechazo interior o prejuicios, las que obstaculizan una actitud sincera de arrepentimiento.

Jesús nos pone el dedo en la llaga: «Y cuando os pongáis a orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro padre, que está en los cielos, os perdone vuestras ofensas» (Mc 11.25).

Comenta F. MacNutt: «Yo solía pensar que tales pasajes brincaban de un tema a otro: en una frase Jesús manda tener fe en la oración; en la siguiente nos manda perdonar. Pero ahora comprendo la íntima conexión entre ambas ideas. Es como si el amor divino de salvación, de curación y de perdón no pudiera fluir hacia nosotros, a menos que estemos preparados a dejarlo venir hacia nosotros. El amor de Dios no puede estar con nosotros, si nosotros negamos el perdón y la curación a otros» (pág. 117).

El amor que pone el Señor en nosotros cuando verdaderamente perdonamos y olvidamos es el mejor remedio para romper la frialdad, la indiferencia, la desgana, la amargura que bloquean el flujo del poder divino salvífico.

LA CURACION INTERIOR

Generalmente es necesaria la curación interior cuando comprobamos alguno de los siguientes casos: heridas del pasado, traumas no superados, resentimientos, problemas emocionales profundos, depresión, formas persistentes de ansiedad, miedo, impulsos sexuales compulsivos, excesiva timidez, con su respectiva carga de recuerdos y vivencias del pasado, que por más que queramos no podemos librarnos de ellos.

En todos estos casos falta paz y alegría, no es posible experimentar el amor de Dios y la libertad interior para llegar a la alabanza. También hay cierta dificultad de relación con los demás. Aquellas personas que en cualquier momento de su vida, pero sobre todo en la infancia, se han sentido rechazadas, experimentan ahora una gran dificultad para amar, para confiar en los demás y en Dios.

Todo esto puede ser sometido al poder sanador de Jesús. «Ayer como hoy, Jesucristo es el mismo, y lo será siempre (Hb 13,8). Él quiere realizar una cura espiritual importante que fundamentalmente consiste en: 1) sanar las heridas o traumas que aun persisten y que siguen afectando la vida del paciente; 2) llenar con su amor todos los ámbitos que han permanecido vacíos durante tanto tiempo.

Para esta clase de sanación hay una forma peculiar de entrevista y oración. Este ministerio lo puede realizar una persona sola que tenga conocimiento, discernimiento y dones para ello, o puede ser también un equipo, al que llamamos grupo de intercesión.

Las personas que forman los grupos de intercesión deben ser cualificadas, dotadas de algún don del Espíritu, unido al conocimiento de la psicología y de una gran sensibilidad.

El tiempo dedicado a cada caso puede ser entre media hora y una hora o más, y de ordinario se requieren varias entrevistas.

La primera parte de la sesión está dedicada a la **entrevista**: escuchar, dialogar, discernir. Unas preguntas generales ayudarán: ¿Cuándo empezó esto? ¿Qué crees que fue lo que lo causó? La mayoría de los problemas suelen arrancar de algún rechazo o de unas relaciones rotas. Importantes son nuestras relaciones con los padres en la infancia: si faltó amor en la niñez, el problema se manifiesta en la edad adulta, afectando a los sentimientos básicos de la persona respecto de sí misma, de los demás y de la vida entera. Otros pueden haber recibido sus heridas en el Colegio, o más tarde, o en experiencias sexuales desdichadas, o en unas relaciones tensas durante mucho tiempo en el interior de una comunidad religiosa. A veces la persona misma ignora lo que le pasó.

Después de la entrevista haremos la oración. No tengamos miedo de que la oración parezca sencilla y hasta pueril. Generalmente es el niño del pasado que todos llevamos dentro lo que hay que sanar. A veces hay que orar al estilo de un niño, en la forma más imaginativa posible.

La oración ha de ir dirigida primero a pedir al Señor la curación de la herida que se ha puesto de manifiesto (aspecto negativo) : que restañe estas heridas del pasado, para pasar después a pedir (aspecto positivo) que llene la vida personal con todo aquello que estaba echando de menos, que llene los ámbitos vacíos de este corazón.

En la primera sesión siempre hay que seguir este esquema: sacar a la luz las cosas que nos han herido, b) orar al Señor para que cure las heridas. En las demás sesiones no hace falta insistir tanto sobre el pasado y sí dedicar más tiempo a la oración.

Esta clase de oración suele tener una respuesta de parte del Señor muy perceptible. La curación suele ser más bien progresiva, aunque a veces se puede dar en una sola sesión o en el momento del bautismo en el Espíritu.

Si la oración no obtiene respuesta será porque no hemos llegado al fondo del problema. Puede ser por una de estas tres razones: a) hay necesidad de arrepentimiento: que el paciente perdone a alguien que ha herido, b) hay una herida más profunda que aun no hemos descubierto, c) puede haber necesidad de oración de liberación.

LA CURACIÓN FÍSICA

Es la más difícil de admitir y la que más puede poner a prueba nuestra fe. Sin embargo la oración por la curación física es la más sencilla de todas y la más breve.

Se requiere más valor que fe para pedir la curación física.

Al principio creemos que es una temeridad porque pensamos que pedimos a Dios un milagro. Pero es una falsa humildad y ya sabemos cómo el Señor puede curar sin recurrir al milagro, y cómo quiere que sus discípulos oren por los enfermos.

De hecho, Dios responde a esta oración y sana de muchas maneras.

Para orar por la curación física se puede seguir la siguiente pauta:

1.º Lo primero es siempre **escuchar** para discernir qué, hemos de pedir y si hemos de orar o no.

Fijar al mismo tiempo la atención en la persona que nos refiere qué es lo que le aqueja y en el Señor que a veces comparte con nosotros el don del discernimiento para llegar al **verdadero diagnóstico** y ver si la persona está o no segura de lo que le pasa.

A veces descubriremos que más que de curación física se trata de curación interior, o de arrepentimiento o de oración de liberación.

Si se trata de curación física no hay que emplear mucho tiempo en discutir los síntomas.

El discernimiento ha de ser también para saber si hemos de orar o no. Hay muchos enfermos: algunos ni siquiera están preparados para ser curados, a pesar de que pidan que se ore por ellos.

El Espíritu nos indicará, si estamos atentos a su voz, por quién debemos orar. Dios quiere que tratemos de averiguar si debemos o no orar por esta persona concreta. Los experimentados en este ministerio conocen las muchas formas como Dios orienta sobre el cómo, el cuándo y por quién orar pidiendo curación.

Hay también manifestaciones extraordinarias de conocimiento y de sensación del poder curativo del Señor, pero no siempre que hay curación se dan. Hay quienes experimentan una sensación de paz y de alegría si tienen que orar por tal enfermo, y una sensación de oscuridad y pesadumbre cuando no deben orar. Esta pesadumbre es distinta de la que sobrecoge a uno al comienzo de la oración de liberación. Hay también quien experimenta una sensación de calor o algo así como una corriente eléctrica que circula por sus manos.

Para aquellos que no están experimentados valga la siguiente regla: a) oren por aquellos que acuden y les piden oración, b) oren siempre que se sientan movidos por compasión a visitar a alguien enfermo y orar por él. También hay que estar muy atento a las mociones del Espíritu, sobre todo cuando no sabemos qué hemos de pedir. No hay que centrarse sólo en el problema y sus síntomas.

2. Imposición de manos y oración. Si la persona por la que se va a orar se molesta con la imposición de manos, o prefiere que nos mantengamos a cierta distancia, respetemos sus sentimientos. El gesto de la imposición de manos es una forma de comunión de amor y está indicado por el mismo Señor.

La oración ha de tener los siguientes elementos: 1) Reconocimiento de la **presencia de Dios**: siempre dirigida al Padre o a Jesús, reconociendo la presencia de Dios y alabándole. 2)

Petición, de forma muy específica, visualizando la curación que estamos pidiendo. Esto aviva nuestra fe y la del paciente. La oración además de imaginativa debe ser positiva y enfatizar, no la situación de enfermedad, sino la esperanza de que el organismo se recupere: así tratamos de compartir la visión que Dios tiene de la persona en su representación perfecta. Esta visualización positiva ayuda a nuestra fe. 3) **Confianza**: «Tened fe en Dios. Yo os aseguro que quien diga a este monte: "Quítate y arrójate al mar" y no vacile en su corazón, sino que crea que va a suceder lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: todo cuanto pidáis en- la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis” (Mc 11,22-24). Esta fe es un don. A veces cuando decimos «si es tu voluntad» esto debilita nuestra confianza. Mejor decir: «Hágase según tu voluntad». 4) **Con acción de gracias**: porque creemos que Él nos ha oído, debemos ya en la oración darle gracias. 5) **Orando en el Espíritu**: cuando no estamos seguros qué hemos de pedir nos dirigamos al Espíritu, porque «El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene... (Rm 8,26).

ORACIÓN DE LIBERACIÓN

Hay que distinguir muy bien entre **posesión diabólica y opresión diabólica**.

La posesión diabólica es bastante rara en nuestro continente europeo y en los países de larga tradición cristiana. La oración formal de la Iglesia para liberar a un poseído es el **exorcismo**. Para ejercer esta clase de oración se requiere el permiso del Obispo que sólo se da a un sacerdote especialmente cualificado para este ministerio, por los riesgos y peligros que implica.

La opresión es relativamente frecuente: es como la invasión de una ciudad, en la que la persona en cuestión tuviera el control de la mayor parte, quedando ciertas áreas bajo el dominio enemigo.

He aquí la opinión de un prestigioso teólogo: «La acción de estos poderes no debe suponerse sólo allí donde se dan fenómenos paranaturales o «extraordinarios», considerados desde el punto de vista de los métodos experimentales intramundanos y en contraposición con los fenómenos normales y controlables empíricamente. También y sobre todo la cadena «normal» de procesos está sujeta a la dinámica de los poderes demoníacos orientada hacia el mal» (K. RAHNERH. VORGRIMLER, Diccionario Teológico, Herder, Barcelona, 1966).

Donde más frecuentemente se manifiesta es en los casos de drogadicción, alcoholismo, conducta autodestructiva, personas que han participado en sesiones de espiritismo, brujería, meditación trascendental, todas las prácticas del ocultismo, concentración profunda del yoga.

En este asunto se necesita más que nunca el don del discernimiento, consejo y sabiduría del Señor. Hay veces que se puede tratar de casos de alucinación o de aberración psíquica o de personas psicópatas.

Un indicio de la necesidad de oración de liberación puede ser el hecho de que la curación interior no da resultado.

La oración de liberación debe administrarse con mucha cautela. Es la clase de oración que más fácilmente se presta a abusos y que puede ocasionar mayores problemas, pues también se hace en forma de exorcismo.

El discernimiento es todavía más necesario, por la gran ignorancia y falta de experiencia que hay en este punto, y por lo delicado y comprometido del caso.

Esta clase de oración no la puede ministrar cualquiera y de ordinario ha de ser un grupo de personas entre las que haya **al menos un sacerdote**, pues, a diferencia de la oración de curación que siempre se dirige a Dios, la oración de liberación es una especie de exorcismo que va dirigida contra los espíritus opresores, es decir, una orden imperiosa en nombre de Jesucristo, con firmeza y autoridad.

Dado la complejidad y lo delicado de este ministerio, no podemos presentar aquí todos sus aspectos. Puesto que es un asunto para dirigentes muy especializados, no es tema de difusión general. En cualquier duda o problema que se nos presente, nunca resolvamos por nuestra propia cuenta, sino. que lo remitamos a personas competentes y experimentadas.

FALLOS POSIBLES EN EL MINISTERIO DE LA CURACIÓN INTERIOR

MICHAEL SCANLAN

Esto es lo que os anunciamos: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de Vida» (1 Jn 1,1).

Hace unos años publiqué un libro titulado Curación interior que comenzaba con la buena nueva de la carta de Juan. La buena nueva de la fe, la esperanza y el amor, la buena nueva de como muchos estábamos siendo testigos del poder curador de Dios, operante en nuestros hermanos y hermanas.

Sabía por una parte que estábamos contemplando el poder transformador de Dios y nos sentíamos privilegiados de poder administrarlo, pero al mismo tiempo estaba convencido de que lo escrito en 1974 no era el mensaje completo. Lo mismo que el anuncio de Juan, el nuestro se limitaba a lo que otros y yo habíamos visto con nuestros propios ojos y tocado con nuestras manos.

Los años sucesivos me han confirmado en la importancia de la curación interior y en la necesidad que de ella tenemos en la Iglesia. También me han enseñado dos cosas: la necesidad de una mayor integración de la curación interior en la vida cristiana normal, y al mismo tiempo me han hecho descubrir los peligros que corremos de centrarnos insistentemente en un aspecto determinado de la curación interior, o que no sepamos reconocer la necesidad de otro ministerio distinto en una situación determinada.

Y más importante por lo que hace a este artículo, creo que Dios nos ha concedido cierta sabiduría sobre la curación interior a los que nos dedicamos a este ministerio en el grupo «Servidores del Amor de Dios de Steubenville. Esto se ha ido realizando a través de la experiencia, la enseñanza de unos a otros, el compartir, y por gratuita bondad de Dios. Esta sabiduría es la que quisiéramos poder comunicar a todos, en la esperanza de que el poder curador de Dios se ponga mucho más de manifiesto en el conjunto de su Cuerpo.

DOS FALLOS FRECUENTES

Según nuestro punto de vista, tal como se practica en la Renovación Carismática, el ministerio de la curación interior se ha visto afectado por dos problemas diferentes: la superficialidad y el excesivo emocionalismo.

Un enfoque superficial

El primer problema deriva del enfoque superficial que podemos dar a este ministerio y que se reduciría a: «ora y déjalo en manos de Dios». En este caso oramos por la curación interior lo mismo que si oráramos por el tiempo: «Luisa tiene un problema de ansiedad y depresión; que cada uno se ponga a su alrededor y ore por ella». Todos se ponen a su alrededor. le imponen las manos y empiezan a orar: «Señor, bendice a Luisa, cúrala, dale tu libertad, y envía tu Espíritu de paz sobre ella, dale la gracia de ponerlo todo en tus manos y confiar sólo en Ti. Gracias, Señor, porque oyes nuestras oraciones. Sabemos que has respondido ya. Reconocemos esta curación y te damos gloria».

Habrá veces en que Luisa, o quien sea, quedará curada por el poder soberano de Dios. Pero en muchas ocasiones no sucederá nada en su vida. Se ha orado por ella, pero en realidad ella no se ha enfrentado con el problema de su vida.

Este primer enfoque es deficiente porque no llega a abordar:

- las causas más profundas del problema de ansiedad y depresión,
- la posible presencia del pecado que estaría exigiendo arrepentimiento,
- la probabilidad de endurecimiento de corazón debida al resentimiento, la amargura, el rechazo a perdonar, lo cual exige llegar a tomar decisiones para perdonar, amar, confiar.

Frecuentemente en el ministerio de la curación hay un fallo para enfrentarse con el mal y el pecado. Muchas veces nos hallamos ante un obstáculo, un muro que no deja pasar el amor curativo de Dios. Seguimos orando en sesión particular y hasta tratamos de hacerlo diariamente procurando suscitar más fe en nosotros y en la persona por la que oramos. Pero el resultado puede ser frustración y confusión.

Hemos de comprender que una persona que ha estado sufriendo una herida profunda durante años puede estar muy influenciada por el mal. Puede hallarse en una forma de pecado tan sutil que ni siquiera ella misma es consciente de las ramificaciones que ha realizado en sus actitudes.

Pongamos un ejemplo. Un hombre me explicó que necesitaba curación interior en un problema que estaba sufriendo en relación con las personas constituidas en autoridad. Por la acción de los dones espirituales, principalmente discernimiento y palabra de ciencia, llegamos a descubrir fácilmente que la raíz estaba en sus relaciones con su padre, el cual había abusado de la autoridad sobre la vida de su hijo.

En este caso orar por la curación no hubiera sido más que rascar sobre la superficie. Fue primero necesario ayudar a este hombre a enfrentarse con aquella actitud de profunda rebelión en contra de cualquiera constituido en autoridad que durante varios años había estado desarrollando. Hubo que emplear gran coraje, en colaboración con los que administraban la curación, para ayudarlo a tomar autoridad sobre lo que estaba minando sus relaciones y provocando la dureza de corazón. Una vez que lo hizo, pudo experimentar el amor de Dios en vez del sufrimiento que le producían el odio, el abandono y el desprecio. Cuando tomó autoridad sobre el espíritu de rebelión, le fue fácil perdonar a su padre, y la oración de curación interior empezó a fluir con paz y poder.

Siempre que nos enfrentemos con un caso parecido de poder bloqueado, hemos de considerar atentamente bajo qué formas puede estar actuando el mal espíritu y tomar autoridad sobre él. Si permitimos que la persona en cuestión permanezca durante el ministerio de la curación sin tomar autoridad sobre su propia vida cuando sea necesario, sin arrepentirse de su conducta pecadora, y sin tomar las decisiones necesarias para poder aceptar la curación de Dios, entonces es muy posible, no sólo que estemos fomentando una dependencia emocional respecto al que administra, sino que también incrementemos la incapacidad de aquella persona para asumir la responsabilidad sobre su vida. Esta falta de responsabilidad personal es evidente cuando alguien

- pide que oremos para llegar a la curación de una relación en su propia vida, pero no llega decididamente a un acuerdo claro sobre cómo ha de enfrentarse con aquella relación;
- busca oración para llegar a la curación radical de un problema inveterado, pero no hace un plan de vida diaria y de prioridades para corregir el hábito;
- pide oración para conseguir una confianza más profunda en el Señor y depender más de su amor, pero no hace un compromiso firme de oración diaria, y así sucesivamente.

Emocionalismo excesivo

Otra serie de problemas se dan porque se enfoca el ministerio de la curación interior de una forma demasiado emocional. Esta prevalencia de la «sensibilidad» tiene lugar cuando centramos nuestra atención en hacer aflorar y ventilar al exterior sentimientos y experiencias pasadas. Se parte del principio de que cuanto mejor se consiga que el enfermo vuelva a experimentar sus heridas pasadas y exprese sus sentimientos sobre tales heridas, tanto más fácilmente va a ser curado. Pero este enfoque induce a pensar que uno ha sido curado simplemente por haber vivido la experiencia de ventilar sus sentimientos pasados y que esto hace que se encuentre mejor. Con demasiada frecuencia, cuando tal ha sido el alcance de la «curación», enseguida se encuentra uno de nuevo en su antigua situación, lamentándose de los mismos problemas.

Si bien es verdad que el evocar el sufrimiento y la soledad de los primeros años puede ser una experiencia que emocionalmente purifica, sin embargo, si nos limitamos a hacer revivir estas experiencias, no se consigue la curación interior. La curación es acción de Dios. El hombre tiene que tomar la decisión de aceptarla y de vivir por ella. Es decir, debe asumir la responsabilidad de lo que Dios ha hecho. Esta actitud es esencial para la verdadera curación interior. Sin esta actitud y sin sentido de responsabilidad, el ministerio sólo causaría inestabilidad emocional y no llegaría al poder del Espíritu de Dios.

Hay otra forma de centrarse en los elementos emocionales y de la sensibilidad no tan evidente como la anterior. No sólo implica la evocación del pasado y la liberación de la expresión emocional, sino además hace de la investigación de la causa principal de los problemas un fin por sí mismo. Supongamos, por ejemplo, que un hombre sufre problemas en aceptar su propia sexualidad. Al expresar sus miedos de ser varón revive la experiencia pasada por el temor que sintió al tener que relacionarse con mujeres. Manifiesta entonces sus sentimientos de frustración, culpabilidad y ansiedad. Pero también se remonta a la primera infancia y nos describe la incapacidad de su padre para relacionarse con él y el amor atosigante de su madre.

La causa raíz de este problema es, con toda probabilidad, el hecho de que sus padres no supieron amarle y orientarle rectamente. Pero si nada más se considera la causa, no se aborda el problema. Hay que tomar la decisión de buscar el poder del Señor para curar, y la respuesta para vivir de acuerdo en el Reino de Dios. Quedarse en el descubrimiento de la raíz es limitarse a hacer lo que harían muchos tipos de psicoterapia, y esto, a pesar de que se haga oración y estemos empleando una terminología carismática para remontarnos a la causa. Una vez que se ha determinado la causa, es muy importante acudir al Señor en busca de su amor que cura. Es el momento de orar para pedir el poder de Dios y su gracia para curar, ser restablecido y tener valor para cambiar. De lo contrario, dejaríamos a aquel hermano con el conocimiento del peso que le abrumba y sin poder para verse liberado. La confusión emocional es muchas veces el resultado de un ministerio realizado a medias.

UNA LIBERACIÓN MAS PROFUNDA DEL ESPÍRITU

Es evidente que se requiere mucha sabiduría. En orden a conseguir la disposición necesaria para alcanzar esta sabiduría, tenemos que definir los límites entre los dos enfoques diferentes que acabo de diseñar. Lo esencial es que veamos la curación interior como una prolongación de la liberación del Espíritu Santo en nuestras vidas.

¿Qué significa esto? Normalmente, cuando recibimos el Bautismo en el Espíritu Santo, quedan todavía zonas en nuestras vidas que siguen bloqueadas, por así decirlo, y que interceptan la acción del Espíritu Santo; no llegan a caer plenamente bajo el señorío de Jesucristo. Cuando comenzamos a caminar en el Señor hay en nosotros una gran paz y gozo, pero en el fondo hay muchas cosas de nuestra vida que no están plenamente a la luz y en el reino de Dios.

Conforme estas cosas se van haciendo más evidentes, descubrimos cómo las heridas y cicatrices del pasado afectan a nuestras relaciones con Dios y a las de unos para con otros, y anhelamos llegar a ser libres. Es entonces cuando tenemos que detectar alguna experiencia dolorosa o algún pecado habitual, como zona nueva dentro de nosotros que requiere una liberación más profunda de la vida de Dios por la fuerza de su Espíritu. Tenemos que tomar la decisión de comprometer esta zona de nuestra vida con el Reino de Dios, perdonar cuando sea necesario, abandonar el resentimiento, arrepentirnos de aquello que necesitamos, y orar para que el Espíritu Santo ejerza de nuevo su señorío.

IMPORTANCIA DEL AUTODOMINIO

Los que administran la curación interior lo hacen para que una hermana o hermano determinado pueda experimentar el Amor de Dios en una zona de dolor u oscuridad. Pero tendrían también que enfocar el ministerio como el medio por el que la persona que busca curación pueda adquirir un mayor control sobre su propia vida. Esto significa, en concreto, que, además de la oración real para pedir curación interior, habría que incluir en el ministerio los siguientes elementos:

1 – Ser muy claros en cuanto a la zona específica de esclavitud o de heridas. - Esto quiere decir que sepamos con seguridad qué es lo que pedimos en concreto y contra qué cosas oramos. Aseguremos a la persona por la que oramos que Dios quiere que sea libre. Hablemos

con las palabras del Evangelio de Juan: «Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8,31-32).

2 - Animémosla a tomar la iniciativa y responder en forma activa a la oración con una decisión de rechazar el mal y la esclavitud emocional. - Podemos hacer que repita la oración con nosotros. O, si es oportuno, invitarla a ponerse de pie o a arrodillarse como un signo de su decisión para rechazar lo que no es de la vida de Dios.

3 - Una vez que ha tomado la decisión, guiémosla con el poder del Espíritu a comprometer la zona de que se trata al señorío de Jesucristo.-Al hacer esto, todos los que están actuando en el ministerio deben centrarse en Jesús. Si por experiencia sabemos muy bien que es esencial centrarnos en Jesús para la liberación del Espíritu en nuestras vidas, por desgracia no llegamos fácilmente a centrarnos en Él mientras hacemos la oración por la curación interior. Solemos centrarnos en las heridas o en los elementos de la decisión. Si queremos conocer el señorío de Jesús en esta zona hemos de mirarle fijamente en la oración. La decisión de comprometer una zona problemática al Señor nos capacita para responder al amor curativo de Dios. Pero Dios es el único que cura con su amor personal, misericordioso y eterno.

4 - Manifestemos a la persona por la que oramos que tiene el poder de conservar la nueva libertad, incluso cuando se encuentre en momentos de lucha. Hay que animarla a ser fiel a la oración diaria y a que asista a la reunión de cristianos en la que su fe y su curación recibirán apoyo.

ABRIR ZONAS A LA CURACIÓN

Es importante saber distinguir entre los medios empleados para abrir zonas a la curación y el proceso básico de curación y autocontrol que hemos descrito anteriormente.

Los que buscan curación necesitan experimentar un ambiente cálido de amor entre personas en las que puedan confiar. Han de conocer, por la fe y el amor de los que administran, que el amor de Dios está verdaderamente presente, que el perdón está al alcance de los que lo piden. Tienen que experimentar la atención y el apoyo de los que escuchan sus sufrimientos y les imponen las manos en la oración. Tales elementos son convenientes en este ministerio, pero tan sólo en la medida en que no acaparen la atención central del ministerio. De lo contrario, no realizaríamos más que una sesión de mini-sensibilidad. Hemos de considerar estos elementos como concomitantes en el ministerio, como algo que sobriamente rodea y apoya el trabajo central que hay que realizar.

Una vez hayamos comprendido el proceso de abrirse a Dios, que consiste en someter nuevas áreas de nuestras vidas al Señorío de Jesús mediante una liberación más profunda de su Espíritu y en ejercer sobre nuestras vidas la autoridad que se nos ha dado por la muerte y resurrección de Jesús, debemos empezar a considerar la curación interior como parte normal del crecimiento cristiano.

Por ejemplo, cuando queremos responder al mandato del Señor de amarnos unos a otros y se nos hace difícil, tenemos que pedir una mayor liberación del Espíritu en aquellas zonas en las que nos falte amor. Cuando nos comprometemos a dar nuestras vidas unos por otros con la mejor buena voluntad de nuestros corazones, pero descubrimos zonas en nuestra vida

que no ceden ni se rinden al servicio a los demás y a una entrega desinteresada, debemos orar para que el Espíritu de Dios quede más profundamente liberado en estas áreas, de forma que hallemos una generosidad y poder nuevos. Cuando escuchamos la llamada de Dios para vivir más estrechamente unidos a nuestros hermanos y hermanas, quizá tengamos que luchar con el miedo y la rebeldía. Entonces también vendrá el Espíritu con poder a curarnos, a res-tablecernos y capacitarnos para comprometer nuestras vidas con paz y libertad.

CURACIÓN INTERIOR EN LA VIDA DIARIA

Deberíamos, como cosa ordinaria, orar nosotros mismos por nuestra curación interior, sobre todo después de haber recibido de otros un ministerio efectivo.

Tenemos que examinar con frecuencia en nuestra oración personal qué es lo que nos impide servir más plenamente al Señor. Porque, no me cansaré de repetir, que a pesar de que deseemos que Jesús sea nuestro Señor y le hayamos invitado a entrar en nuestras vidas, siguen todavía cerradas dentro de nosotros muchas puertas, de algunas de las cuales no siempre somos conscientes. Cualquiera que sea el precio que tengamos que pagar, cada día tenemos que hacerle señor y dueño nuestro por medio de la decisión, el arrepentimiento, la conversión y el compromiso.

Hemos de hacer que la oración de curación interior forme parte ordinaria de la oración que hacemos en familia y en los grupos pastorales. Los padres deben orar regularmente por los niños cuando resulte claro que han sufrido heridas internas. Los que ejercen una dirección pastoral, deben en momentos oportunos orar por los que están encomendados a su cuidado, para que el crecimiento en el Señor no quede bloqueado por cualquier obstáculo que pueda surgir.

Y quizá lo más importante es que deberíamos considerar la curación interior como una ayuda más o como un arma que el Señor nos suministra para el crecimiento espiritual. Tiene que formar parte ordinaria de nuestra armadura, ni descuidada ni exagerada. Hay que integrarla con todas las demás armas y ayudas con la liberación, el consejo y la disciplina. Es una herramienta especialmente diseñada para nuestra libertad interior. El Señor quiere completarnos y liberarnos para que nos podamos acercar a Él, unidos unos a otros en el Reino de Dios, y no cabe duda de que Él lo hará. «Si pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres» (Jn 8,36).

(Traducido de NEW COVENANT, mayo de 1978, págs. 13-16).

LA INTERCESIÓN UNA FORMA DE ORACIÓN

KATY MARTINEZ²

Al decir de Teresa de Ávila, orar es «hablar de amor con quien sabemos nos ama». Parafraseando el dicho, intercesión es presentar el dolor que padecemos en el hermano a quien sabemos que nos cuida.

Aquel que ha conocido el dolor en que viven seres humanos muy concretos, al sentirse saturado de tanto sufrimiento y tratar de olvidarlo huyendo, descubre que es imposible, y el corazón le estalla en pedazos.

¿Qué camino queda cuando se ha tomado contacto con el dolor humano, si la huida está penada con la muerte? Hay una salida viable: la intercesión.

Interceder es tanto como asumir el sufrimiento ajeno haciéndolo nuestro, palpar nuestra incapacidad para salir de él, gritar a los que están cerca: ¡ayudadnos!, y mirando al que puede salvar decirle: ¡Ven, Señor, no tardes! Los cuatro peldaños de la oración de intercesión son: compasión, pobreza, unidad y confianza.

COMPASIÓN

En su sentido originario quiere decir compartir una pasión; participar de ella, hacerla propia. Pero ¿hasta qué punto es real esto de hacer propio el dolor ajeno? Respondería con otra pregunta: ¿hay algo más indómito que el corazón? A la razón se la puede someter, a la inteligencia se le pueden dar órdenes; pero a tu corazón, no pierdas el tiempo, como se apasione en algún lugar allí se queda. Quien tiene un corazón misericordioso, es decir, un corazón que no puede evitar el permanecer junto al mísero (misericor), que su lugar y su pasión están junto al que sufre, puede hacer suyo el dolor ajeno hasta el punto de implicar toda su existencia.

«Misericordia quiero y no sacrificios» son palabras proféticas que siguen resonando hoy cada vez que abrimos nuestros oídos a la voz del Señor. Si tenemos entrañas de misericordia, dejaremos que nuestro corazón corra junto al que sufre para permanecer y padecer con él.

«Lo que os mando es que os améis los unos a los otros, de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda» (Jn 15,16-17).

² KATY MARTINEZ, abogado, forma parte del grupo de responsables de Granollers

POBREZA

Experimentar que nada se puede hacer ante el dolor es aceptar el desgarrón de María junto a la Cruz de Jesús. Es la máxima pobreza y la máxima compasión.

«No está en el número tu fuerza, ni tu poder en los valientes, sino que eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los desvalidos, salvador de los desesperados» (Jdt 9,11): Estas son nuestras credenciales para comparecer ante Dios, el ser pequeños y débiles, desvalidos, desesperados: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños» (Lc 10,21).

UNIDAD

«Separados de mí, no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Es necesaria la unidad en el Cuerpo del Señor. El cuerpo es la cabeza y los miembros: «Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20). Esta es la fuerza de la unidad, la fuerza que nos da el Espíritu del Señor que hace que nuestra oración sea siempre oída. «Si permanecéis en mí, pedid lo que queráis y lo conseguiréis. La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto» (Jn 15,7-8).

Esta condición y este ruego, «si permanecéis... pedid...», van dirigidos a unos cuantos, no hace falta que sean numerosos, basta que haya un mínimo, dos o tres. ¿Qué puede unir a unos cuantos, si no es el Espíritu del Señor? Donde hay unidad está el Espíritu y allí se hacen presentes sus frutos. «La gloria de mi Padre está en que deis mucho «fruto» Un 15,8).

La unidad está representada por dos o tres, pero es unidad que se integra en toda la Iglesia orante. +Es unidad que lleva a la comunión con todos los Santos, que va más allá de toda apariencia humana porque salta las barreras del tiempo y del espacio.

CONFIANZA

¿Cómo pueden confiar los desesperados, los pobres, los desvalidos? En la desesperación de los que creen puede abrirse una ventana que da a su pasado. Es el recuerdo de los beneficios recibidos del Señor, el reconocimiento de su fidelidad a lo largo de toda su propia vida. No hay más que repasar una a una las maravillas del Señor, como solía hacer Israel cuando se veía indefenso ante un nuevo peligro. Un ejemplo es el salmo 106: «Muchas veces los libró, mas ellos, indóciles adrede, se hundían en su culpa; y los miró cuando estaban en su angustia escuchando su clamor. Se acordó en favor de ellos de su alianza, se enterneció según su inmenso amor. ¡Sálvanos, Yahveh, Dios nuestro, reúnenos de entre las naciones!» (Sal 106, 43-47).

Al recordar los favores recibidos del Señor, brotan la alegría y la paz. Con ellas es posible la confianza firme. Entonces se advierte cómo la Palabra de Dios estaba interpelando: «¿Acaso se ha vuelto mi mano demasiado corta para rescatar, o quizá no habrá en mí vigor para salvar?» (Is 50,2). Como consecuencia, el creyente no espera a ver superado su dolor; la confianza puesta en el Señor hace brotar de él un canto nuevo de alabanza y de acción de gracias

UNA DESVIACIÓN A PREVENIR

En el intento de superar la desesperación, en vez de abrir una ventana sobre el pasado, podemos intentar abrir una puerta sobre el futuro, como cuando marcamos el camino al Señor, indicándole cómo ha de actuar para venir a salvarnos. También Israel sucumbió en esta tentación. Leemos en el libro de Judit cómo esta mujer recrimina a los jefes de la ciudad de Betulia porque en su desesperación ante la sed que padecía el pueblo habían emplazado a Dios para que actuase en su favor en el plazo improrrogable de cinco días:

Escuchadme, jefes de los moradores de Betulia. No están bien las palabras que habéis pronunciado hoy delante del pueblo, cuando habéis interpuesto entre vosotros y Dios un juramento, asegurando que entregaríais la ciudad a nuestros enemigos si en el plazo convenido no os enviaba socorro el Señor. ¿Quiénes sois vosotros para permitir os poner hoy a Dios a prueba y suplantar a Dios entre los hombres? ¡Así tentáis al Señor Omnipotente, vosotros que nunca llegaréis a comprender nada! Nunca llegaréis a sondear el fondo del corazón humano, ni podréis apoderaros de los pensamientos de su inteligencia, pues ¿cómo vais a escrutar a Dios que hizo todas las cosas, conocer su inteligencia y comprender sus pensamientos? No hermanos, no provoquéis la cólera del Señor, Dios nuestro. Si no quiere socorrernos en el plazo de cinco días, tiene poder para protegernos en cualquier otro momento, como lo tiene para aniquilarnos en presencia de nuestros enemigos. Pero vosotros no exigáis garantías a los designios del Señor nuestro Dios, porque Dios no se somete a las amenazas como un hombre, ni se le marca como a hijo de hombre una línea de conducta. Pidámosle más bien que nos socorra, mientras esperamos confiadamente que nos salve. Y El escuchará nuestra súplica, si le place hacerlo» (Jdt 8,11-17).

Este pasaje es toda una enseñanza que no necesita aclaración.

Orar, presentando el dolor que padecemos en el hermano, a quien sabemos que nos cuida, es interceder, y ello conduce a un acontecimiento sorprendente, no sabemos cuál, pero, desde luego, será algo que nos ha de llevar a la alabanza, porque veremos una nueva manifestación del amor del Señor para con nosotros.

«Todo el pueblo quedó lleno de estupor, y postrándose adoraron a Dios y dijeron a una: ¡Bendito seas, Dios nuestro, que has aniquilado el día de hoy a los enemigos de tu pueblo» (Jdt 13-17).

Granollers, octubre 1978.

LOS GRUPOS DE INTERCESIÓN

BEATRIZ GRACIAS³

Uno de los ministerios de máxima importancia que tenemos en nuestros grupos y comunidades para someter a la oración de los demás cualquier tipo de problema o dificultad que podamos experimentar en nuestra vida en el Espíritu son los llamados grupos de intercesión.

Todos sabemos por experiencia las maravillas que obra el Señor en las personas a través de este ministerio.

Jesús nos da verdaderamente su poder y unción para orar con fe y pedir «en el nombre del Señor» (St 5,14) la curación interior, la liberación de complejos, miedos, traumas, la fortaleza en momentos de decaimiento.

Aquí palpamos la acción del Señor y el cumplimiento de sus palabras: «Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama se le abrirá... Si vosotros siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu a los que se lo pidan!» (Lc 11,8-13).

Aquellos grupos y comunidades que han llegado a cierto grado de crecimiento y madurez organizan este ministerio mediante un grupo estable de intercesión que en momentos determinados de la semana está a disposición de los hermanos que quieran acudir. Es importante para todos saber que tal día y a tal hora se puede acudir al grupo, que está para ofrecer una atención espiritual muy personal a las necesidades concretas. En cualquier atasco en que nos podamos encontrar, o en cualquier dificultad para orar por nosotros mismos, tenemos este medio de experimentar que no estamos solos y que el Señor nos fortalece a través de los hermanos.

¿POR QUÉ UN GRUPO PERMANENTE?

Se trata de un ministerio o servicio que la comunidad ha encomendado a unos hermanos, después de haber discernido quiénes poseen los dones necesarios.

Instituir un equipo permanente es importante, tanto para los que lo forman, como para los que acuden a la intercesión.

Si tenemos un grupo estable, éste podrá reservarse el día de la semana y el tiempo necesario para atender a su ministerio sin prisas, con toda la paz y tranquilidad que se necesita, en ambiente de oración y recogimiento.

³ (BEATRIZ GRACIAS, pertenece al grupo de responsables de la Comunidad «Magnificat» de Madrid.)

Se podrá también llegar a la necesaria compenetración y entendimiento entre las personas que forman el equipo. En la medida en que sean «todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos» (Flp 2,2), tendrá fuerza la oración que hagan por cada hermano.

Como grupo estable irá adquiriendo, cada vez en mayor grado la experiencia, discernimiento y, sobre todo, la sabiduría del Espíritu que tanto se precisa en este ministerio.

A veces, en los retiros, nos encontramos con mucha gente que necesita acudir al grupo de intercesión, y recurrimos a la formación de otros grupos echando mano del equipo de servidores o de las personas que llevan mucho tiempo en el grupo de oración. Estos grupos improvisados presentan una gran desventaja, o porque a veces se pone a personas que no tienen la suficiente experiencia, o por la dificultad de que sepan compenetrarse en la oración.

De todas maneras, si se encuentran con problemas difíciles que requieren varias sesiones, deben saber remitirlos al grupo estable.

Para los que acuden a la intercesión es muy importante que se encuentren con personas que tienen experiencia en este ministerio, que conozcan otros casos y sepan cómo deben tratar el suyo, y que lo puedan seguir después en las sesiones que se necesiten. Hay personas que siempre que se forma un grupo acuden a él. Esto se evitará con el grupo estable que podrá discernir qué tipo de oración necesita, si curación interior, o física o liberación, o el sacramento de la reconciliación, o una orientación y consejo más apropiados.

El encontrarse con las mismas personas cuando se acude al grupo facilita la confianza y ayuda a abrirse más directamente.

CUALIDADES DE LOS QUE FORMAN EL GRUPO

Las personas que forman el grupo no conviene que sean muchas. Como máximo pueden ser cuatro. Cuantos más sean, tanto más difícil resultará abrirse a los que vienen a la intercesión, pues siempre se desea que haya pocos testigos. El grupo ha de ser mixto, ni sólo hombres ni sólo mujeres. Será bueno que haya un sacerdote.

Deben ser personas con un conjunto de cualidades humanas y espirituales. Como base humana se requiere que sean personas equilibradas, libres de problemas psicológicos y emocionales, mentalmente sanas y capaces de una relación interpersonal fácil, con el don de saber escuchar y por tanto con mucha paciencia.

Es aconsejable que posean ciertos conocimientos de psicología y que estén enteradas de todo tipo de problemas.

En cuanto a las cualidades espirituales, lo más importante es que sean personas de oración intensa y por tanto que tengan el don de la fe. Las personas que acuden al grupo muchas veces necesitan fe más que ninguna otra cosa, y los que oran por ellos deben comunicarles esta fe.

Han de estar llenas del amor del Señor que a través de ellas pase a los demás para curar.

El don del discernimiento no puede faltar. Siempre habrá que distinguir en cada hermano que viene al grupo qué clase de oración necesita, cuál es el verdadero problema, si son necesarias más sesiones. o si el tipo de ayuda que precisa es orientación y consejo. Hay personas que lo que necesitan es desahogarse, que alguien las escuche, y entonces después de esto basta una oración de fortalecimiento.

De las personas que forman el equipo debe haber una que lleve la iniciativa tanto en la entrevista como en la oración, y que sólo ella haga las preguntas, y si las demás han de intervenir, sea con parquedad y discreción. Se requiere mucho tacto, delicadeza, discernimiento y amor para saber hacer las preguntas sin herir, y apreciar cuándo no hay que insistir, o cuándo hay que retroceder.

Cuando llega el momento de reunirse para este ministerio, deben orar todos juntos antes de empezar y pedir al Señor la asistencia que necesitan. Cada uno debe ir muy purificado, y si un día uno no se encuentra bien o está experimentando alguna dificultad importante, es mejor o que no participe ese día o que procure orar intensamente.

Después de la oración se debe guardar secreto sagrado sobre todo lo que en el grupo se ha dicho y oído. Entre las personas que forman el grupo no se deben hacer comentarios sobre las personas que han acudido a la intercesión, pues les encomendaron algo muy íntimo y se fiaron totalmente del grupo. Por muy difíciles y problemáticas que sean las personas que han acudido no se debe hablar de ellas fuera del grupo.

Como una prolongación del ministerio que realizan en el grupo de intercesión, cada uno de sus componentes debe seguir encomendado a los hermanos por los que oraron en su oración personal y diaria. Nuestra fidelidad en la intercesión diaria por las necesidades de los demás exige que las pongamos en primer lugar antes que nuestras conveniencias y comodidades.

Habrà veces que nuestra oración de intercesión no nos traiga gozo, o que pierda su atractivo para nosotros, o que nos sintamos tentados de dejarlo y olvidarlo todo. Pero la intercesión es precisamente esto: cargar con los problemas y enfermedades de los demás y en cierta manera también sufrirlos nosotros.

Por la Palabra del Señor sabemos que El recibe con gozo nuestras oraciones y que las oye. Y por experiencia comprobamos cómo la oración hace que todo cambie.

El orar unos por otros es una dimensión, indispensable del amor que debemos tenernos, y de esta manera nos ayudamos «mutuamente a llevar nuestras cargas y a cumplir así la ley de Cristo» (Ga 6,2).

LAS PERSONAS QUE ACUDEN AL GRUPO

Deben saber ante todo para qué es el grupo de intercesión, que de ningún modo es algo que obra automáticamente, ni una especie de «agua de Lourdes, ni que todo se soluciona con que oren por ellas imponiéndoles las manos. Deben ser conducidas a una fe profunda en el poder de Jesús, y sobre todo a aceptarle como el Señor de sus vidas.

Para esto han de comprometerse de alguna manera, principalmente en la oración personal de cada día y en la relación que están viviendo con el Señor.

De los casos que he conocido hay uno que me ha enseñado de manera especial. Un día vino al grupo de intercesión una joven que se sentía abandonada de los suyos y era adicta a drogas. Permaneció en silencio y no manifestó nada. Su problema era tan grande y complicado que no se atrevió a exponerlo. El grupo se limitó a hacer una breve oración por ella.

Pocos días después solicité hablar personalmente con ella, y sintió confianza para abrirse al ver que yo disponía de tiempo. Durante las cuatro horas y media que estuvimos hablando yo me limité a escuchar, excepto cuando hice de vez en cuando alguna pregunta.

Al terminar yo no sabía qué decirle. Sentí un gran amor por ella, necesitaba algo más que curación de recuerdos. El Señor me iluminó para sugerir que fuera al sacramento de la penitencia. Como se manifestaba refractaria, prometí acompañarla a un sacerdote lleno de Dios y comprensivo.

En la confesión encontró a Jesús. Lo más importante es que por fin pudo perdonar, aceptó al Señor en su vida, y su odio se convirtió en amor. A partir de entonces empezó su verdadera conversión.

Después he mantenido contacto permanente con ella en sesiones complementarias, y a pesar de que no le faltan tentaciones y pequeños fracasos, está creciendo profundamente en la vida del Espíritu, y ahora es instrumento para que otras personas lleguen a conocer al Señor.

Después de todo lo dicho, no deja de tener importancia el ambiente en que se realiza este ministerio. Los factores exteriores también influyen, como el silencio, la intimidad, una luminosidad discreta, de forma que la persona que viene se sienta tranquila y relajada y todos los del grupo le inspiren confianza y seguridad.

Para profundizar en el tema puede ver:

MICHAEL SCANLAN, **Fallos posibles en el ministerio de la curación interior**, en KOINONIA, núm. 12, págs. 12-16.

LEON MAXFIELD, **Hacia la libertad por la curación interior**, en KOINONIA, nº 3, págs. 8-10.
La curación interior, La oración de liberación, KOINONIA, páginas 11 y 13.

EL PODER DE LA INTERCESIÓN EN LA "CASA DE BETANIA"

MANUEL CASANOVA, S. J.⁴

En junio de 1974 tuve ocasión de participar en el Encuentro Internacional de la Renovación Carismática en la Universidad de Notre Dame, South Bend, Indiana, EE.UU. En esta Asamblea me enteré que inmediatamente después, del 18 de junio al 27 de julio, se iba a celebrar un retiro muy especial: 40 días de intercesión, abierto a sacerdotes, diáconos y obispos, y cuya finalidad era hacer intercesión, con oración y ayuno, por los sacerdotes, diáconos y obispos. Había la posibilidad de que los que no pudieran estar los 40 días se les aceptara para 15 días o una semana.

No sabía yo lo que podía sacar de todo aquello, pero queriendo aprovechar las tres semanas de estancia en EE.UU., me fui, después de estar unos días en la comunidad carismática de Ann Arbor, al seminario St. John, en Plymouth, Michigan.

Cuando llegué allí fui recibido por unos 25 sacerdotes, la mayoría de EE.UU. y Canadá, pero también de Alemania, Japón, Méjico, Bélgica e Inglaterra. Había sacerdotes diocesanos, jesuitas, benedictinos, basilianos y un monje trapense. Su trabajo era en parroquias, colegios y universidades, casas de Ejercicios, hospitales, cargos administrativos y también en ministerios especializados: apostolado familiar, renovación carismática y «counseling».

George Kosicki era el responsable. Un basiliano que en 10 años ha dado muchos retiros y ejercicios espirituales a sacerdotes desde Corea hasta Perú. Le pregunté cómo se les había ocurrido organizar un retiro de esta clase. «Hace unos meses -me dijo- Geral Farrell, M.M. y yo estábamos de peregrinación en Asís. Gerry es misionero en Seoul, Corea. Allí, siguiendo los pasos y el recuerdo de Francisco, sentimos la llamada a hacer algo por los sacerdotes cuyos problemas llevábamos como un peso grande en nuestro corazón. Nos dimos cuenta que la solución estaba en una conversión radical a Jesucristo.

Unos días después, en la celebración de la Eucaristía, el mismo P. Kosicki nos expresaba su inquietud por los sacerdotes: «¿Es Jesús el Señor de nuestros hermanos sacerdotes? Después de más de 60 retiros con sacerdotes por todo el mundo, una de mis mayores penas es constatar que pocos conocen realmente a Jesús. Qué pocos sacerdotes oran, qué pocos saben escuchar su voz y responder a su voluntad. Qué pocos sacerdotes realmente lo desean. Y al mismo tiempo quedé maravillado del hambre profunda que tienen de Jesús. Me decían: Enséñame a orar otra vez, enséñame a orientar mi vida de nuevo para que pueda ser libre, libre de mis tinieblas y de mi pecado, de mi ansiedad y de mis miedos! ¿Cómo puede uno liberarse?».

Esta inspiración les vino en Asís y decidieron reservar 40 días del verano para orar por los sacerdotes. Se comprometieron el uno con el otro delante de Dios a llevar a cabo esta

⁴ Lérida; 16 octubre. 1978

decisión aunque nadie más se uniera a ellos. Al final de los 40 días más de 100 sacerdotes habían pasado por «Bethany House».

«BETANIA» ¿POR QUÉ BETANIA?

Al entrar en la sala-capilla donde nos reuníamos para orar se leían en la pared, escritas con grandes trazos, las palabras: «¡Desatadle y dejadle andar!» Fue en Betania donde Jesús llamó de nuevo a la vida a Lázaro, y, aquí al pedir día tras día por los sacerdotes de la Iglesia, la historia de Lázaro parecía tomar vida de nuevo entre nosotros. Jesús de pie junto a la tumba ora al Padre: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado». Dicho esto gritó con fuerte voz "Lázaro, ¡sal fuera!". Y salió el muerto atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: «¡Desatadle y dejadle andar!» (Jn 11, 41-44). Así pues, al interceder por nuestros hermanos sacerdotes, Jesús iba desatándonos a nosotros y a ellos, y nos liberaba.

En este retiro el acento no estaba en buscar renovarnos a nosotros mismos, sino en interceder por los demás según la inspiración del Espíritu Santo. El programa diario comprendía Laudes y Vísperas en común, dos horas de oración personal, dos horas de intercesión en común, la Eucaristía concelebrada, una hora de enseñanza, una hora de compañerismo, y, al final del día, una hora de compartir la fe en grupos.

Fue, sobre todo en los períodos de intercesión comunitaria, cuando experimentamos con más fuerza la verdad de que Dios siempre da mucho más de lo que podemos pensar o pedir. Que Dios da por añadidura lo que no le hemos pedido para nosotros. Fue en esos momentos cuando algunos sacerdotes recibieron la Efusión del Espíritu, una manifestación de los dones de curación, de enseñanza, de profecía, de lenguas o de discernimiento, o renovaron su entrega al Señor por los votos sacerdotales o religiosos. Muchos recibieron mayor libertad para alabar y adorar al Señor.

Esta experiencia de intercesión por los sacerdotes se repitió en Roma en el Año Santo, mayo-junio 1975 a continuación del Congreso Internacional de Pentecostés.

Después de esta segunda experiencia, cinco de ellos se sintieron llamados a formar una comunidad de vida en una casa de oración. Así nació «Bethany House of Intercession», Seminario de Ntra. Sra. de la Providencia, en Warwick, Rhode Island, EE.UU. Es una casa de acogida para todos los sacerdotes, diáconos y obispos que necesitan un lugar de descanso, de oración y de ayuda fraterna, sean de donde sean. Durante el año 75-76 unos 300 sacerdotes de todo el mundo han pasado por allí. En una carta reciente G. Kosicki se expresaba así: «es una alegría inmensa ver a hermanos sacerdotes con la fe reconstruida y la esperanza renovada». Y los miembros de la pequeña comunidad han prestado ayuda a centenares de sacerdotes en retiros, ejercicios y conferencias por todo el continente americano.

El haber participado en las dos ocasiones, junio 74 y mayo 75, en esos largos encuentros de intercesión me dio un gran deseo de compartir con hermanos sacerdotes de España lo que viví allí. Tal deseo se hizo concreto este año de 1978 en la 1.º Semana para Sacerdotes que tuvo lugar en el «Casal Borja», PP. Jesuitas, de San Cugat del Vallés, Barcelona. 60 sacerdotes participaron, y pudimos experimentar la verdad de que Jesús es quien da la vida («¡Lázaro, sal fuera!»), y a nosotros...nos invita a desatarnos unos a otros («Desatadle y dejadle andar») para poder caminar con la libertad del Espíritu en el ministerio sacerdotal.

Para el año 1979 se prevé otra semana para sacerdotes, de forma que muchos más puedan participar de esta convivencia e intercesión fraterna.

DIMENSIÓN PROFÉTICA DEL PUEBLO DE DIOS

LUIS MARTIN

El Antiguo Testamento es una preparación, pero también figura y anuncio del Nuevo Testamento. En la multitud de personajes y sucesos que lo protagonizan descubrimos unas líneas de convergencia: todo anuncia el designio de salvación que se llegó a concretar y cumplir en una sola realidad: Jesucristo.

Todo el Antiguo Testamento es una profecía del Nuevo Testamento.

En este anuncio del plan salvador destacan los profetas, hombres excepcionales y dotados del carisma de revelación, que «movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios» (2 P 1,21).

Moisés, vidente privilegiado de la gloria de Dios, «a quien Yahveh trataba cara a cara», y profeta como después «no ha vuelto a surgir en Israel» (Dt 34,10), llegó a sentir un gran anhelo por todo su pueblo: «¡(quién me diera que todo el Pueblo de Yahveh profetizara porque Yahveh les daba su Espíritu!» (Nm 11,26-29).

Joel, siglos más tarde, contempló en visión la realización de este sueño y predijo la efusión universal del Espíritu: «Derramaré mi Espíritu sobre toda carne... y Yo sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu» (Jl 3,1-6).

Tal habría de ser el acontecimiento de Pentecostés, con el que se inaugura también una época de conocimiento universal de Dios dentro del Nuevo Israel, conforme anunciara Jeremías: «Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: «¡Conoced a Yahveh», pues todos ellos me conocerán del más chico al más grande...» (Jr 31,34). San Juan en su primera epístola nos aclara esta clase de conocimiento: «La unción que de Él habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe. Porque como su unción os enseña acerca de todas las cosas -y es verdadera y no mentirosa-, según os enseñó, permaneced en Él» (1 Jn 2,27).

Sin duda que es un conocimiento, no puramente intelectual, sino, más bien, de experiencia de alguien, del mismo Dios, con el que cada miembro del Nuevo Israel puede tratar y hablar, en «libre acceso al Padre en un mismo Espíritu» (Ef 2,18), por lo que ahora todos «con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor» (2 Co 3,18).

Esto nos da la clave para comprender cómo a partir de Pentecostés comienza otra realidad característica del Pueblo de Dios, anunciada también por Joel: «y profetizarán

vuestros hijos y vuestras hijas... y sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu y profetizarán» (Jl 3,1-6; Hch 2,17-21).

Es el profetismo universal que ha venido a realizarse tal como soñara un día Moisés.

Es la participación universal del Espíritu del Mesías glorificado que, «exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís» (Hch 2,33).

Todos pueden ahora profetizar en el Pueblo de la Nueva Alianza. Todos participan del don profético de Cristo en virtud del envío del Espíritu Santo en Pentecostés.

LA PROFECÍA EN LA IGLESIA APOSTÓLICA

En aquellas comunidades carismáticas de la Iglesia Apostólica, tal como atestiguan los escritos del Nuevo Testamento, había hombres y mujeres que poseían el don profético. Había profetas en la Iglesia de Jerusalén (Hch 15,32; 21,10), en la de Antioquía (Hch 13,1), en la de Efeso (Hch 19,6) y en Cesarea (Hch 21,9).

En el seno de las comunidades se reconocía su competencia y relevancia, y enseguida se vio cómo en el ejercicio profético, ya en un sentido más estricto, sólo ciertos miembros eran llamados por el Espíritu y, en consecuencia, reconocidos y aceptados como profetas por la comunidad.

Según San Pablo la profecía es un carisma que debe ser deseado: «por tanto, hermanos, aspirad al don de la profecía» (1 Co 14,19), «no extingáis el Espíritu; ni despreciéis la profecía; examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (1 Ts 5,19-21), porque la profecía es para la edificación de la Iglesia.

Los profetas comunicaban la palabra viva de la revelación, el plan divino de salvación del mundo y de la comunidad, la voluntad de Dios en la vida concreta de cada cristiano, como en el envío de Pablo y Bernabé (Hch 13,2). Ellos exhortaban de manera especial a los perezosos y cansados, y consolaban a los tristes (1 Co 14,31; Hch 15,32) o ponían de manifiesto la malicia oculta del hombre (1 Co 14,25).

Según la clasificación que nos da San Pablo, los profetas ocupan un lugar importante en la Iglesia Apostólica: después de los Apóstoles y antes de los Doctores o Maestros. Inmediatamente después de los Apóstoles, que poseían la plenitud del carisma y un poder total sobre las comunidades tal como el Señor les confiriera, vienen los profetas y doctores, como los más directamente ligados con aquéllos, y porque las comunidades eran edificadas y sostenidas por ellos de manera especial (Ef 2,20). Este era el fin de todos los dones del Espíritu, por lo cual se llevaron la preferencia entre los demás carismáticos.

Muy pronto se vio el peligro de los falsos profetas, de aquellos que sin razón afirmaban poseer el Espíritu presentando como mensaje del Señor lo que no era. Surgen enseguida las primeras reglas del discernimiento y el carisma del discernimiento (1 Co 12,10).

Lo mismo que ocurriera en el Antiguo Testamento, los profetas destacaban por su asiduidad a la oración, y por su trato frecuente y profundo con el Señor. Profecía y oración, si no fueron dones idénticos, estaban íntimamente unidos.

DEBILITAMIENTO DE LA PROFECÍA

Pasada la etapa apostólica disminuyó el número y la importancia de los profetas. En la segunda mitad del siglo II declina la época de los profetas en las comunidades cristianas, y ya en los comienzos del siglo III es algo que pertenece al pasado.

Generalmente se aducen dos causas para explicar este fenómeno: 1) la lucha contra los falsos profetas, principalmente aquellos que surgen entre los gnósticos, y la reacción contra el Montanismo. Esto provocó una desconfianza general y hasta un rechazo del profetismo. 2) El progreso de la institucionalización de la Iglesia, que dio pie a un debilitamiento de las fuerzas carismáticas.

Historiadores y teólogos opinan que la desaparición del profetismo fue una pérdida grave para la Iglesia y que, en cierta manera, favoreció una acentuación excesiva de los elementos institucionales y del ministerio oficial. La consecuencia fue que los carismas se desarrollaron en ciertos momentos fuera de los círculos oficiales y hasta en las áreas periféricas del cristianismo, como las sectas, por ejemplo.

Sin embargo, la manifestación de los dones del Espíritu pertenece a la esencia de la vida de la Iglesia que es carismática por naturaleza. Podemos afirmar que a lo largo de la historia de la Iglesia cada movimiento de reforma y renovación, cada santo que apareció, fue una manifestación del carisma y de la profecía, y que en cada época el Espíritu ha soplado en formas y expresiones muy variadas.

ASPIRAD AL DON DE LA PROFECÍA (1 Co 14,39)

El Magisterio supremo ha reconocido en el Concilio Vaticano II la importancia de los carismas para la edificación de la Iglesia. Sus funciones y cualidades entran dentro de las manifestaciones normales de la fe cristiana. En la Constitución Dogmática sobre la Iglesia declara: «El mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los misterios y le adorna con virtudes, sino que también reparte gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere... Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia» (LG n. 12).

Respecto al profetismo se ha dado un primer paso al afirmar: «El Pueblo Santo de Dios participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo, sobre todo con la vida de fe y caridad, y ofreciendo a Dios el sacrificio de alabanza, que es fruto de los labios que confiesan su nombren (LG, n. 12).

Si antes se consideraba el profetismo en la Iglesia como función ministerial o propia del magisterio jerárquico, ahora se reconoce su ejercicio comunitario como actividad común a todos los fieles: «Cristo, el gran Profeta, que proclamó el reino del Padre con el testimonio de la vida y con el poder de la palabra, cumple su misión profética hasta la plena manifestación de la gloria, no sólo a través de la Jerarquía, que enseña en su nombre y con su poder, sino

también por medio de los laicos, a quienes, consiguientemente, constituye en testigos y les dota del sentido de fe y de la gracia de la palabra (Cf.: Hch 2,17-18; Ap 19,10), para que la virtud del Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social (LG, n. 35).

Al mismo tiempo que saludamos con gozo este gran progreso en el magisterio eclesial respecto a la participación de los laicos en el ministerio profético de Cristo y en general en todos los dones del Espíritu, constatamos cómo dentro de toda la Iglesia, aun en las esferas donde no ha penetrado todavía la Renovación Carismática, se siente una gran necesidad del don profético.

Son las personas proféticas las que más nos ayudan a mantener vivo el Espíritu en la Iglesia (1 Ts 5,19) y a que las comunidades cristianas sean signo visible de unidad, paz y amor.

No hay posibilidad de reforma y renovación en la Iglesia sin profetismo.

Los carismas son para la Iglesia tan esenciales como el ministerio apostólico. Si los apóstoles y los profetas fueron el fundamento de la Iglesia apostólica, ¿no será esto mismo válido para nuestra época?

FUNCIONES DE LA PROFECÍA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IGLESIA

JUAN MANUEL MARTÍN MORENO, S. J.

«Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo (Hb 1,1-2).

La Renovación Carismática en la Iglesia ha venido a restaurar una imagen más completa del Cuerpo de Cristo que es su Iglesia. a devolverle el brillo y los colores a ese hermoso cuadro que por el paso del tiempo podría quedar un tanto empolvado. El carisma profético, tanto en el enfoque y atención que le presta la teología como en lo que ha de suponer de experiencia en el seno de cada comunidad cristiana, es uno de los aspectos que más necesita de esta restauración.

La profecía nos hace presente una gran verdad que siempre hemos de tener en cuenta: Dios habla. Nuestro Dios no es un dios muerto, ni un dios mudo, como los de los gentiles que «tienen boca y no hablan» (Sal 115,5). Nuestro Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, es Comunión de sí mismo. El carisma profético viene a recordarnos que Dios ha hablado por medio de su Hijo. Él es la Palabra del Padre.

Desde este punto de vista, su Palabra ya está completa. La Revelación ya terminó, y no cabe esperar nuevas revelaciones, nuevas palabras. Pero sí que es necesario actualizar cada día, a los oídos de las distintas generaciones, esta Palabra que es Jesús: hay que modularla de nuevo para cada hombre en cada circunstancia concreta. He aquí la tarea del carisma de la profecía: modular para cada generación, para cada circunstancia, para cada hombre, esa Palabra del Padre que es Jesús.

RENOVACIÓN DEL CARISMA DE PROFECÍA

Tradicionalmente la Iglesia siempre ha experimentado en su seno el don de la profecía como algo que renueva su juventud, aunque es posible que en ciertos momentos cayera en el olvido la palabra «profecía para designar este carisma.

Los grandes reformadores de la Iglesia, los maestros de espiritualidad, los fundadores de órdenes religiosas han sido verdaderos profetas.

Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, la devoción al Corazón de Jesús como reacción al moralismo jansenista, la espiritualidad de la infancia de Santa Teresita no son sino diversas manifestaciones del carisma de profecía que Dios envía para el rejuvenecimiento de la Iglesia.

Una de las grandes contribuciones de la R.C. ha sido volver a usar el nombre bíblico de «profecía» para designar esa realidad viva de la Iglesia que antes se consideraban como revelaciones privadas, corrientes de espiritualidad, etc.

Hoy podemos considerar profetas de la Iglesia a Santa Margarita María, a Carlos de Foucauld, Helder Cámara, Juan XXIII, la madre Teresa de Calcuta.

Y es interesante notar cómo este carisma profético no coincide necesariamente con el jerárquico. En numerosas ocasiones de la vida de la Iglesia la palabra ardiente del Señor no ha llegado a través de la Jerarquía_ sino por medio de personas muy sencillas, como una Bernardita Soubirous o un hermano Carlos de Foucauld. La Jerarquía ejercerá su propio carisma de discernimiento, pero el carisma profético no es exclusivo de la jerarquía.

Otra de las grandes contribuciones de la R.C. a la renovación de la profecía es el haber llamado la atención sobre el hecho de que este carisma es mucho más común y frecuente de lo que tradicionalmente se pensaba. El Cardenal Suenens habló de la democratización de los carismas, en el sentido de que no son algo reservado para espíritus muy selectos, como los que antes hemos mencionado. sino carismas «normales» que habitualmente deben darse en todas las comunidades cristianas.

Por supuesto que no todas las intervenciones proféticas tienen la misma trascendencia ni el mismo alcance para la construcción de la Iglesia. Hay palabras proféticas, como la de Carlos de Foucauld, por ejemplo, que han revolucionado la Iglesia y han renovado hasta los mismos cimientos de la concepción de la vida consagrada.

Pero también es profecía la palabra pronunciada en un pequeño grupo de oración, que no tiene más trascendencia que traer un poco de consuelo a una persona que está sufriendo una gran angustia. O la palabra de un simple laico que con temblor pide audiencia a su obispo para presentarle sus temores sobre algún error que se está cometiendo en el gobierno de la diócesis. La trascendencia de los tres casos mencionados es muy diversa, pero en todos ellos nos encontramos con el ejercicio de un mismo carisma: la profecía, que no es más que hablar en nombre de Dios y comunicar su mensaje con poder.

A veces se desconfía de los profetas y de sus denuncias. Se teme la intromisión de los «no iniciados» en la dirección de la Iglesia. O por temor a los falsos profetas se llega a eliminar la profecía de las comunidades.-Semejante actitud es como si se impidiera aprender a leer a los niños para evitar que lleguen a leer libros malos. Ya en el siglo 111 se quejaba San Ireneo de esta actitud: «Desgraciados aquellos que para evitar falsos profetas rechazan el carisma de la profecía. Actúan como quien se apartase de la comunión con sus hermanos para evitar el riesgo de caer en la hipocresía» (Adversus Haereses 111, 11,9). Es olvidar la recomendación de San Pablo: «No extingáis el Espíritu; no despreciéis la profecía» (1 Ts 5,19-20).

EL LENGUAJE DE LA PROFECÍA

La profecía se transmite con formas de lenguaje muy diversas. En la R.C. la identificamos con cierto estilo literario en que se expresa el mensaje de Dios en primera persona. como, por ejemplo: «Hijos míos, pueblo mío, Yo soy vuestro Dios, etc... ». Es el lenguaje clásico de la profecía, pero el mensaje de Dios nos puede llegar de muchas otras maneras. En nuestros grupos de oración hemos escuchado palabras tremendamente proféticas y de gran trascendencia para el grupo que fueron expuestas según este estilo.

El mensaje profético de Dios a veces ni siquiera viene dado en palabras. Puede ser un gesto sencillo o la acción del hermano la que resultó profética para mí. Por ejemplo, la sonrisa de un hermano en el grupo puede ser un mensaje muy personal de Dios, un gesto profético que habla más que mil palabras.

¡Cuántos han comprendido el amor que Dios les tiene al recibir el abrazo de paz de un hermano! Este abrazo ha sido profético. Basta recordar que los profetas de Israel profetizaban también con el gesto y la palabra.

Otras veces nos puede llegar la profecía a través de la música, o en visión o en sueño. San Pablo nos habla de «cánticos inspirados» (Col 3,16). El ministerio de la música deben ejercerlo personas que tengan cierto carisma. El escoger determinado canto en cierto momento de la oración puede significar un claro mensaje de Dios para la comunidad o para alguno de sus miembros.

La canción inspirada que se improvisa en ciertos momentos de la oración puede llegar a convertir un corazón, como fue para San Agustín aquel niño que cantaba el «toma y lee».

El destinatario de la profecía puede ser toda la Iglesia, como en el caso de Juan XXIII, o una comunidad concreta, como en el caso de las Iglesias del Apocalipsis.

Otras veces se trata de un mensaje recibido para una persona concreta, como el que recibió Ananías para transmitir a Pablo que acaba de convertirse (Hch 9,10-16), o el que llegó a Pedro en una visión para Cornelio (Hch 10,1-43).

A veces la profecía puede ser para un miembro concreto de la comunidad. pero el que la recibe no sabe para quién es. En algunas ocasiones hemos experimentado cómo después de una profecía se ha levantado un hermano y se ha identificado diciendo: «Esas palabras eran para mí».

DISTINTAS FUNCIONES DE LA PROFECÍA

Las diversas funciones que la profecía tiene dentro de la vida de la comunidad están resumidas en la vocación de Jeremías: «para extirpar y destruir... para edificar y plantar» (Jr 1,10).

En todos los libros de los Profetas podemos distinguir dos partes: una, de denuncias y amenazas, y otra, de promesas y exhortaciones. Corresponden a las dos partes de la función profética: destruir y construir.

Un profeta puede pecar o por sólo comunicar mensajes agradables (Cfr.: 1 R 22,5-38), o por no anunciar más que mensajes condenatorios, denuncias amargas, planteamientos pesimistas.

Quizá algunos sectores de la Iglesia de hoy se han limitado a la denuncia profética amarga y aun les falta por escribir el libro de la consolación: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice el Señor (Is 40,1).

a) Revelación

Dentro del objetivo de plantar y construir, una de las principales funciones de la profecía es la de revelar. Por supuesto que no se trata de nuevas revelaciones dogmáticas, sino que nos revela los secretos de los corazones. A veces una palabra profética saca a flote recuerdos enterrados en el subconsciente de una persona, como tantas veces hemos presenciado en la sanación de recuerdos.

Quizá nos revele la profecía el sentido de algún episodio de nuestra vida que nunca habíamos llegado a comprender, llevándonos así a un mayor conocimiento de nosotros mismos.

Ejemplos de profecías revelatorias los hallamos por doquier en la Escritura. Simeón descifra a María el sentido de su vocación de madre de Jesús y el destino más universal de ese niño que toma en sus brazos.

Jesús desvela a la Samaritana lo más profundo de su vida, y ella tiene que proclamar: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho» (Jn 4,29).

A este tipo de profecía se refiere Pablo cuando dice: «Si todos profetizan y entra un infiel o no iniciado... los secretos de su corazón quedarán al descubierto, y postrado rostro en tierra adorará a Dios, confesando que Dios está verdaderamente entre vosotros» (1 Co 14,24-25).

Dentro de las profecías revelatorias incluimos aquellos casos más excepcionales en los que se da una revelación sobre el futuro. Para mucha gente éste es el significado típico de la palabra profecía: predicción del futuro. Para nosotros la profecía tiene un sentido mucho más amplio, pero no excluimos todo este sentido de predicción que se da en contadas ocasiones. Así, por ejemplo, el profeta Agabo predijo una gran hambre que había de venir (Hch 11.28), y Jesús predijo su Resurrección, las negaciones de Pedro, la destrucción de Jerusalén.

b) Dirección

Otras veces con la palabra profética, especialmente en momentos de discernimiento, manifiesta el Señor su voluntad muy concreta respecto a una persona o una comunidad. Así fue como por inspiración profética fueron enviados Pablo y Bernabé como misioneros (Hch 13,2).

En la Comunidad «Magnificat», a la que pertenezco, el Señor ha manifestado en repetidas ocasiones su voluntad por medio de la profecía. Tenemos un cuaderno en el que vamos copiando todas las palabras que nos han sido dirigidas desde el comienzo de la comunidad, y su contenido es tema de meditación para todos nosotros, especialmente para el equipo de discernimiento a la hora de tomar decisiones en el Señor.

Por supuesto que la presencia de este carisma de profecía no nos exime de usar también el sentido común, otro precioso don que también hemos recibido del Señor.

c) Denuncia

Esta clase de mensaje nos lo da el Señor a veces denunciando a las personas y comunidades, y todas aquellas acciones y estructuras que no están de acuerdo con la voluntad de Dios. Recordemos a Natán presentándose ante David, a Juan el Bautista ante Herodes, a Amós ante el lujo y la opresión de los ricos de su tiempo.

Mi impresión personal es que en los grupos de la R.C. se ejercita poco la denuncia profética. Las profecías más frecuentes son del tipo consolatorio. Pero no debemos olvidar que el Señor tiene muchas cosas que corregir en nuestras comunidades, como tenía que corregir en las siete iglesias de las que habla el Libro del Apocalipsis.

d) Exhortación

Entre los objetivos citados por San Pablo está el de la exhortación: «El que profetiza habla a los hombres para su consolación, exhortación y edificación» (1 Co 14,3). De los profetas Judas y Silas en Antioquía se nos dice que exhortaban a los hermanos y les confortaban (Hch 15,32).

Muchas de las profecías que se pronuncian en nuestros grupos de oración son meramente exhortativas. No contienen orientaciones concretas, ni revelaciones, ni denuncias, ni predicciones. Se limitan a exhortarnos a crecer, esperar y amar. Su finalidad es animar, fortalecer, alegrar, pacificar, serenar los ánimos, ahuyentar temores y angustias.

En este sentido la profecía ocupa un lugar capital en el culto. Hay días en que la oración resulta muy apagada y sin inspiración, pero como resultado de las palabras de un hermano, no necesariamente en «estilo profético, toda la comunidad se siente inflamada y sobrecogida ante una presencia especial del Señor. Lo importante de las palabras no ha sido el contenido de ideas, sino su valor para hacer experimentar la presencia del Señor y hacer subir de tensión la oración comunitaria. Por esto es muy de desear que los que dirijan la oración estén dotados de este carisma profético de «exhortar», para poder así levantar el espíritu de la comunidad en oración.

CRITERIOS PARA DISCERNIR LA PROFECÍA

XAVIER QUINCOCES I BOTER

Si leemos atentamente lo que la Escritura nos dice acerca de la profecía, fácilmente podemos descubrir que cualquier mensaje que se trate de dar a la comunidad puede provenir de una fuente muy distinta: o de Dios, o de nuestra naturaleza humana, o del espíritu del mal.

- La exhortación, la denuncia o la predicción que se pronuncia sobre la asamblea quizás esté inspirada por el Espíritu Santo y entonces se trata de una palabra profética a la que hemos de prestar toda nuestra atención y dar la respuesta que el Señor espera de nosotros.

- Pero quizá no sea más que producto de la inteligencia, de la imaginación, de la emotividad del que habla. En este caso es una palabra o reflexión simplemente humana que no alcanza la categoría de profecía, y que si es inofensiva podemos dejarla pasar.

- O, en el peor de los casos, pudiera ser una palabra inspirada por el espíritu del mal, por la «prudencia de la carne, y entonces sería una falsa profecía contra la que el Señor nos previene rotundamente en el Evangelio para que nos guardemos del mal que encierra (Mt 7,15-20).

Esto nos da una idea de lo necesario que es el discernimiento para el recto ejercicio del don de la profecía.

El Señor da al que ejerce la profecía y a la comunidad el discernimiento necesario: ambos deben compartir esta responsabilidad de discernir, cumpliendo aquello que dice San Pablo: «examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (1 Ts 5,21).

Hay unos criterios básicos que siempre se han de tener en cuenta, tanto por el que da el mensaje, antes de expresarlo, como por la comunidad que lo recibe. No se pretende con ello encadenar al Espíritu que «sopla donde quiere (Jn 3,8), sino el que sepamos aprender a escuchar al Señor cuando nos habla.

1 - CONFORMIDAD CON LA PALABRA DE DIOS EN LA BIBLIA.

Se entiende con la palabra de Dios escrita tal como comúnmente la acepta e interpreta la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo. El Señor nunca se contradice con lo que nos dice ahora y nos dijo hace siglos. «Siendo Jesús la revelación preeminente de Dios al hombre, toda profecía, toda enseñanza y toda sabiduría acerca de Él. tiene su raíz y origen en la Palabra de Dios (KEVIN-DOROTHY RANAGHAN, Pentecostales Católicos, Logos International 1971, pág. 147).

Es por tanto una conformidad con la fe, y, en concreto, con la confesión de Cristo.

Hay dos textos fundamentales que así nos lo enseñan:

«Por eso os hago saber que nadie, hablando con el Espíritu de Dios, puede decir: « ¡Anatema es Jesús! »; y nadie puede decir: « ¡Jesús es Señor! », sino con el Espíritu Santo (1 Co 12,3).

«Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo. Podréis conocer en esto el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiese a Jesucristo venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiese a Jesús, no es de Dios; ése es del Anticristo» (1 Jn 4,1-3).

Por esto, tanto el profeta como la comunidad, necesitan poseer un conocimiento muy completo de la Escritura: el uno, para saber antes de hablar que su palabra es conforme con la Escritura, y la comunidad, para poder fácilmente confirmarla.

2 - CONFORMIDAD CON LA MANIFESTACIÓN ANTERIOR DEL ESPÍRITU

Generalmente una profecía en cualquier asamblea o celebración no es una declaración aislada. No es una declaración aislada en el conjunto de la Iglesia, ya que el Espíritu fue dado a toda la Iglesia y a todos los fieles y no puede haber oposición entre el consentimiento general de la fe y los profetas particulares.

Tampoco es una declaración aislada en el conjunto de lo que el Señor está hablando a una comunidad determinada. El Señor suele seguir una línea, de forma que lo que dice ahora es complemento de lo anterior. Debe haber una correspondencia con lo que el Señor ha dicho también a otros y con los textos que han salido.

Por esto los profetas están también sometidos a la comunidad y en cierta manera son juzgados por ella. Igualmente enseña San Pablo: «Los espíritus de los profetas están sometidos a los profetas, pues Dios no es un Dios de confusión sino de paz (1 Co 14,32-33).

El falso profeta no está dispuesto a este sometimiento y trata de lanzar su mensaje en el círculo de los cristianos débiles o vacilantes. Allí en cambio donde haya hombres llenos del Espíritu quedará anulado.

En las grandes concentraciones, como son las asambleas nacionales e internacionales, el ministerio del discernimiento de la profecía se realiza a través de un grupo de hermanos a los que sus respectivas comunidades reconocen este don. Todos los mensajes que se quieran comunicar a la asamblea se han de presentar por escrito a este grupo al que se ha encomendado el ministerio de la palabra profética. Es frecuente que los mensajes que reciban giren en torno a una misma idea, por lo que se agrupan en una sola Profecía que en el momento oportuno se leerá a la asamblea. Aquellos mensajes que según las normas del discernimiento no reúnen las condiciones exigidas quedan descartados.

En cada grupo o comunidad el equipo de responsables es quien ejerce este discernimiento, procurando estar muy atentos al camino que sugiere el Señor.

Cuando se advierte que un hermano profetiza repetidamente sin inspiración se le debe advertir a solas con todo amor instruyéndole en el discernimiento de la profecía.

3 - UNCIÓN.

Si la profecía es transmitir un mensaje de parte de Dios, en el profeta verdadero se da siempre un sentimiento de temor e indecisión para proclamar su Palabra, como ocurriera en Isaías: « ¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros y entre un pueblo de labios impuros habito! (Is 6,5), o en Jeremías: «¡Ah, Señor Yahvéh! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho. Y me dijo Yahvéh: No digas: "Soy un muchacho", pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás» (Jr 1,6-7).

Pero el Señor hace sentir en él su voluntad para que hable, y esto por medio de un conjunto de indicaciones, que es lo que llamamos unción.

La unción es como un poder del Espíritu, una urgencia o necesidad de transmitir el mensaje. con la convicción interior de que viene de Dios y una paz profunda después de haber obedecido a esta insinuación. Puede variar mucho de un individuo a otro. A veces implica también sensaciones físicas, que no deben extrañar, pero que tampoco deben considerarse como necesarias. Nunca es una necesidad incontrolada de hablar.

La inspiración profética es algo más que una experiencia espiritual interna. Es el encuentro con una realidad viva y concreta: la persona de Dios y su Palabra.

4 - EDIFICACIÓN DE LA COMUNIDAD.

Edificar significa: alentar, despertar el arrepentimiento, fortalecer el amor de Dios, consolar o cualquier otro fruto bueno.

Hay algo dentro de nosotros que siempre puede reconocer el Espíritu de Dios cuando entramos en contacto con Él. Los frutos que la profecía produce en la comunidad y en nosotros mismos son un medio de discernimiento.

La comunidad que está en el Espíritu posee una gran sensibilidad para captar la verdadera palabra inspirada. Es por esto por lo que la profecía sólo tiene sentido dentro de la comunidad y nadie se puede autoproclamar profeta, ni menos pretender poseer él solo el Espíritu.

Todo el que posee un don espiritual lo ha de ejercer siempre en beneficio de la comunidad cristiana y por tanto ha de someterse a los responsables de la misma. Rehusar la corrección o el discernimiento de su mensaje sería causar disensión y división. Y por esto mismo dejaría de ser instrumento útil para hacer llegar la palabra de Dios a su pueblo.

Si el profeta puede discernir las palabras que él habla, la comunidad de la que forma parte, por estar integrada por hermanos comprometidos, sometidos al Señor y unos a otros, que oyen atentamente su palabra, en los que se cumple la promesa del Señor de escribir su Ley en sus corazones, esta comunidad puede estar más dotada con dones naturales y sobrenaturales para hacer el discernimiento.

Por esto hemos de desconfiar de los que dejan sus grupos y van solos sin aceptar el discernimiento de los hermanos.

Para terminar, recordemos siempre que la palabra inspirada es una gracia del Señor para los grupos, que les ayuda a crecer en la fe y a caminar en el Espíritu. «Deseo que habléis todos en lenguas; prefiero sin embargo que profeticéis..(1 Co 14,5).

Si estamos centrados en el Señor durante la oración del grupo es muy explicable que esperemos que Él nos hable y que le prestemos toda nuestra atención haciendo momentos de silencio, sobre todo después del canto en lenguas o de profunda alabanza. Una vez recibido su mensaje, lo acojamos con gozoso agradecimiento y sepamos guardarlo en nuestro corazón.

ELEMENTOS PARA UNA RENOVACIÓN AUTÉNTICA

CARDENAL L. J. SUENENS

Este texto es el capítulo V del reciente documento publicado por el Cardenal Suenens bajo el título «Ecumenismo y Renovación Carismática» (se le conoce también con el nombre de Documento Segundo de Malinas).

I. Necesidad de un análisis crítico.

Nadie puede negar que, a pesar de la crisis que atraviesa la Iglesia, el Espíritu Santo continúa actuando fuertemente en ella. La Renovación ha desarrollado un nuevo acercamiento entre los cristianos y ha hecho dar al ecumenismo un paso adelante muy importante a nivel del pueblo de Dios. Una-reunión como la de Kansas City en julio de 1977 muestra claramente que «el Espíritu habla a las Iglesias» y que el pueblo cristiano escucha su voz. No debemos caer, sin embargo, en un ecumenismo eufórico, que con el calor de una fraternidad recobrada olvide las dificultades doctrinales aún no resueltas.

-Cuando se habla de acción del Espíritu sin precisar el lugar y el sentido de las estructuras sacramentales y el sentido de la cooperación humana,
- cuando se habla de fe sin clarificar el contenido esencial,
- cuando se rechaza el definir una misma fe eucarística y el papel y la función de quien preside la cena del Señor,
la inter comunión es un problema y no estamos más que en el umbral del ecumenismo en «Espíritu y verdad».

Esta exigencia de claridad concierne en primer lugar a los dirigentes de la Renovación Carismática, pero corresponde también a sus miembros, que deben tener ideas claras. «La verdad os hará libres», dijo el Señor. Es preciso tener la osadía de creer que la Verdad y el Amor no son más que una misma cosa, tanto en Dios como en la vida de los hombres.

Examinemos, pues, algunos puntos neurálgicos, del mismo modo que en la desembocadura de un río se señalan los arrecifes y los bancos de arena para navegar mejor y llegar a buen puerto.

Como señalan los redactores del primer documento de Malinas:
«Es preciso usar de gran delicadeza y discernimiento para que no se extinga lo que el Espíritu está obrando en todas las iglesias con el fin de reunir a los cristianos.

Hay que ejercer semejante delicadeza y discernimiento para que las dimensiones ecuménicas de la Renovación no den margen a divisiones y tropiezos. La sensibilidad a las necesidades y puntos de vista de otras comuniones no tiene por qué hacer a católicos y protestantes menos auténticos en sus respectivas tradiciones. En aquellos grupos cuyo conjunto de miembros sea ecuménico, se recomienda que se llegue a un entendimiento sobre

cómo preservar la unidad fraterna, salvaguardando, no obstante, la autenticidad de la fe de cada miembro.

Tal concordia, elaborada ecuménicamente, debe considerarse como parte integral de la instrucción dada a las personas en los círculos de oración». (Orientaciones teológicas y pastorales de la Renovación Carismática Católica, Aguas Buenas, Publicaciones Nueva Vida, p. 58).

Para responder a este deseo de autenticidad recíproca, el católico debe tener anteriormente un conocimiento serio de su propia fe, especialmente del misterio de la Iglesia, que debe comprender y vivir en su realidad profunda. No puede, bajo pretexto de caridad, dejarlo de lado. Amor y verdad no se excluyen: lo uno llama a lo otro.

Este sentido «eclesial» permitirá poner una atención particular en evitar los peligros, para no perderse por otros caminos o por callejones sin salida.

Señalaremos ahora algunas dificultades de este tipo -sin querer ser exhaustivos-, empezando por llamar la atención sobre el vocabulario que se emplea.

II. Ambigüedades de lenguaje.

Toda la importancia que se dé a la exactitud en las palabras es poca. Un día le preguntaron a un sabio chino: «¿Qué haría usted si fuese el maestro del mundo?». Y él contestó: Devolvería a las palabras su auténtico sentido.

Aunque parezca muy paradójico, un lenguaje común puede engendrar malos entendidos si la semejanza de las palabras contiene y esconde concepciones incompatibles entre sí. Cuando uno aprende un idioma extranjero, las palabras más difíciles de usar son las que tienen sonido igual, pero contenido distinto. Nuestro vocabulario común carismático puede inducirnos recíprocamente a error. Debemos analizar lealmente las diferencias; no podemos superarlas si no las reconocemos. Citemos, como ejemplo, el término «bautismo en el Espíritu que encierra teologías distintas.

El «bautismo en el Espíritu»

La palabra más usada en medios carismáticos es, sin lugar a dudas, «bautismo en el Espíritu. Es la palabra clave, pues designa la experiencia inicial de conversión de donde mana el resto. Por consiguiente, es de gran importancia la pregunta: ¿qué realidad subyace en esta palabra?

Desgraciadamente, no es raro oír en medios católicos a alguno que dice: «me hice cristiano tal día», refiriéndose al día en que recibió el bautismo en el Espíritu. Ambigüedad peligrosa en boca de quien ha sido bautizado sacramentalmente de niño y se hizo cristiano aquel día. Indudablemente quiere decir que tomó conciencia de su cristianismo a raíz de este bautismo en el Espíritu, que ha cambiado y marcado su vida. Se comprende que hable con entusiasmo de su experiencia, pero es importante que vigile su vocabulario. La expresión podría llevar a una grave desviación doctrinal si llegase a significar una especie de superbautismo para uso de un grupo reducido de cristianos. La ortodoxia y la humildad necesarias se conjugan aquí, en una exigencia común de verdad verbal y de verdad a secas.

III. Tradición viva y Palabra de Dios.

Tradición y Escritura.

Uno de los temas ecuménicamente más discutidos es el de las relaciones entre la Tradición y la Escritura.

¿Estamos en presencia de una o de dos fuentes de la Revelación? Los puntos de vista se han acercado notablemente a causa de haber centrado la atención en su implicación recíproca bajo diversos ángulos. Esto condiciona evidentemente la lectura de la Escritura, que el católico lee en Iglesia y dejándose guiar e iluminar por ella.

Hablando de las responsabilidades de los catequistas, Pablo VI dijo: «Deben comunicar la Palabra de Dios tal como ha sido manifestada por la Revelación divina y vivida en la Tradición de la Iglesia y explicitada en los enunciados del Magisterio» (Discurso a los obispos holandeses, noviembre 1977).

Esta densa fórmula indica la marcha normal del Espíritu con respecto a la Palabra de Dios.

Esta Palabra se nos manifiesta en la Revelación divina. Nuestra fuente común es la Palabra de Dios que recibimos en la Iglesia por el canal de la Biblia y de la Tradición.

El Vaticano II ha formulado así el pensamiento de la Iglesia, en la Constitución sobre la Revelación, núm. 10: «El oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado únicamente al Magisterio de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo. Pero el Magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, la escucha devotamente, la custodia celosamente, la explica fielmente; y de este depósito de la fe saca todo lo que propone como revelación por Dios para ser creído».

Tradición y Escritura están estrechamente unidas, brotando ambas de una idéntica fuente divina.

Esta «ósmosis» entre Tradición y Escritura ha sido expresada con gran acierto por el ecumenista católico George H. Tavard, en los términos siguientes: «El secreto de la reintegración o de la unidad cristiana o, si se prefiere, de la teología del ecumenismo, se encuentra en una vuelta a una concepción mutuamente inclusiva de la Escritura y de la Iglesia. La Escritura no puede ser Palabra de Dios si se la separa y aísla de la Iglesia que es la esposa y el cuerpo de Cristo. Y la Iglesia no podría ser la esposa y el cuerpo del Señor si no hubiese recibido como don la comprensión de la Palabra. Estas dos fases de la visita de Dios a los hombres son aspectos de un mismo misterio. En último análisis son uno, uno en su dualidad. La Iglesia implica la Escritura como la Escritura implica la Iglesia» (Holy Writ or Holy Church, London 1959, p. 246).

Interpretación bíblica

Y esto implica como consecuencia que no se puede divorciar en el tiempo Escritura y Tradición basándose -a partir únicamente de la exégesis- en una Escritura primitiva más válida que otra, porque es más antigua en el tiempo. No se puede poner la base del diálogo ecuménico en la capa considerada como más primitiva en la Escritura, y que debería ser reconocida como el único terreno común válido para empezar cualquier discusión.

Reaccionando contra lo que podría llamarse «primitivamente bíblico, el distinguido ecumenista y teólogo Avery Dulles ha escrito sobre un libro reciente: «Aparentemente el autor cree que favorece la unidad de las Iglesias pidiéndoles sacrificar lo que es propio de cada tradición, y luego reconstruir de nuevo a partir de una lectura del Nuevo Testamento, estudiado con un método neutro de pura crítica histórica. Esto puede tentar a algún protestante liberal, pero, a mi modo de ver, no será aceptado por la mayoría de protestantes ni mucho menos por los anglicanos, ortodoxos, católicos. Creo personalmente que es mucho más útil intentar armonizar y poner en diálogo positivamente las diferentes tradiciones cristianas en su originalidad propia. En los diálogos de tipo reduccionista la Biblia desempeñará sin duda un papel importante, pero la exégesis no tendrá necesariamente la última palabra».

Palabra de Dios individual

Si la Palabra de Dios se lee, se recibe, se vive en Iglesia, hay que señalar también el papel de ésta cuando el cristiano cree recibir una «palabra de Dios», dirigida individualmente.

Aquí también el vocabulario puede inducir a error, por falta de matices. Demasiado fácilmente, por transposición de la forma de hablar de los profetas del Antiguo Testamento, se usa la expresión: «Dios me ha dicho que... Dios os invita a... ». Se tendría que estar atentos a la modestia en la expresión. Ralph Martin,, en su libro «Hungry for God» invita a la prudencia en el uso de esta expresión: «Algunas personas... pueden sentirse frustradas cuando oyen a otras expresarse sin cesar en un lenguaje de aire místico. Ocurre que auténticos movimientos de renovación espiritual engendran una especie de jerga que puede inducir a error sobre la verdadera naturaleza de ciertas experiencias. Cuando algunos dicen: «Dios me ha dicho esto, Dios me ha dicho, lo otro», pueden sugerir una imagen muy equivocada de lo que ocurre realmente.

Las personas que desconocen este lenguaje... tienen entonces el sentimiento de que viven en otro universo espiritual, cuando no es verdad. En efecto, esta forma de expresarse significa la mayoría de veces: «tengo la impresión de que Dios me ha dicho o me ha mostrado tal cosa» o «me ha parecido que esto venía del Señor». Normalmente, no se oye una voz, ni siquiera una moción interior, como en el caso de la experiencia profética, sino más bien un sentimiento, una impresión que puede ciertamente venir de Dios, pero no con esa evidencia ni esa inmediatez que sugiere la fórmula empleada». No existe un hilo directo que nos pone en comunicación con el Espíritu Santo; esas palabras pasan siempre a través de la conciencia y del subconsciente de quien cree percibir las. Por eso es necesario someterlas a un

examen crítico. La «inspiración de Dios» -suponiéndola auténtica en un caso concreto- no elimina ni la participación ni la complejidad de las mediaciones humanas más diversas.

Una experiencia siempre mediata

Los testimonios que evocan la acción carismática del Espíritu le atribuyen generalmente un carácter de inmediatez. Ocurre lo mismo en los textos procedentes del profetismo bíblico y de las experiencias místicas en general.

Sin embargo, es preciso señalar que esta clase de literatura ha sido estudiada profundamente desde hace tiempo y ya no puede interpretarse de forma simplista. La experiencia cristiana, como experiencia, no comporta nunca la evidencia absoluta de un contacto con Dios por más intensa o gratuita que sea para la subjetividad de quien la recibe.

La experiencia mística, explica J. Mouroux (*L'expérience chrétienne*, p. 369), capta ciertamente el misterio divino, pero a través de una mediación creada. Esta experiencia «no realiza la posesión plena de su objeto, es una refracción del Objeto Divino a través del impulso espiritual, y la fruición de Dios que sigue a esta posesión imperfecta no es más que un oscuro pregonar de la bienaventuranza. Esta transcendencia absoluta de Dios (...) relativiza de golpe y de forma esencial toda la experiencia cristiana (...). Se comprende entonces que comporta, en su misma estructura, oscuridad, temor, esperanza (...). La experiencia cristiana es la toma de conciencia de esta posesión magnífica, pero parcial, oscura, germinal, amenazada».

Por tanto, es normal que en cada generación los maestros espirituales vuelvan al tema fundamental del «discernimiento de espíritus», en otras palabras: «¿cómo saber con alguna certeza que se trata del Espíritu o bien de ciertos espíritus?». Esta pregunta vuelve una y otra vez a lo largo de los siglos de una forma constante; y la respuesta que se le da no satisface nunca plenamente, a causa de la complejidad de las situaciones concretas. ¿No es éste un indicio o una prueba de la utilidad real, a veces de la necesidad, de una ayuda, de un consejo, de un eventual arbitraje? No para «apagar el Espíritu» (1 Ts 5,19), sino para liberar «al Espíritu de presiones humanas ineluctables y de las desviaciones inconscientes». «Verificado todo: retened lo bueno», decía S. Pablo (1 Ts 5,21).

IV. Maternidad de la Iglesia y discernimiento de espíritus.

El discernimiento de espíritus es un problema delicado de resolver no sólo en el seno de la Iglesia católica, sino para todas las confesiones cristianas.

San Ignacio, en su tiempo, trazó reglas preciosas, siempre válidas. Es necesario actualizarlas sin cesar y adaptarlas para no traicionar o falsear la acción de Dios. El católico, también en este campo, tiene necesidad de reconocer y aceptar la dirección maternal de la Iglesia.

Esto es cierto especialmente para la Renovación que es una gracia que hay que acoger, pero que hay que conservar intacta.

Una gracia que hay que acoger

La renovación carismática es una gracia que invita a la opción a la Iglesia de nuestro tiempo.

Nos interpela a todos, pastores y fieles, y nos invita a intensificar el vigor de nuestra fe y a suscitar nuevas formas de vida cristiana, en un compartir fraterno, imagen del cristianismo de la Iglesia primitiva.

En la crisis que atravesamos realiza para muchos cristianos una función de suplencia para alimentar su vida religiosa donde a nuestra liturgia le falta ánimo y empuje, a nuestra predicación fuerza en el Espíritu, a nuestra pasividad coraje apostólico.

Necesidad de una selección

Pero, si bien la renovación carismática es una gracia que hay que acoger, no será portadora de vida si no se deja ella misma interpelar y guiar por la Iglesia, en la comprensión exacta y en la realización de cada uno de los carismas y de la vida en el Espíritu.

La sabiduría secular de la Iglesia, alimentada por una larga tradición espiritual y mística, vivificada por el ejemplo de los santos a través de los siglos, ofrece en este campo consejos, estímulos, protecciones, de los que no se puede prescindir impunemente.

Las conferencias episcopales que hasta ahora se han pronunciado sobre la Renovación Carismática han señalado al mismo tiempo su ánimo y ciertas reservas que hay que tener presentes.

Para comprender la situación actual y juzgarla con equidad, hay que recordar que la renovación católica nació en un momento de grave crisis para la Iglesia. En la década 1967-1977 es en la que una especie de «depresión» espiritual provoca numerosas defecciones sacerdotales y religiosas; pero, aún más, es en la que la secularización, la desmitologización, el neopaganismo y el naturalismo ambiente crean como un vacío religioso; por una especie de reacción muy sana, este vacío ha hecho nacer entre los mejores la aspiración a un cristianismo lleno de savia, a un radicalismo en la fe.

En el momento en que la Renovación Carismática aparece en los Estados Unidos, con el despertar de dones y carismas del Espíritu Santo, la literatura que se ofrecía sobre estos temas era generalmente de inspiración pentecostalista o «evangélica». Es conocido el éxito del libro de David Wilkerson, *La Cruz y el Puñal*, y tantos otros libros o folletos de divulgación. Ofrecían de forma entremezclada escritos espiritualmente estimulantes e interpretaciones fundamentalistas de la Escritura.

Este indispensable discernimiento no ha sido hecho en la escala debida, porque muy a menudo los responsables pastorales se mantienen con reservas, en lugar de dejarse interpelar ellos mismos por la gracia de la Renovación.

En un documento redactado a petición mía en Roma, en 1973, por el teólogo Kilian Mc Donnell O.S.B. y aprobado por un grupo internacional de teólogos carismáticos, se podía leer ya entre líneas una llamada a la solicitud maternal de la Iglesia.

«En algunos vemos un sobrenaturalismo exagerado en cuanto a los carismas, una preocupación excesiva en este tema. Hay a veces miembros de la Renovación que ven demasiado rápido una influencia demoníaca en una manifestación que consideran que no es de Dios. O la opinión que parece indicar que si se tiene el Evangelio ya no se tiene necesidad de la Iglesia.

A nivel sacramental hay quienes oponen la experiencia subjetiva de la salvación y la celebración de los sacramentos.

No se vigila siempre suficientemente la formación teológica de los que las diversas comunidades consideran llamados a ministerios específicos. Algunos crean una oposición de hecho entre la necesidad de la fuerza transformante del Espíritu y la formación teológica.

Algunos «líderes» se muestran poco dispuestos a escuchar atentamente la crítica que procede de la misma Renovación o de otras partes.

Finalmente, algunos no han percibido todavía las implicaciones sociales inevitables que suponen el «vivir en Cristo y en el Espíritu». En algunos casos hay un compromiso social real, pero este compromiso es superficial, en el sentido que no toca las estructuras de opresión y de injusticia».

La vida espiritual es una navegación delicada donde hay que evitar al mismo tiempo un naturalismo «reduccionista» y racionalista y una sobrecarga sobrenaturalista. El auténtico sobrenatural se sitúa entre Caribdis y Escila. Para descubrirlo y vivirlo de verdad, necesitamos el discernimiento de la Iglesia que se beneficia de una amplia experiencia en esta materia. El ecumenismo se beneficiará siempre de que los cristianos se encuentren en la vivencia de los diversos carismas que el Espíritu otorga a su Iglesia. Pero también aquí es importante que los situemos juntos en su verdadera perspectiva, sin minimizarlos ni exagerarlos.

V. Discernimiento de carismas concretos.

Hemos dicho ya que los carismas, según San Pablo, son dones otorgados a la Iglesia para su edificación. Por tanto, es normal que la Iglesia los ilumine con su sabiduría y su propio discernimiento. En presencia de un despertar tan grande, conviene que las conferencias episcopales respectivas den directivas en esta materia. Es sorprendente ver, por otra parte, cómo coinciden.

No podemos examinar aquí cada uno de los carismas. Existen numerosos estudios sobre los carismas del Espíritu según la Escritura, pero nos faltan estudios teológicos profundos sobre la vida carismática hoy.

Desearíamos que hubiese teólogos que se consagrasen a esto, sobre todo los que tienen un conocimiento personal de la Renovación. Un día un teólogo protestante me dijo que había

tenido que revisar profundamente sus clases de exégesis cuando experimentó él mismo algunas páginas de San Pablo sobre los dones del Espíritu.

Este trabajo sería una aportación preciosa para el Magisterio para que pueda realizar plenamente la función que el Concilio le recuerda: «El juicio de la autenticidad de los dones y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno (c. 1 Ts 5,12.19-21)» (Lumen Gentium, número 12).

Bajo la expresión «probarlo todo» se esconde la invitación a no juzgar desde fuera, sino a probarlo desde dentro, en simbiosis y simpatía. Implica también el deber de realizar las investigaciones interdisciplinarias que se imponen, pues la teología y las ciencias humanas tienen que unirse aquí.

Como ejemplo, nos detendremos en algunos aspectos de los carismas, que son problemáticos y cuyas repercusiones ecuménicas se notan. Es útil señalar que en el campo del discernimiento de los carismas, las principales Iglesias cristianas tradicionales comparten muy a menudo nuestra óptica católica en lo que concierne a las interpretaciones corrientes en ciertas comunidades «evangélicas» o pentecostales. Ignorarlo sería hacer ecumenismo contra corriente.

El profetismo en el seno de la Iglesia

El carisma de la profecía es un carisma delicado de interpretar.

Un profetismo al margen, sin relación vital con la autoridad apostólica y profética del Magisterio de la Iglesia, puede llegar a formar una Iglesia «paralela» y desviarse, constituyendo finalmente una secta.

Una larga historia de desviaciones en este sentido invita a la prudencia. Hay que acoger la realidad de los dones proféticos en la Iglesia, pero es preciso que los profetas estén en última instancia sometidos a los pastores. El discernimiento de la profecía no es algo aislado: se necesita una sólida formación espiritual y un tacto no común. El fiel católico se dejará aconsejar, y someterá normalmente al juicio del obispo la palabra interior que cree haber recibido si comporta serias implicaciones para la comunidad. Los dones de Dios a su Iglesia - y el don de profecía es uno de ellos- se sitúan en el Don primero y fundamental que no es otro que la misma Iglesia en su misterio.

Los dones que en la historia han vivificado, renovado o hecho progresar a la Iglesia han sido dados por Dios dentro del don fundamental. Le están sometidos. Están ordenados a la vida de la Iglesia. para hacerla más viva y más fecunda. Han sido dados por el Padre para encaminar a la Iglesia hacia la plenitud del Cuerpo místico de Cristo. Esta plenitud está contenida totalmente -aunque no completamente desvelada- desde los orígenes de la fundación, en el don mismo de la Iglesia en Jesucristo.

Así Francisco e Ignacio, Teresa y Domingo y todos los demás, siempre y en todas partes, han comprendido que el don particular que habían recibido estaba ordenado a este gran don fundamental. Han vivido de hecho la sumisión a este don fundamental.

Habían considerado que renegaban de sí mismos si no hubiesen vivido su misión en comunión profunda con este don fundamental que recapitulaba el de ellos.

El profetismo se relaciona muchas veces con un don inicial hecho a una persona privilegiada que se convierte en fuente y canal de gracia para originar una vasta corriente profética. La historia de la Iglesia muestra muchos ejemplos, tanto en el pasado como en el presente. Pienso -sin querer ser exhaustivo- en los movimientos contemporáneos como los Cursillos de Cristiandad en España, la Legión de María en Irlanda, los Focolari en Italia, Taizé en Francia, etc. Estas corrientes interpelan a la Iglesia por el acento que pone en valores olvidados o difuminados, por el radicalismo evangélico y apostólico que recuerdan y realizan.

En cuanto a la Renovación Carismática actual, nacida en Estados Unidos, es una corriente profética con una doble particularidad. En primer lugar, no se origina en el carisma de una persona concreta. No tiene un fundador: surge de forma casi simultánea y espontánea por el mundo.

Por otra parte, por su amplitud y fuerza, representa una «oportunidad» extraordinaria de renovación para la Iglesia, por todas las virtualidades que encierra. A condición de que la Iglesia «institucional» sepa reconocer la gracia de la renovación que ofrece en tantos puntos y que sepa apoyarla guiando su evolución. A condición también de que la renovación sea profundamente eclesial, y evite la trampa de un profetismo marginal y arbitrario, a merced de todos -los falsos profetas y de toda sobrevaloración.

Es necesario que nuestros hermanos separados -esencialmente los que pertenecen a las Iglesias Libres- comprendan que para el católico el profetismo no es una vía paralela, sino que debemos vivir este don en simbiosis con el don eclesial que para nosotros es la garantía suprema.

Ayer Pedro y los apóstoles, hoy sus sucesores, el Papa y los obispos, recapitulan y autentifican todos los dones particulares que pueden aparecer en la Iglesia. El hecho de que a veces no hayan visto claro no cambia en nada la realidad espiritual. Es a su mismo fundador Jesucristo, a través de Pedro y sus sucesores, a quien los profetas se acercan cuando se acercan a los obispos. Es en una realidad mística donde han de enraizarse, la única que les permitirá dar plenamente el fruto de su propio don profético. Las ramas que no están unidas al tronco no dan el fruto del tronco. No pueden formar más que un matorral al lado del árbol y fragmentar un poco más la Iglesia, que ha sido hecha para ser una.

Fe y revelaciones privadas.

Hay que señalar que la santidad no se identifica con cierto número de fenómenos periféricos que se encuentran en la vida de los santos: visiones, revelaciones, palabras interiores de Dios. Son fenómenos accesorios que, como tales, no constituyen en modo alguno un test de santidad. Lo mismo ocurre con los carismas, que son dones hechos en primer lugar a la Iglesia, y que no santifican necesariamente a quienes los reciben para la edificación precisamente de la Iglesia en su conjunto.

Una tentación sutil lleva fácilmente a concentrar la atención sobre los dones del Espíritu Santo más que sobre el mismo Espíritu Santo, sobre los dones extraordinarios más

que sobre los dones ordinarios, sobre las manifestaciones periféricas que podrían acompañarlos más que sobre su realidad profunda.

No vamos a trazar aquí las reglas generales de discernimiento para separar el grano bueno de la cizaña, la mística auténtica del misticismo. Esto exige precisiones delicadas y no podemos sino desear que la Providencia multiplique los maestros de la vida espiritual para servir de guías. En la montaña, sobre todo, es preciso ser conducido por un experto alpinista que conozca las grietas y los precipicios, y despeje el camino.

Quizás sea útil recordar la actitud de la Iglesia sobre un punto especial como son las revelaciones privadas.

Esto concierne tanto a las «palabras proféticas» y a las visiones, como a las devociones que nacen a menudo a partir de alguna revelación privada.

Todo el mundo sabe, por ejemplo, que cuando ocurrieron las apariciones de la Inmaculada a Bernadette en Lourdes, por toda Francia surgieron bruscamente una serie de falsas apariciones; esto hacía mucho más difícil el discernimiento del obispo de Lourdes. Es un fenómeno de contagio muy frecuente en la historia. No hay que extrañarse, pero hay que estar bien informado.

La Renovación Carismática, que hace revivir dones auténticos, debe cuidarse de una excesiva facilidad en ver manifestaciones sobrenaturales donde no hay más que fenómenos psicológicos o parapsicológicos, cuya interpretación cristiana exige prudencia. Se impone la discreción en este campo. Todo lo que se relaciona con este tipo de fenómenos pide un discernimiento particular que, en último análisis, debe ser autenticado por la Iglesia.

A este respecto, la sabiduría secular del Magisterio ha trazado desde hace tiempo ya reglas siempre válidas en lo que concierne a la actitud cristiana con respecto a las revelaciones privadas hechas a algún alma privilegiada. La reserva que se manifiesta en este punto no disminuye la autenticidad de tal o cual revelación privada para la persona que la recibe o cree recibirla, pero sitúa en su verdadero lugar su importancia para la Iglesia.

El Papa Benedicto XIV (Papa desde 1740 a 1758) trazó estas reglas en una obra, que aún ahora, después de varios siglos, es el vademecum clásico en la materia. Como excelente canonista que era, distinguió muy claramente la obligación de creer en la revelación privada para aquel o aquella que la recibe y la no-obligación de creer, a nivel de fe, para los demás cristianos. Sólo la Renovación pública que Jesús vino a darnos y que los apóstoles nos han transmitido, es el objeto de la fe cristiana. Las revelaciones privadas se sitúan en otro plano, en que la fe cristiana en cuanto tal no está implicada.

He aquí el texto de Benedicto XIV. que es útil tener presente, tanto por su exactitud teológica, como también por las repercusiones ecuménicas que podría tener si fuese más conocido: contribuiría a calmar ciertos miedos de nuestros hermanos separados, miedos debidos a la no-distinción de planos en la literatura corriente, y a la «sobrecarga» de nuestra fe

«1. En lo que concierne a la aprobación de las revelaciones privadas por parte de la Iglesia, hay que saber que esta aprobación no es más que un permiso dado, tras maduro examen, para utilidad de los fieles. A estas revelaciones privadas debidamente aprobadas no

se debe y no se puede dar un asentimiento de fe católica. Se le debe un asentimiento de fe humana, según las reglas de la prudencia, que nos muestran tales revelaciones como probables y piadosamente creíbles.

2. Nos adherimos a las revelaciones que están de acuerdo con las fuentes de la doctrina católica, obligatorias bajo pena de herejía si se las niega con obstinación. En cuanto a las revelaciones hechas a los santos, cuya doctrina ha reconocido la Iglesia, nos adherimos como si fueran probabilidades.

3. De esto se deduce que uno puede rehusar su adhesión a las revelaciones privadas sin comprometer la integridad de la fe católica, a condición de que lo haga con la modestia conveniente, sin ser arbitrario y sin menosprecio» (de *Servorum Dei beatificatione et Beatorum canonisatione*, vol. III, p. 610).

Estos principios son siempre válidos y forman parte de la enseñanza ordinaria de la Iglesia.

Por otra parte, ésta es la práctica de los santos más cualificados en materia mística. En la vida de Santa Teresa de Ávila se explica un episodio que muestra claramente su sentido eclesial:

El Padre Gracián deseaba que la santa fundase un monasterio en Sevilla. Ella le dijo que prefería Madrid y expuso sus razones. El Padre Gracián le dijo que consultase al Señor para saber cual de los dos prefería Él. Lo hizo y contestó: Madrid. El Padre Gracián mantuvo su postura. Santa Teresa se preparó simplemente para realizarlo. Conmovido por esta docilidad, el Padre Gracián que no le había dicho nada durante dos días, le dijo: «¿Cómo ha podido preferir mi opinión a la revelación que Ud. sabía que era cierta?». Contestación: «Yo puedo equivocarme al juzgar sobre la veracidad de una revelación, en cambio estoy siempre en la verdad obedeciendo a mis superiores».

A través de una Teresa de Ávila, que le gustaba llamarse «hija de la Iglesia». se escucha el eco de los grandes místicos que saben vivir en Iglesia su fidelidad a Dios, aunque a veces cueste.

La oración en lenguas

Una de las objeciones clásicas contra la Renovación viene de la forma como es presentada esta oración y de la teología que frecuentemente supone.

San Pablo no menosprecia el «hablar en lenguas»: confiesa que lo practica, pero lo sitúa en un lugar subordinado. Ni rechazo ni sobrevaloración indebida, como si este «don» fuese el test del bautismo en el Espíritu (según la interpretación pentecostal corriente); o como si se tratase de hablar en lenguas extranjeras desconocidas de quien emplea este lenguaje simbólico.

Esta forma de oración más libre, más espontánea que la oración formulada, tiene su lugar y sentido. En otra obra he señalado el beneficio espiritual que puede sacarse de ella, y por qué, habiéndola experimentado, no he dudado. por mi parte, en colocarla entre los frutos de la Renovación (cf. *¿Un nuevo Pentecostés?* páginas 102-107).

La oración por la curación de los enfermos

Al leer la Escritura, uno queda sorprendido por el lugar considerable (una quinta parte de los Evangelios) que ocupa el ministerio de curación en la vida de Jesús y en la de los apóstoles.

Se impone una revalorización en este terreno. Ha sido ya un paso importante el revitalizar el sacramento de los enfermos, reservado en otro tiempo a los moribundos, extendiendo así más ampliamente su gracia. Pero, además de la renovación del ministerio sacramental de curación, la oración por los enfermos, individual o colectiva, debe recobrar su debido lugar en nuestra pastoral. Hay actualmente diversas experiencias en este sentido que merecen la atención.

Pero, si es cierto que conviene promover el carisma de curación, hay que evitar toda acción espectacular, así como la insistencia en los milagros «físicos o proclamados a la ligera. La oración por la curación interior tiene su propio valor. A condición, evidentemente de que no se caiga en «la fe que cura», al estilo de la «fe curativa» (Faith healing) de la medicina científica. A condición también de que la teología de la oración, del sufrimiento, del milagro, sea auténtica y no caiga en simplismos abusivos.

Liberación, exorcismos

La oración de «liberación» es para combatir la influencia de los poderes del mal; los exorcismos suponen un caso de posesión diabólica. Ocurre a veces que el término «liberación» pasa subrepticiamente del primero al segundo sentido. Pero hay que distinguirlos claramente.

Para el creyente, la existencia de las fuerzas del Mal y del príncipe de las tinieblas no puede ponerse en duda. El Papa Pablo VI lo recordó claramente:

«El mal no es solamente una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y perversor. Realidad terrible, misteriosa y pavorosa. Se salen del cuadro de la enseñanza bíblica y eclesiástica aquellos que se niegan a reconocer su existencia... o la explican como una pseudorealidad, invento de la mente para personificar las causas desconocidas de nuestros males. Cristo lo define como el que "desde el principio quiere matar al hombre... el padre de la mentira" (cf. Jn 8,44-45). Amenaza de forma insidiosa el equilibrio moral del hombre... Ciertamente, no todo pecado es debido directamente a la acción del diablo. Pero no es menos cierto que quien no vigila con cierto rigor sobre sí mismo (cf. Mt 12,45; Ef 6,11) se expone a la influencia del "misterio de la impiedad" del que habla San Pablo (2 Ts 2,3-12) y compromete su salvación (15 de noviembre de 1972).

Debemos adherirnos sin reticencias a estas palabras, sin olvidar, sin embargo, el lado luminoso y victorioso de nuestra fe. Al mismo tiempo que reconocemos la presencia y la acción del maligno, debemos saber también que nuestra fe cristiana es pascual y que anunciamos al mundo en primer lugar a Cristo vencedor del mal y del maligno.

A este respecto, cierta literatura, de orígenes diversos. sobre el demonismo, está realizando un mal servicio por sus exageraciones. Hay que evitar el uso abusivo de la oración de liberación y, en materia de exorcismos, remitirse a la autoridad religiosa competente, que, como el mundo sabe, mantiene una reserva extrema. Nadie puede ignorar la aportación clarificadora de las ciencias humanas en este terreno, particularmente por parte de la psiquiatría.

Sería un mal ecumenismo no tomar distancias con respecto a ciertos comportamientos exagerados, basados en una lectura fundamentalista de la Biblia, y convertirse en francotirador en zonas donde la garantía eclesial es particularmente necesaria.

Un fenómeno parapsicológico: «el desmayo en el Espíritu»

- Su naturaleza:

Este fenómeno psíquico o psíquicosensorial se le conoce bajo diversos nombres. En inglés se habla de slain in the Spirit o bien de resting in the Spirit. En francés de évanouissement o bien de repos dans l'Esprit.

Bajo estos diversos nombres se habla de un fenómeno que aparece a veces en un contexto de emoción religiosa, de oración, de exhortación evangélica. Pero se encuentra también en asambleas no religiosas con alta intensidad emocional.

En el cuadro religioso, este fenómeno empieza por el gesto de un «sanador» que extiende la mano o toca a la persona que tiene delante, y la echa al suelo, donde queda por un tiempo variable, en un estado de inconsciencia más o menos profundo. Este desmayo» provocado crea en muchos una sensación de descanso, de paz interior, que es percibida como la respuesta al gesto de abandono en el Espíritu que subyace en todo esto.

Ocurre a veces que este fenómeno se produce a gran escala, por ejemplo en «servicios de curación o de milagro» que atraen muchedumbres de personas por la fama de sanadores célebres, pertenecientes a tradiciones religiosas diversas.

Muchos cristianos creen que se trata de un fenómeno místico, de una gracia particular y espectacular, que el Espíritu Santo reserva a su Iglesia actualmente. ¿Qué pensar de todo esto?

- Su significado:

Para situar exactamente este fenómeno, hay que saber en primer lugar que no se trata de una novedad. Tiene cierta relación con fenómenos de «éxtasis» y de trance, y que experiencias semejantes se encuentran en religiones del pasado, y también actualmente entre diferentes sectas orientales, así como en tribus primitivas africanas y sudamericanas.

También es importante saber que manifestaciones de este tipo aparecieron en los reavivamientos cristianos de los siglos XVIII y XIX, en el origen de múltiples divisiones y sectas en el seno del protestantismo.

David du Plessis, el conocido líder pentecostal, ha advertido varias veces a los católicos sobre los peligros de una afición excesiva por este tipo de manifestaciones, que él por su parte deplora.

Hay que señalar también que, aunque las personas que se prestan a estas experiencias experimentan o dicen experimentar ciertos efectos de descanso y de paz interior, esto no significa en modo alguno que este fenómeno sea sobrenatural. Actividades parapsicológicas en que interviene el subconsciente, la autosugestión o hasta la hipnosis, pueden desempeñar aquí cierto papel; por lo tanto no se puede decir que se trata de una intervención directa de Dios. Las disposiciones interiores de expectativa, por parte de las personas que se prestan a la experiencia, pueden explicar estos sentimientos subjetivos, sin necesidad de recurrir a una explicación sobrenatural.

Este fenómeno, lo hemos dicho ya, no es necesariamente religioso. Este tipo de desmayos se produce regularmente en los festivales de música pop y en los conciertos de rock and roll. No hay, por lo tanto, ninguna razón legítima para atribuirlos a una intervención directa del Espíritu Santo (cf. por ejemplo sobre este tema el libro de Mircea ELIADE, *Shamanism, Archaic Technique of Ecstasy*, New Jersey 1964).

En resumen: hay que unir a todos los obispos que, al hablar de la Renovación, advierten sobre los peligros del emocionalismo y del sobrenaturalismo exagerado: es muy importante que los líderes de la Renovación Carismática no se presten a este tipo de manifestaciones pseudomísticas; no harían sino desacreditar la Renovación si a gran escala se asociase la Renovación con este tipo de fenómenos.

CUALIDADES PERSONALES Y COMUNITARIAS DEL DIRIGENTE DE RENOVACIÓN CARISMÁTICA

Rodolfo Puigdollers

Instrucciones de S. Pablo

Hay varios textos de la Sagrada Escritura, sobre todo de las cartas de S. Pablo, que nos indican cuáles han de ser las cualidades de un dirigente cristiano.

En 1 Tm 3, 1-7 nos indica las cualidades del episcopos; en 3, 8-13 las cualidades del diácono; en 5, 17-25 las cualidades del presbítero; en Tt 1, 6-9 nos vuelve a hablar de las cualidades del episcopos. De todos estos textos vamos a fijarnos en el primero, que es el que nos presenta de una forma más catequética las cualidades de un dirigente.

Importancia de este ministerio

Empieza S. Pablo diciendo que este ministerio es una "gran función" (1 Tm 3,1), es decir, un ministerio importante. Ya desde el principio las comunidades cristianas aparecen con unos dirigentes (cf. Hch 2, 42; 4, 35; 6, 5-6; 13, 1; 14, 23; 15, 6.22; 20, 17). En contraste con los dones brillantes de curaciones, milagros, profecía, está el trabajo oscuro y sin brillo del servicio de la asamblea de oración y de dirección del grupo. Es un servicio que carece de todo aliciente humano y que sólo representa un trabajo humilde, caritativo y silencioso, pero importantísimo dentro de las comunidades. La marcha de los grupos de oración y de las comunidades depende, en gran parte, de la calidad de sus dirigentes.

1. CUALIDADES PERSONALES

Dice S. Pablo: "es necesario que el dirigente sea intachable: profundamente enamorado de su mujer, sobrio, equilibrado, educado, hospitalario, capaz de enseñar; no dado al vino ni violento, sino comprensivo, enemigo de discusiones, desprendido del dinero" (1 Tm 3, 2-3).

Intachable: cuanto mejor sea el dirigente, mejor para el grupo. Profundamente enamorado de su mujer: no sólo una armonía y fidelidad conyugal, sino también profundamente metidos ambos en la Renovación. Indudablemente cada uno debe vivir su ritmo de vida en el Señor, pero a nivel de vivencia de la Renovación debe haber una experiencia conjunta; de lo contrario, surgen problemas. Si esta armonía no se da es mejor no ser dirigente, por el bien del matrimonio y de todos.

En los dirigentes no casados hay que esperar también una auténtica integración de la sexualidad, con madurez. Esto supone una opción de vida. Los miembros demasiado jóvenes es mejor que no sean dirigentes.

Sobrio: sobriedad significa austeridad. Pablo VI ponía como lema de la Renovación: "bebamos alegres la sobria efusión del Espíritu" (S. Ambrosio). Donde está el Espíritu está la sobriedad. Esta se expresa en el comer, en el vestir, en el hablar, en el vivir; se expresa también en las manifestaciones afectivas, sobriedad en los lloros, en los suspiros, en los abrazos.

Equilibrado: libre de desequilibrios psíquicos y emocionales graves. Una persona con carácter firme y estable, probado y fortalecido en la tribulación. El dirigente lleva el peso del grupo, el peso de muchos hermanos. J. Loew ha escrito: "debéis aprender a no ser esa especie de caballero solitario que entra, que sale, que hace lo que quiere, sin preguntar ni someterse a nadie; ni aquella especie de flor sensitiva que nadie puede tocar sin que se produzca un drama; ni aquel razonador que parece encantado en discutir, en oponerse a los otros; ni aquel testarudo que vuelve siempre sobre las mismas cosas incansablemente" (Seréis mis discípulos. p. 120).

Educado: algo muy sencillo, muy elemental, pero muy importante. El dirigente es una persona de continuas relaciones interpersonales.

Hospitalario: el ministerio del dirigente es un ministerio de unidad. Ha de saber acoger.

Capaz de enseñar: capaz de enseñar con el ejemplo.

No dado al vino: ni a ningún otro vicio.

Ni violento: no como esas personas que se descontrolan con tanta facilidad, sino pacífico.

Comprensivo: con esa madurez que cubre multitud de pecados, que es capaz de comprender tantas cosas, que sabe pasar por alto las incomprensiones.

Enemigo de discusiones: el dirigente no es guardián de la ortodoxia, sino instrumento de paz. Siempre atento al crecimiento del grupo.

Desprendido del dinero: otro aspecto importante de la sobriedad.

2. CUALIDADES COMUNITARIAS

S. Pablo dice: "tiene que llevar bien su propia casa, de modo que sus hijos le obedezcan por su autoridad moral, porque si uno no sabe llevar su casa, ¿cómo va a cuidar de la asamblea de Dios?" (1 Tm 3, 4-5).

No sólo se requieren unas cualidades personales, sino también unas cualidades comunitarias: el dirigente es fundamentalmente el hombre de la comunidad, el ministro de la unidad. Esto supone tres dimensiones:

a) una persona que haga crecer a su alrededor los carismas: no una persona que tenga muchos carismas, sino que haga crecer carismas a su alrededor. Algunos tienen más bien la tendencia contraria, la tendencia a apagar carismas; es mejor que el dirigente tenga menos carismas pero que haga crecer los carismas de los demás, que sepa descubrirlos y reconocerlos.

b) que sepa mirar por el bien de todos: qué es lo que va bien a todos, qué es lo que hará crecer a los más débiles y a todo el grupo; es el que sabe captar que todo es bueno, pero que no todo es conveniente en un momento dado.

c) que sepa mantener la unidad: su ministerio fundamental es el de la unidad del grupo; por eso no puede ser fuente de división. Su autoridad no puede ser despótica. Debe, ser una persona respetada y aceptada por todos de un modo natural; que los demás vean en el dirigente algo que les lleva por sí mismo a una aceptación y respeto. Debe cuidar la "asamblea de Dios". No es el grupo de fulanita o de fulanita, es el grupo de Dios. El dirigente debe ser una persona que no se siente dueña del grupo, es más, una persona que no sea insustituible. Quien aparece como insustituible significa que ha dejado de ser servidor y se está convirtiendo en dueño.

Ha de ser una persona que tenga un sentido eclesial de comunión con los demás. Hay personas que crean comunión dentro del propio grupo, pero que no crean comunión con los demás grupos, con la diócesis, con el Obispo. El dirigente ha de ser el hombre de la unidad interna y de la unidad con la Iglesia.

3. MADURO EN LA FE

Dice S. Pablo: "que no sea recién convertido, no sea que, llevado por la soberbia, el diablo tenga de qué acusarle (1 Tm 3, 6). En otro lugar comenta este mismo aspecto diciendo: "ha de ser fiel a la doctrina auténtica, para que sea capaz de predicar una enseñanza sana y de rebatir a los adversarios" (Tt 1,9).

Esto supone en primer lugar personas con una experiencia espiritual, personas de oración, personas que no estén recién convertidas, personas que hayan crecido en la fe.

Igualmente personas católicas. Para ser dirigente de un grupo católico se debe ser católico. No sólo de nombre, sino también haber descubierto ciertos aspectos muy importantes del sentir católico: la dimensión sacramental, el sentido del Bautismo, de la Confirmación, de la Eucaristía, de la Reconciliación, el ministerio sacerdotal, la escucha de la Palabra en la comunidad, el sentido del magisterio, el ministerio del Papa, el ministerio de María, etc.

También personas que hayan captado profundamente lo que es la Renovación Carismática. Algunos ven en ella simplemente una renovación de la piedad o una devoción nueva, un método para avivar la liturgia o la vida parroquial. La renovación, ha dicho Ralph Martin, "es una verdadera revolución de nuestra mentalidad, que produce un cambio radical en nuestra manera de relacionarnos". El dirigente ha de haber comprendido lo que es la fuerza del Espíritu Santo. haber pasado de "mis" dones, "mi" tiempo y "mi" dinero a nuestros dones, nuestro tiempo y nuestro dinero. Es el paso de trabajar juntos cuando existe armonía y alegría, a trabajar juntos a pesar de todo, en la enfermedad y la salud, en la prosperidad y en la adversidad. Si no hay compromiso profundo con la Renovación no hay posibilidad de ser un dirigente.

4. CON BUENA FAMA

Dice S. Pablo: "es necesario también que tenga buena fama entre los de fuera, para que no caiga en descrédito y en las redes del diablo" (1 Tm 3,7).

No se trata de una estrategia, ni de buscar honores o buscar que los demás vean bien al grupo, sino de ese buen sentido común y profundo de que el grupo de oración está llamado a realizar algo en medio de la comunidad cristiana y que, por lo tanto, ha de dar testimonio, no escándalo.

El dirigente ha de tener buena fama ante los demás por su equilibrio, su vida cristiana, su compromiso. Si los dirigentes no tienen capacidad de dar testimonio, porque por sí mismos son causa de escándalo, entonces desaparece toda posibilidad de testimonio. El comportamiento de una persona, especialmente de un dirigente, puede convertirse en un obstáculo para que los demás se acerquen a captar la gracia de Dios.*

¿COMO ES EL AUTÉNTICO LÍDER DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA?

Tomas Forrest

De la charla que el P. Tomás Forrest pronunció en la Semana para Dirigentes, celebrada en Burgos, Agosto de 1.979, extractamos algunas ideas.

La Renovación Carismática, por medio de esta gran efusión del Espíritu Santo, más que un movimiento popular es una renovación del liderazgo de la Iglesia. Esto quiere decir renovación sacerdotal, pero también renovación laica, porque los laicos tienen que desempeñar una gran parte en esta función de pastorear a las ovejas.

Si decimos que dentro de la Renovación hay problemas, dificultades, y hasta a veces puede haber escándalos, siempre podremos expresar todos los problemas y dificultades con una sola palabra: los líderes: es decir, por falta de líderes auténticos.

¿Cómo es el líder auténtico de la R.C.? ¿Cuáles son sus cualidades?

1) Ante todo es un hombre de oración. El líder para ser líder debe hablar con Dios. Si no habla con Cristo ¿cómo va a poder decir: "soy su discípulo"? Debe escuchar en oración y obedecer la voz del Señor. A través de la oración debe llegar a conocer a Dios, a Dios su Padre, a Dios su Salvador, hermano y amigo, a Dios huésped de su alma.

Debe discernir, y para discernir tiene que orar. No hay discernimiento posible sin oración. Debe ser testigo del Cristo que se apartaba para orar.

2) Es hombre o mujer de estudio. San Francisco de Asís dijo una vez que el sacerdote que no estudia es más peligroso que el pecado. Los sacerdotes han tenido que estudiar al menos durante sus años de seminario. Si nosotros no estudiamos, somos un peligro porque guiaremos por caminos de confusión.

Debemos entender bien lo que es esta Renovación. Si somos líderes de la Renovación, hemos de tener un concepto muy claro de lo que es, una visión del plan y del propósito del Señor.

Hemos de estar preparados para poder criticar "ciertas fuentes de doctrina" de aquellos que hablan con tono de autoridad, pero que no andan en la verdad. Debemos conocer la literatura católica de la Renovación. Ustedes aquí en España están produciendo buena literatura, y poco a poco llegarán a producir más.

Hay una rica literatura carismática que nos puede ayudar a profundizar y nos capacitará para bregar contra malas interpretaciones que a veces se dan con tremenda autoridad.

El líder auténtico debe saber decir: "No sé, pero voy a estudiar; no sé, pero voy a orar; no sé, pero voy a consultar": esto es sabiduría combinada con humildad.

Por ser líder no debes pensar que a cada pregunta has de contestar con autoridad. Nadie espera que lo sepas todo.

3) Debe estar guiado por el Espíritu Santo. Así como el Espíritu Santo condujo a Jesús al desierto, después de haber sido bautizado en el Jordán, así también ahora tiene que guiar a todo aquel que conduce a otros. El nos dará su poder si dejamos que nos guíe, puesto que la meta que nos proponemos sobrepasa nuestras fuerzas. Decir "Sí" al Espíritu Santo, cueste lo que cueste, y dejarse mover por El: sin esto no se puede ser líder de la Renovación. Decir siempre "Sí" al Espíritu.

4) Tiene responsabilidad y autoridad. Ser responsable quiere decir tener que rendir cuentas ante el Señor del rebaño, de su crecimiento, del éxito del grupo que es aquello que Dios quiere. " ¡Ay de vosotros, pastores!", dice el Señor. Esto nos hace ver que si frente a Dios tenemos responsabilidad de estas ovejas, también tenemos sobre ellas autoridad. Si Dios quiere que guíe a este grupo, debo guiarlos con cierta autoridad. No estoy simplemente para ofrecer sugerencias, consejos y que después hagan lo que quieran.

El espíritu del mundo de hoy no sabe interpretar la autoridad 'como un bello servicio cristiano.' Una autoridad llena de amor, pero autoridad que controle las situaciones y asegure que todo marche según el impulso del Espíritu, y por tanto proteja contra el desorden, contra el abuso de los dones, contra las exageraciones emocionales.

5) Debe ser humilde. El Dios a quien servimos es humilde. Los cristianos somos los únicos en toda la historia que adoramos a un Dios humilde, hecho hombre, nacido en un establo, conocido como "el hijo del carpintero" (Mt 13, 55), muerto en una cruz y hecho pan en un altar: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29).

En Italia, en una reunión como esta, de unos quinientos líderes de la Renovación, me hicieron una pregunta: "¿Por qué hay desunión entre los líderes?". Yo contesté con una sola palabra: "Orgullo".

No tratamos de ganar elecciones ni de complacer a todo el mundo. Muchas veces tendremos que hacer lo que no obtendrá la aprobación de todos. Si servimos a un Dios que es humilde, hemos de aprender de Él.

EL EQUIPO DE DIRIGENTES

M^a Dolores Larrañaga

El equipo dirigente, o de discernimiento en los grupos de la R.C. está formado, ordinariamente, por tres o cuatro hermanos, que tienen el ministerio de abrir cauces para que sea realmente el Señor quien conduce a su Pueblo. Jesús es el único Pastor, y por tanto este servicio supone, primordialmente el procurar el clima y los medios para que se escuche la voz del Pastor y se le siga fielmente (Jn 10, 4).

Debe ser un auténtico Equipo

Los Hechos de los Apóstoles, refiriéndose a la multitud de los creyentes, dice: "No tenían sino un solo corazón y una sola alma" (Hch 4, 32). Todo grupo de la R.C. debe tender a ese ideal, pero para el equipo dirigente es una exigencia.

Supuestas las cualidades y actitudes, ya mencionadas, en los hermanos que ejercen este ministerio, se dará fácilmente la unidad, ya que Jesús es la vida, el centro, el Señor de cada uno de los que componen el Equipo. Solamente El puede hacer esta unidad, que no se realiza "por el poder de la carne ni de la sangre".

En el equipo, formado según la voluntad del Padre, y reunidos en nombre del Señor Jesús, el Espíritu se hace especialmente presente, asistiéndolo con sus luces, dones y carismas, y haciéndole sentir la paz y el gozo de su presencia, y la seguridad de que "si confía en el Señor no la va a fallar".

Transparencia

Es este un signo de la presencia de Jesús. La transparencia excluye toda interferencia causada por otros intereses que no sean las Suyos. "El que obra la verdad va a la luz, para que quede manifiesto que sus obras están hechas según Dios (Jn 3, 21). Esta transparencia no nace de un esfuerzo, es consecuencia de la presencia del Espíritu.

Corrección Fraternal

Como consecuencia lógica, la corrección fraterna es algo connatural, ya que el buscar sinceramente los intereses de Jesús, exige el que el equipo le sirva con la mayor fidelidad posible, detectando todo cuanto lo pueda nublar o entorpecer y poniendo los medios para evitarlo.

DISCERNIMIENTO

Sabiendo que el ministerio de este Equipo es el discernimiento, y discernir significa descubrir la Voluntad del Padre, la escucha se impone como clima de vida. a) Escucha al

Señor en la Oración, b) escucha la Palabra, c) escucha de la Profecía, d) escucha de los hermanos, e) escucha de dos acontecimientos.

a) Escucha del Señor en la Oración. La exigencia de la oración personal diaria, preferentemente de escucha, y en clima de alabanza durante el día, llevará a los hermanos, a entrar fácilmente. en la oración al reunirse el equipo. Oración que les sitúa en el clima de Dios, bajo su mirada, donde el Espíritu puede iluminar las mentes y mover los corazones.

b) Escucha de la Palabra. Cuando un Equipo de Discernimiento tiene conciencia de su grave responsabilidad, escucha asiduamente la Palabra de Dios, ya que a través de ella el Señor va manifestando los planes que tiene sobre el grupo, convirtiéndose la Palabra en la Roca firme sobre la que se construye y en la expresión de la fidelidad de Dios. El Equipo sabe que es el Señor quien conduce a su pueblo y que el discernimiento tiene su firme apoyo en la Palabra.

c) Escucha de la Profecía. Es importante el discernimiento de la Profecía por el papel que ésta desempeña en los planes de Dios. No todo lo que se dice en tono de profecía es en realidad lo que pretende ser, pero una vez que se reconoce como tal, el equipo de discernimiento debe acogerla con amor y agradecimiento, para dar al Señor la respuesta que espera, y seguir sus caminos que, ordinariamente, no son los nuestros (Conf. Is 55, 8-11). Esto requiere una actitud de fe en que el Señor habla a su pueblo. La fe es don que ordinariamente el Señor concede a los sencillos.

d) Escucha de los hermanos. El Señor manifiesta frecuentemente su voluntad a través de los hermanos, de sus palabras, aspiraciones, necesidades y deseos. La conciencia de la grave responsabilidad que pesa sobre el Equipo de Discernimiento "como quienes han de dar cuenta de los hermanos" (Hb 13, 17) tratará de descubrir los planes de Dios en esta escucha, para en todo momento buscar el rostro de Dios y cumplir su Voluntad, sin ser movido por razones de prudencia humana, o de satisfacer deseos mundanos.

e) Escucha en los acontecimientos. El descubrir el plan de Dios a través de los acontecimientos, y acoger este plan con gozo y alabanza, aunque suponga sufrimiento y cruz, es secundar la obra del Señor, sobre el grupo, sobre los hermanos y sobre el propio equipo. Es un acto de discernimiento el contemplar al Señor en su cruz, y alabarle y darle gracias por participar en su Pasión que nos lleva a la Resurrección.

REUNIÓN DE EQUIPO

Por todo lo que se ha dicho, se entiende que la reunión del Equipo de Discernimiento no se puede desarrollar en un nivel "natural" en que se dan "opiniones". Puede ser grave por la oposición que supone a los planes de Dios, desconociéndolos, el que la reunión sea una confrontación de pareceres, a nivel de razón humana, pero no de acuerdo con el querer de Dios.

Nuestra voluntad y nuestros planes no son muchas veces los del Señor, por esto el Equipo no se reúne a hacer planes, sino a abrirse para que el Señor manifieste los suyos.

Donde hay verdadero discernimiento las decisiones suponen un "consensus" o sintonía de los que forman el equipo, en unión de corazones y de voluntades. Si esto no sucede se debe orar hasta que el Señor una al equipo en un mismo sentir.

Asuntos que debe tratar

a) Ralph Martin nos decía en la Asamblea Nacional de 1978:

"La responsabilidad más importante de todos aquellos que están al cuidado pastoral no es primeramente organizar proyectos ni hacer planes o administrar los detalles prácticos del grupo de oración, sino cuidar y vigilar por la vida de las personas que están en grupo: su vida con Dios, su vida en relación con los demás hermanos y las relaciones con aquellos que no pertenecen al grupo.

Todo esto significa que las relaciones entre los dirigentes han de ser sanas. No basta que trabajen juntos; lo más importante es que vivan como hermanos y hermanas en el Señor. La vida de relación entre los dirigentes tiene que ser un modelo y un testimonio para el resto del grupo. La calidad de las relaciones que exista entre ellos determinará, en gran medida, la calidad de vida que habrá en el mismo grupo.

Por tanto, los dirigentes tienen que tomar mucho tiempo, no sólo para trabajar juntos, sino para compartir sus vidas, conocerse y amarse más. Deben buscar la forma de responsabilizarse y de cuidar los unos de los otros. La función primordial del liderazgo pastoral es ayudar a todo el grupo a que crezca en amor y unidad. Y si los dirigentes no crecen en amor y unidad, será casi imposible que el grupo crezca.

Prácticamente hablando, creo que los dirigentes deberían pasar la mayor parte del tiempo de sus reuniones compartiendo sus propias vidas y lo que el Señor hace en ellos; no tanto hablar de los problemas importantes que existan en el grupo, sino más bien hablar de los problemas importantes que existan en la vida de cada uno.

A medida que se desarrolle una buena relación entre los dirigentes, podrán entonces cuidar y responsabilizarse de la vida de todo el grupo".

b) Al tratar del grupo o la asamblea de oración deben hacerse algunas preguntas: ¿Está siendo el Señor realmente glorificado? ¿Cómo es la alabanza? ¿La escucha de la Palabra? ¿La oración está movida por el Espíritu o se detecta palabrería, protagonismos que distraen al grupo? ¿La oración es de muchos hermanos o unos cuantos la monopolizan? ¿Hay alabanza conjunta de todos los hermanos? ¿Canto en lenguas? ¿El ministerio de música ayuda realmente la alabanza? ¿Hay un verdadero carisma de profecía? ¿Se nota crecimiento en los hermanos?

La respuesta a estas preguntas puede orientar y discernir sobre el alimento que necesita el grupo: Enseñanza, manera de llevar la Oración, de hacer la introducción, avisos, corrección fraterna, personal o colectiva, etc.

c) Grupos de crecimiento o profundización. Es este otro asunto que debe ser discernido (de esto se tratará en el artículo siguiente).

d) Tiempo de reunión del Equipo. El equipo necesita una dedicación a este ministerio. Debe reunirse el equipo completo al menos durante dos horas cada semana, más otra hora extra antes de comenzar la Asamblea, y siempre que las circunstancias así lo exijan.

FUNCIONES PASTORALES DEL EQUIPO DE DIRIGENTES

Xavier Quincoces i Boter

Los hermanos a los que, por sus dones de discernimiento y gobierno, el grupo de oración o la comunidad ha reconocido y aceptado como dirigentes están llamados a ejercer una función de pastoreo para guiar a todos los miembros del grupo por caminos de constante escucha al Señor y de crecimiento espiritual continuo.

De ellos depende en gran medida el que por un crecimiento armónico el grupo llegue a fructificar en esa gran maravilla que es la comunidad.

A cada grupo el Señor dirige una llamada o vocación específica y le reserva unos planes muy concretos. Habrá que velar y cuidar para que se cumpla esta vocación que es la voluntad de Dios.

Pero al mismo tiempo han de tener siempre una visión amplia y profética de lo que el Señor pretende hoy con esta "suerte para la Iglesia y para el mundo" (Pablo VI) que es la Renovación, sobre todo en cuanto a las posibilidades de evangelización que representa para muchos hombres y mujeres, que a través de la experiencia personal de un nuevo Pentecostés se convertirán en elementos dinámicos para proclamar la Buena Nueva, y en cuanto al testimonio de sus comunidades cristianas que muestran al mundo de hoy la presencia del Reino de Dios entre nosotros.

Deben tener siempre muy claro que no se trata de un movimiento de grupos de oración. Los grupos no son más que un medio para llegar a un fin mucho más amplio y ambicioso que es el renovar toda la Iglesia, por lo cual el grupo no se puede quedar siempre en grupo de oración, sino que ha de crecer y progresar hasta llegar a una auténtica comunidad cristiana.

Para el equipo de dirigentes tienen aplicación las mismas palabras que San Pablo dirigió a los presbíteros de la Iglesia de Efeso: "Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que El se adquirió con la sangre de su propio Hijo" (Hch 20, 28).

Veamos qué cuidados pastorales han de realizar, siempre, por supuesto, en conexión con y en dependencia de los legítimos Pastores del Pueblo de Dios.

Fijándonos en un grupo cualquiera veremos que distintos hermanos requieren distinta atención pastoral. No necesitan lo mismo aquellos que ya llevan seis años y aquellos que apenas hace tres meses que han llegado al grupo.

DISTINTAS ETAPAS A SEGUIR

Todo crecimiento y maduración tiene unas etapas y por tanto unas necesidades propias.

1.-Etapa de iniciación

Tanto a los que vienen a visitar el grupo como a los que se van añadiendo atraídos por la vivencia que han experimentado y que se sienten deseosos de un crecimiento espiritual, hay que dedicar un ministerio de acogida por el que se llegue a un contacto personal en diálogo y escucha atenta de sus problemas e inquietudes. Hay que alentarlos en el camino de la conversión, invitándoles a participar en el Seminario de Iniciación a la vida en el Espíritu y a recibir después la efusión del Espíritu.

Lo más importante de esta etapa es que se llegue a un encuentro personal con el Señor, Jesús, y que se le acepte y acoja como al propio Salvador y Señor, al cual se le entrega la vida en orden a vivirla para El.

2.-Etapa de Integración y crecimiento.

Pero no basta eso. Hay que hacer que cada hermano se integre en la vida y actividad del grupo según las aptitudes y carismas potenciales que se empiezan a manifestar, que participe, por ejemplo, en alguno de los distintos servicios y ministerios, como el de la música, la librería, la acogida, cuidado de los enfermos, etc.

Si no hay verdadera integración en el grupo y asistencia asidua a sus actos para alabar juntos al Señor y compartir con los demás hermanos la experiencia de Dios, todo se irá desvaneciendo poco a poco sin que se llegue a profundizar en la vida espiritual.

La piedra de toque y, en realidad, siempre lo más difícil, pero también decisivo, son las relaciones personales, un espíritu de servicio cada vez mayor y el compromiso que en el caminar juntos poco a poco se va contrayendo.

Los dirigentes han de estar atentos a la acción del Espíritu, pues no cabe duda que a todos hará sentir la necesidad de un compromiso en cuanto a la oración personal diaria, la asistencia al grupo, la lectura y estudio de la Palabra de Dios y alguna forma de compartir bienes. En este sentido habrá que enfocar muchas veces la enseñanza y llegar a la entrevista personal para revisar y alentar el cumplimiento de estos compromisos.

3.-Etapa de profundización.

Los hermanos ya plenamente integrados y que se mantienen en los compromisos, descubrirán que la reunión semanal de oración no es suficiente para su crecimiento. Sentirán una llamada interior a una mayor entrega, y de una forma u otra harán llegar estas aspiraciones y deseos a los dirigentes.

a) Para dar respuesta a estas nuevas necesidades pastorales se puede alentar hacia la formación de pequeños grupos de profundización, de ocho a diez personas, que se reúnen semanalmente para orar, compartir y profundizar más en la enseñanza. Los dirigentes necesitan mucha luz y discernimiento para la formación de estos grupos y deberán entrevistarse con cada uno de los que deseen formar parte de un grupo pequeño, para ver en qué grupo encajan o si, dadas sus condiciones o de trabajo o de situación familiar, es mejor que no entren a formar parte de un grupo pequeño.

Estos grupos pequeños han de ser estables y, para conseguir una mayor compenetración y apertura entre los que lo forman, conviene que se mantengan cerrados durante algún tiempo hasta que estén en condiciones de acoger a otros hermanos, una vez se haya llegado a crear un espíritu muy definido.

Los compromisos pueden ser los mismos que en la anterior etapa, pero vividos con mayor exigencia e intensidad, sobre todo la oración personal y el servicio a los demás.

El grupo pequeño no debe sustituir a la gran asamblea de oración, a la que concurren todos los grupos, al contrario ésta debe revitalizarse y adquirir más fuerza.

b) Se puede introducir también un auténtico ministerio de acompañamiento espiritual, de forma que cada hermano que está en esta etapa tenga un compañero, también discernido por el equipo de dirigentes, a quien con cierta periodicidad dé cuenta de la marcha de su vida.

Este compañero debe ser del mismo sexo. No es una dirección espiritual, sino una forma de sometimiento y de acompañamiento espiritual, para revisar los aspectos fundamentales: 1) relación con el Señor: oración, tiempo; 2) relación con los hermanos: dificultades, apertura, comunicación, servicio, compartir bienes; 3) aspectos de la propia vida familiar, comunitaria, profesional, social.

Para que esta relación espiritual se desarrolle en conformidad con las exigencias del Espíritu, el equipo de dirigentes tendrá reuniones periódicas con los que tienen este ministerio, para contrastar dificultades y progresos, casos en los que convenga introducir algún cambio, etc.

4.-Etapa de comunidad de alianza

Algunos, y ciertamente no todos, de los que forman parte de grupos de profundización sentirán al cabo de unos años la llamada a dar un paso más adelante: a formar parte de una comunidad de alianza.

La responsabilidad del equipo de dirigentes es enorme, cuando llega este momento y ellos han de ser instrumentos de unidad entre la comunidad que pueda surgir, la cual puede tener sus propios pastores, y el grupo de oración, que debe saber apreciar y alabar al Señor el que algunos de sus hermanos sientan la llamada a un mayor compromiso.

Los dirigentes de un grupo no están todos necesariamente llamados a formar parte de una comunidad de alianza, pero sí de un grupo de profundización. Sin embargo deben animar y alentar a aquellos que se sientan llamados en este sentido y ofrecer toda la ayuda que puedan.

Cada grupo debe desear y pedir al Señor que le conceda la atención pastoral adecuada, que tenga buenos dirigentes, pues de esto depende el que crezca y madure. Habrá una rápida integración de los hermanos nuevos que llegan, se formarán grupos de profundización a su debido tiempo, con un compromiso cada vez más estable al servicio de la Iglesia y de todo el grupo, y un día, como fruta madura, nacerá también una comunidad de alianza, que viviendo en plenitud la vida carismática, el evangelio y las bienaventuranzas, será luz para todos los que la contemplan.

¿CÓMO ELEGIR A LOS DIRIGENTES DE UN GRUPO?

Luis Martín

Cuando empieza a formarse un grupo lo importante es que haya al menos una persona que tenga idea de lo que es la R.C. y cómo funciona un grupo, que sepa alentar y acoger a las personas que acudan.

En realidad nos es difícil comenzar un grupo. Es más fácil de lo que pueda parecer. Bastante más difícil es llevarlo hacia adelante, saberlo guiar bajo la acción del Espíritu por caminos de maduración espiritual, de crecimiento y de compromiso.

La persona que ha comenzado un grupo es la que en los primeros meses asume las funciones de dirigente del grupo, dirige la reunión de oración y se responsabiliza de todas las necesidades que empiezan a surgir. Pero desde el primer momento debe sentir la necesidad de asociar a algún otro hermano a este ministerio de la dirección del grupo y que se vaya formando así cierto tipo de equipo informal de dirigentes, de tal forma que cuanto antes deje aquella persona de ser ella sola el responsable o la responsable del grupo.

Hay que decírselo muy claro a los grupos incipientes que empiezan a crecer, y con mayor razón a aquellos que ya no son incipientes, pero se mantienen en esta situación: un solo responsable o dirigente al frente de un grupo es malo y no menos peligroso, pues el que este dirigente haya comenzado el grupo no quiere decir que ahora, al cabo de unos meses, sea la persona más indicada para dirigirlo, y debe dar facilidades o para compartir este ministerio con otros hermanos o para retirarse a tiempo. Es mala cosa que se diga: "el grupo de Pepito o el grupo de Juanita..." En la R.C. todo protagonismo es contraproducente, y cuando surgen ídolos vemos como a su tiempo se derrumban.

Ya cuando el grupo ha crecido y lleva cierto tiempo funcionando, llega el momento delicado de formar un equipo pastoral. Habrá que discernir y elegir un equipo de dirigentes.

Si el grupo es antiguo y ya tiene establecido este ministerio, le llegará también el momento, de ordinario una vez al año o cada dos años, de revisar y volver a discernir su equipo de dirigentes.

Para ambos casos son válidas las orientaciones que a continuación se exponen. Ralph Martín, en el Seminario sobre líderes, que dirigió en la Asamblea Nacional de 1978, afirmaba: "Algunas veces es necesario hacer cambios en los líderes. Algunas personas que tenían verdaderos dones para líderes de grupos pequeños, quizá no tengan el don para ser líder del grupo grande. Una de las cosas sobre las que tenemos que estar alerta es el hacer los cambios necesarios en un grupo a medida que crece. A veces se dan cambios en la vida de un líder, que al cabo de un año o dos después advierte que tiene que dedicar más tiempo a su propia familia o a su propia comunidad religiosa y que por algún tiempo debe retirarse del liderazgo del grupo carismático... No debemos aferrarnos a nuestros puestos de líderes. Lo más importante de nuestra vida es ser hijos de Dios y el servicio más grande que tenemos que realizar es amar a Dios y a nuestros hermanos. No importa la función o la manera concreta

como ejerzamos este amor a Dios y a los hermanos, ya sea colocar sillas o predicar. Lo que importa es encontrar nuestro modo de servir a nuestros hermanos".

Cuando se acerca el momento de discernir o revisar el equipo de dirigentes conviene dar una o varias enseñanzas al grupo sobre: a) Cualidades que han de tener los dirigentes, qué personas son aptas y cuáles no son aptas, tal como se expone en artículos anteriores, resaltando de manera especial la personalidad humana (equilibrio, emociones, carácter) y los dones del Espíritu; b) funciones o ministerios que ha de ejercer el equipo a discernir.

Para este discernimiento se prepara un retiro, al que no han de asistir todos los miembros del grupo, sino solamente aquellos que estén verdaderamente integrados en el grupo, es decir, que participen asiduamente en sus reuniones y en toda su vida, o al menos manifiesten con sus actitudes esta voluntad, si por sus condiciones y responsabilidades familiares o de trabajo tienen que faltar de vez en cuando. No basta que estén integrados en el grupo, sino que tengan cierta antigüedad en el mismo, y por tanto hayan asimilado el espíritu y la mentalidad de la Renovación y hayan visto por experiencia el papel que desempeñan los dirigentes. Los nuevos, los que han llegado en los últimos meses, no conocen aún suficientemente a las personas, no sólo sus dones y cualidades sino también sus defectos, y difícilmente podrán ejercer un buen discernimiento, hasta que no tengan más experiencia y conocimiento del grupo y de la Renovación.

PROCEDIMIENTOS QUE HAY QUE EVITAR

1.- Hay que evitar un enfoque puramente humano o político.

No se trata de elegir un gerente por su preparación intelectual y dotes de organización. Ni de presentar candidaturas a las que unos u otros apoyan, como en los partidos políticos, en los que juega la mayoría popular.

Tampoco se pretende que sea un equipo lo más representativo posible de forma que, por ejemplo, reúna a un matrimonio, a un sacerdote, a un joven, a una religiosa, etc. Un equipo que se eligiera con estos criterios resultaría casi siempre mal, pues no siempre saldrían las personas adecuadas, ni respondería a las cualidades exigidas. No es cuestión de buscar una fórmula de compromiso equilibrada entre todos.

"No queremos un grupo que funcione como un parlamento, queremos un equipo de hermanos y hermanas que realmente hayan sido llamados y dotados con los dones del Señor" (Ralph Martin).

2.-Elegir a una persona determinada para formar parte del equipo de dirigentes no es una recompensa a su trabajo, a su antigüedad, a su celo. Estas razones no significan que tenga los dones requeridos.

Ni tampoco ha de entrar en cuenta el escoger a una persona por miedo a que se ofenda si no es elegida. El que se ofende por no salir elegido demuestra con esto mismo que no servía para dirigente de un grupo de la R.C.

No es razón suficiente el escoger a las personas que consideramos de vida más santa, pues no siempre los más santos han sido dotados por Dios con los dones de gobierno o de pastoreo.

3.-No es criterio suficiente para elegir a un hermano el que sea sacerdote, o que sea el párroco. Esto puede ser válido en algunos movimientos apostólicos, pero no vale en la R.C.

A veces se piensa: "si tenemos a este sacerdote o aquel párroco en el grupo de dirigentes, se integrará más plenamente en la R.C..." Si el sacerdote no tiene verdadero interés y entusiasmo por la Renovación, si no ha captado su espíritu y no ha pasado él también por la experiencia de la efusión del Espíritu, de forma que esté abierto a todos los dones y haya entrado como los demás por una nueva conversión de forma que se integre en el grupo sintiéndose cristiano y hermano antes que pastor, difícilmente podrá desempeñar el papel de un buen dirigente del grupo de la Renovación.

4.-Se ha de evitar el criterio de renovar, por sólo renovar, o el buscar que se vaya rotando. Se puede pensar: "tal hermano o tal hermana ya llevan mucho tiempo, demos oportunidad a otros que nunca han salido". Con esto demostramos que consideramos este ministerio como un premio, o algo apetecible en lo que nos vamos turnando para dejar a todos contentos.

Se trata de discernir comunitariamente en el Espíritu, es decir, dejándonos guiar por la acción del Espíritu. No han de entrar en consideración los factores de la simpatía, la amistad, el parentesco.

En algunos casos, los dirigentes antes que ser elegidos ya han sido reconocidos por el grupo o la comunidad como tales por su servicio y entrega a los demás, por su acción de integrar, unir, alentar, guiar al grupo por los caminos de crecimiento en la vida del Espíritu. Esto se ha de tener en cuenta a la hora del discernimiento.

¿QUE FÓRMULA PODEMOS UTILIZAR?

Las fórmulas y procedimientos que se utilizan en los diversos grupos y comunidades de la R.C. tanto si son grupos pequeños o grandes, de varios años o de reciente creación, comunidad de alianza o simplemente grupo de oración, varían tan sólo en ciertos detalles, pero coinciden en lo más esencial: en poner toda la confianza para discernir a las personas adecuadas, más que en la fórmula o en el procedimiento, en la acción del Señor, al que se somete todo el proceso acompañado de oración intensa, tal como hiciera Jesús (Lc 6, 12-16) para elegir a los Doce, y en muchos casos también con ayuno, a semejanza de la comunidad de Antioquía, en la que, "mientras estaban celebrando el culto al Señor y ayunando" (Hch 13, 1-3) habló el Espíritu Santo para designar a Pablo y Bernabé.

Sin duda que el Espíritu Santo actúa a través de una comunidad que se somete a la acción del Señor, cuyos miembros pueden tener también un sentido natural para descubrir quiénes entre ellos poseen los dones para guiar y pastorear todo el cuerpo, como ocurrió con la elección de los Siete (Hch 6,1-6).

PROCEDIMIENTO QUE SIGUEN LAS GRANDES COMUNIDADES

En las grandes comunidades carismáticas se tiene ya institucionalizado y experimentado el procedimiento para elegir tanto a los que se nombra como últimos coordinadores como a otros dirigentes a los que se encomiendan funciones de menor responsabilidad. En términos bíblicos es lo que se conoce con el nombre de "ancianos".

Ralph Martin nos presentaba así en la Asamblea de 1978 el siguiente procedimiento: "En nuestra comunidad damos una vez al año una enseñanza sobre el liderazgo pastoral y las cualidades que se requieren. Después pedimos oración y que se reflexione para ver cuáles son las personas que tienen estas cualidades. En el discernimiento hay tres momentos importantes:

- 1) un discernimiento de toda la comunidad, a partir de la enseñanza de la Sagrada Escritura sobre el liderazgo espiritual;
- 2) después pedimos el discernimiento del equipo de servidores;
- 3) y por último, el discernimiento de la persona a la que se va a nombrar.

Cuando coinciden estos tres discernimientos vemos que es la persona adecuada. A las personas que hayan sido elegidas procuramos darles una responsabilidad, no en cosas grandes todavía sino en cosas pequeñas. Quizás empiezan por ser líderes de pequeños grupos de diálogo en el Seminario sobre la Vida en el Espíritu, o se les pide que guíen a personas que buscan información sobre la vida en el Espíritu, y más tarde que tomen la responsabilidad de un grupo pequeño de personas que quieren profundizar y crecer. Y así la mejor manera de verificar nuestro discernimiento es darles pequeñas responsabilidades primero. Si lo hacen bien, les pediremos un* día que asuman responsabilidades mayores. Los líderes que escogemos son primero para un tiempo corto. No tenemos una ceremonia solemne en la que se les diga que van a ser líderes de la comunidad para siempre. Si al cabo de un año o dos advertimos que están haciendo bien su servicio, entonces les confirmamos en este servicio. Y después cada dos años revisamos a ver si realizan su servicio de forma competente. O sea que nosotros no lo hacemos por elección realmente, sino por discernimiento, apoyados en los criterios de la Sagrada Escritura y de forma que los líderes estén siempre supervisando todo este proceso de nombramiento, que incluye un periodo de adiestramiento, un año o dos de servicio temporal, antes de que una persona sea confirmada como pastor. En un grupo pequeño que acaba de empezar quizá se pueda tener un proceso más sencillo que lo que hacemos en mi comunidad".

En otras comunidades después de haber dado la enseñanza se deja una semana para reflexionar, orar y que cada uno escriba unas recomendaciones o sugerencias sobre las personas que considere más apropiadas.

Es importante que las recomendaciones vayan firmadas y que se incluya también las razones por las que se propone a tal hermano y el grado de convicción que se tiene para recomendarlo, y si se le recomienda para que se convierta en líder inmediatamente o más adelante en el futuro.

Los dirigentes actuales deberán leer las recomendaciones y hacer un discernimiento a partir de ellas, guardando después estricto secreto sobre el contenido de las cartas. Por

supuesto que no hay que considerar las distintas recomendaciones como votos y que se debe prestar especial atención a las razones que se dan y a la persona que hace la recomendación, es decir, ¿hasta qué punto este miembro de la comunidad conoce a la persona que recomienda? ¿qué madurez, compromiso y sabiduría se aprecia en quien hace la recomendación?

Finalmente los dirigentes habrán de decidir a los que ellos creen que deben ser líderes. Todos los líderes deben coincidir respecto a cada persona antes de ser designada líder. Estafase del discernimiento es la más crucial.

Si el discernimiento de la comunidad y de los dirigentes concuerda, vendrá después el discernimiento de la persona que ha sido propuesta. Quizá tenga razones particulares para no aceptar, pero debe exponerlas. Si es por falta de celo y entusiasmo ante la responsabilidad y el duro trabajo que implica este servicio, esto es razón suficiente para descalificarle, pues el pastor debe dar su vida por las ovejas.

FORMULA SENCILLA PARA LOS GRUPOS

Después de la enseñanza que se ha dado al grupo y la preparación espiritual que antes se dijo, se celebra el retiro al que se ha de asistir con la disposición de escuchar al Señor y no dejarse llevar de ninguna inclinación natural.

Será bueno empezar con una celebración de la reconciliación de forma que se llegue a una gran transparencia y abertura entre todos.

Se podrá hacer un poco de revisión comunitaria de la marcha del grupo desde la última elección y lo que nos parecen ser las perspectivas que el Señor nos está marcando para un futuro inmediato y que el nuevo equipo deberá emprender con decisión.

Se debe aclarar cuántos se van a elegir, un número de tres a cinco, más no conviene; y al cabo de cuánto tiempo, si de un año o dos, hay que volver a revisar el equipo. Después de haber vuelto a recordar la enseñanza que se dio a todo el grupo sobre las cualidades de los dirigentes y las funciones que deben desempeñar, se puede hacer un primer discernimiento de forma que, por el procedimiento de votación secreta u otro apropiado, se obtenga una lista no muy larga de los posibles candidatos, en la que haya tres o cuatro personas más del número que se haya de elegir.

Si hay dispersión de votos o salen muchos nombres, ello muestra que el discernimiento no es muy bueno.

Después de otro tiempo de reflexión y oración se hace una segunda votación solamente entre las personas que forman la lista anterior. El equipo que salga debe obtener la aceptación de todos.

Por muy bueno que sea el equipo si no cuenta con el apoyo y amor de todos los miembros del grupo, de poco va a servir. Esto significa que no podemos estar criticando la labor de los dirigentes. Si yo creo que hacen algo o que no proceden según la acción del Espíritu, lo que he de hacer es hablarlo lealmente con ellos, con sinceridad y amor, en plan de sugerencia y colaboración, pero no de crítica o censura.